

A C A N T I L A D O

Boecio

Consuelo de la filosofía

TRADUCCIÓN DE
EDUARDO GIL BERA



Cuadernos del Acantilado, 100

CONSUELO DE
LA FILOSOFÍA

BOECIO

CONSUELO DE
LA FILOSOFÍA

TRADUCCIÓN DEL LATÍN
DE EDUARDO GIL BERA

BARCELONA 2020  ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *De consolatione philosophiæ*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2020 by Eduardo Gil Bera
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *La Filosofía instruye a Boecio sobre el
papel de Dios* (c. 1460-1470), del maestro de Coëtivy

ISBN: 978-84-17902-20-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 24 755-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

CUARTA REIMPRESIÓN *abril de 2024*
PRIMERA EDICIÓN *enero de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LIBRO PRIMERO

7

LIBRO SEGUNDO

35

LIBRO TERCERO

69

LIBRO CUARTO

121

LIBRO QUINTO

165



LIBRO PRIMERO

I

—Yo que siempre canté a la alegría, hoy entono estas tristes cadencias. Me dictan estas palabras las desgarradas musas y el llanto baña mi rostro mientras escribo. Al menos ningún terror pudo vencerlas e impedirles hacer conmigo este camino. Ellas, adorno de mi risueña juventud, alivian ahora mi lúgubre vejez. Ya se acerca súbita la decrepitud, y sus dolores anuncian que ha llegado. Prematuras nieves cubren mis cabellos y mi agotada piel marchita se ha rendido. Dichosos aquellos de quien la muerte se olvida en los años dulces, y en los sombríos aparece presta cuando la llaman. ¡Ay, cómo hace oídos sordos a los miserables, negándose, cruel, a cerrar sus afligidos ojos! Cuando con vanos bienes me favorecía la fortuna, bastaba una hora triste para creer que naufragaba; ahora que me descubre su engañoso rostro, la vida odiosa prolonga su demora ingrata. ¿Por qué os jactasteis tantas veces de mi suerte, amigos? ¡Ah, no era firme el paso de quien de este modo cae!

Estas palabras repetía en silencio, y mientras confiaba a la pluma mis lamentaciones vi aparecer, por encima de mi cabeza, a una mujer de aspecto venerable: tenía los ojos ardientes y una mirada más penetrante que la del común de los mortales, la tez joven pese a tener tantos siglos que era imposible que fuera de nuestra época. Su estatura era difícil de precisar, porque ora parecía tener la medida de los seres humanos, ora tocar el cielo, y cuando alzaba la cabeza se perdía de vista, fuera del alcance de la mirada humana. Sus ropas estaban hechas de hilos finísimos de un material indestructible y confeccionadas con un sutil arte que, como supe luego por ella misma, era el producto de sus propias manos; en cuanto a su color, como los retratos de los ancestros cubiertos de pátina, parecía oscurecido por un velo de abandono y vejez. En la cenefa que adornaba el borde inferior de su atuendo podía leerse la letra griega Π, y en la superior la Θ;¹ entre ambas letras había una especie de peldaños que ascendían del signo inferior al superior. No

¹ La primera es inicial de *praxis* ('práctica'), la segunda, de *theoria* ('teoría'), que para los antiguos significaba «plena comprensión contemplativa». (*Todas las notas son del traductor*).

obstante, manos violentas habían desgarrado el vestido y arrancado varios trozos. Por último, en la mano derecha sostenía unos libros y en la izquierda, un cetro.

Cuando vio a las Musas de la poesía en torno a mi lecho dictando palabras para mis lamentaciones, por un momento pareció irritada y, lanzándome una mirada fulminante, preguntó:

—¿Quién ha permitido que se acerquen a un enfermo estas cortesanas del teatro, cuyos dolores no sólo no remedian, sino que agudizan con sus dulces venenos? Ellas son las que clavan las estériles espinas de las emociones para matar la fructífera cosecha de la razón, y lejos de liberar la mente humana de la enfermedad, la habitúan a ella. Si sedujerais con vuestras adulaciones a cualquier ignorante, puesto que frecuentáis los ambientes vulgares, me molestaría menos, porque mi tarea apenas se vería menoscabada, pero ¿seducir a quien se ha nutrido de los estudios de los eléatas y los pitagóricos? ¡Largo de aquí, sirenas de mortífera dulzura, y dejad que mis propias Musas lo cuiden y lo sanen!

El coro así increpado miró al suelo—el rubor traicionaba su vergüenza—y abandonó cabizbajo la estancia. Yo, por mi parte, con los ojos llenos

de lágrimas, sin distinguir quién podía ser aquella mujer de tan imperiosa autoridad, estaba tan atónito que clavé la mirada al suelo esperando en silencio qué haría ella. Entonces se acercó a los pies de mi modesta cama y, viéndome cariacontecido y cabizbajo, lamentó mi confusión mental:

—¡Cómo naufraga la mente al caer en las profundidades del estupor! Olvidada de sus propias luces busca a tientas en las tinieblas del mundo exterior, mientras los vientos terrestres alientan su angustia funesta. Sin embargo, este hombre un día fue libre: observaba en la cúpula celeste la trayectoria de los cuerpos etéreos, contemplaba la rosada luz solar o las fases de la luna gélida, y había logrado comprender las relaciones numéricas que permiten establecer los erráticos recorridos de los astros. Llegó a comprender incluso todas las causas: de dónde proceden los vientos rumorosos que agitan las superficies marinas, qué espíritu gobierna el mundo, por qué los astros que se hunden en las Hespérides resurgen rutilantes por Oriente, qué ley atempera las plácidas horas primaverales para cubrir la tierra de coloridas flores, por qué cuando concluye el año el fértil otoño muestra su exuberancia en los jugosos frutos de la vid... Pero este hombre que es-

tudiaba y exponía las diversas causas ocultas de la naturaleza yace ahora postrado: se han apagado las luces de su entendimiento y las pesadas cadenas que cuelgan de su cuello lo obligan a bajar la cabeza y a no ver otra cosa que la burda tierra.

II

—Pero—añadió de inmediato—no es hora de lamentar, sino de poner remedio. —Y observándome con su penetrante mirada, preguntó—: ¿No te nutriste un día de mi leche, no creciste gracias a mis cuidados hasta convertirte en un vigoroso adulto? Si no hubieras rechazado las armas que te proporcioné habrías podido defenderte y salir victorioso. ¿No me conoces? ¿Por qué no dices nada? ¿Te hace callar el pudor o el estupor? Preferiría que fuera el pudor, pero diría que te refrena el estupor.

Cuando se dio cuenta de que yo no sólo permanecía en silencio, sino que era incapaz de articular palabra, como si me hubiera quedado mudo, posó suavemente una mano en mi pecho y dijo:

—Este paciente no tiene nada serio, tan sólo sufre letargo, la enfermedad de todos los desengañados. Ha olvidado quién es por un momen-

to. En cuanto me reconozca recobrará enseguida la cordura. Para que pueda hacerlo, voy a enjuagar un poco sus ojos cegados por el velo de las cosas terrenales.

Así habló, y secó mis ojos llenos de lágrimas con un pliegue de su túnica.

III

Entonces, disipada la noche, salí de las tinieblas y recuperé la visión. Del mismo modo que cuando las nubes acumuladas por el viento de poniente cubren la bóveda celeste ocultando el sol se hace de noche sobre la tierra—antes incluso de que aparezca en el horizonte la estrella vespertina—, así se había cernido la noche sobre mí. No obstante, la neblina de mi tristeza se disipó como cuando reaparece súbitamente el sol hiriendo con sus dardos de luz los ojos de quienes lo admiran y liberando el día en cuanto sopla el viento del norte surgido de sus antros en Tracia. Y así, al volver a contemplar la luz del cielo, recuperé mi entendimiento y pude reconocer el rostro de quien me curaba. Al alzar los ojos la contemplé y reconocí a mi nodriza, cuyo hogar yo había frecuentado desde la adolescencia: la filosofía.

—¿Cómo es posible que tú, maestra de todas las virtudes—le pregunté—, hayas descendido de las alturas celestes para venir a visitarme en la soledad de mi exilio? ¿Acaso para compartir conmigo las falsas acusaciones que me persiguen?

—¿Cómo podría abandonarte, alumno mío—replicó ella—, sin compartir tu suerte y ayudarte a soportar la carga que llevas a causa de la envidia de mi nombre? Sería un sacrilegio que la filosofía dejara solo en su camino al inocente. ¿Acaso debo temer yo las falsas acusaciones o espantarme como si no supiera que existen? ¿Crees que es la primera vez que la mezquina maldad desafía a la sabiduría? ¿Cuántas veces no tuve que combatir, ya antes de los tiempos de nuestro querido Platón, la temeraria ignorancia? Incluso cuando vivía Platón, ¿no salió victorioso su maestro Sócrates, gracias a mi asistencia, de la muerte injusta que le impusieron? Después, las hordas de epicúreos, estoicos y demás escuelas que los sucedieron, al tratar de apoderarse de la herencia de Sócrates, me convirtieron en su botín, y pese a mis protestas y mi resistencia destrozaron el vestido que había hecho con mis manos: arrancaron unos cuantos trozos

y se marcharon convencidos de que estaban en poder de la filosofía entera. Esos jirones de mi ropaje hicieron suponer que aquellos hombres eran mis familiares y confundieron a multitud de profanos.

»Aunque no hayas oído hablar del exilio de Anaxágoras, ni de la cicuta de Sócrates, ni de los tormentos de Zenón, ya que fueron extranjeros, conocerás las figuras de Canio, Séneca y Sorano, cuya memoria no es tan antigua ni desconocida. El origen de todas sus desgracias fue que, al estar formados en mis doctrinas, sus actos ponían en evidencia a los malvados. No te sorprenda que en el mar de la vida te sacudan fuertes tempestades, pues nuestro destino supremo es disgustar a los peores, que pese a ser legión merecen nuestro desprecio, porque ningún guía los dirige: están a merced del error y el delirio, que los arrastra al azar. Si alguna vez cierran filas y cargan contra nosotros con más fuerza, aquella que nos guía repliega a sus tropas en la ciudadela, y el botín que les queda a ellos es insignificante. Desde lo alto de las murallas, a salvo de la turba enfebrecida, protegidos por una defensa contra la que nada pueden los ataques de la estupidez, reímos al verlos rapiñar despojos.

—Quien posee serenidad y lleva una vida ordenada vence al destino soberbio y logra observar impasible tanto la buena como la mala fortuna. No lo alterarán ni la furia del oleaje en un mar embravecido, ni los impredecibles estallidos de la caldera del Vesubio cuando escupe fuego y humo, ni el rayo que hiere las más elevadas torres. ¿Por qué permanecen impotentes los miserables hombres ante tiranos que lanzan feroces bramidos aunque carezcan de fuerza real? No esperes ni temas nada y desarmarás la cólera. Pero si el miedo o el deseo te estremecen dejarás de ser dueño de ti, habrás perdido tu equilibrio y arrojado tu escudo; y al rendirte habrás atado a tu cuello la cadena de la que te arrastrarán. —Y tras decir esto, me preguntó—: ¿Entiendes lo que te digo? ¿Han calado en tu espíritu estas palabras, o te han sonado como las notas de la lira a un asno?¹ ¿Por qué sigues llorando, qué te aflige? Habla, no me lo ocultes.² Si quieres

¹ En griego clásico en el original: «ὄνος λύρας», proverbio clásico y título de una sátira menipea de Varrón, género que practica Boecio en el *Consuelo*.

² En griego clásico en el original: «Ἐξάυδα μὴ κεῦθε νόῳ»,

que te ayude, tendrás que mostrarme tu herida.

Entonces, haciendo acopio de todas mis fuerzas, exclamé:

—¿No es evidente que la aciaga fortuna se encarniza conmigo? ¿No te sobrecoge ni siquiera el aspecto de este lugar? ¿Acaso dispongo aquí de la biblioteca que tenía en mi casa, que tú escogiste como el refugio más seguro y donde tantas veces me instruiste sobre los saberes divinos y humanos? ¿Tenía yo el mismo aspecto o la misma expresión cuando indagaba contigo los misterios de la naturaleza, cuando me señalabas la trayectoria de los astros y cuando moldeabas mi conducta y los principios que guiaban mi vida entera conforme al orden de las esferas celestes? ¿Es ésta la recompensa por mi fidelidad? Tú pusiste en boca de Platón la idea de que las repúblicas serían dichosas cuando las gobernarán filósofos, o cuando sus dirigentes se hubieran entregado al estudio de la filosofía. Y también por medio de Platón nos enseñaste que los filósofos debían intervenir en la política para evitar que tomaran las riendas de las ciudades los deshonestos y lle-

palabras de Tetis a su hijo Aquiles, *Iliada*, canto I, vv. 362-363.

varan a los honrados a la ruina. De modo que, siguiendo tus autorizadas exhortaciones, decidí poner en práctica en la administración pública lo que aprendí de ti en mis horas de retiro. Tú y Dios, que te introdujo en la mente de los sabios, sabéis que no me llevó a la magistratura más que el interés por el bien común de los ciudadanos virtuosos. Ello me causó discrepancias profundas e irremediables con mis conciudadanos deshonestos, a quienes siempre he despreciado, pues me atuve a la defensa del derecho y la justicia sin tener en cuenta si ofendía a personas más poderosas.

»¡Cuántas veces me enfrenté a Conigasto¹ para evitar que se apropiara de los bienes de ciudadanos desamparados! ¡Cuántas veces impedí que Triguilla,² intendente de la casa real, cometiera alguna de las injusticias que tramaba o tuve que poner remedio a las que ya había perpetrado! ¡Cuántas veces arriesgué mi prestigio para proteger a los pobres desdichados de las intermina-

¹ *Conigastus*, en gótico *Kunigast*, alto cargo en la corte de Teodorico. Durante el reinado ostrogodo hubo fricciones entre godos y romanos; Boecio no se muestra favorable a ningún godo en el *Consuelo*.

² Se refiere a Triggua, chambelán de Teodorico.

bles calumnias que urdía la codicia de los bárbaros! Nadie logró jamás que me desviara de lo justo. Ver arruinados a los contribuyentes de las provincias a causa del pillaje privado y de los impuestos públicos me causaba tanto dolor como a ellos.

»En la época de la terrible hambruna, cuando se impuso a la provincia de Campania una dura e inexplicable requisa que parecía encaminada a su ruina, defendí la causa común contra el prefecto pretoriano, puse en conocimiento del rey el conflicto y evité que se efectuara la requisa. Salvé al antiguo cónsul Paulino de las fauces hambrientas de los perros palaciegos que tenían la esperanza y la ambición de devorar sus riquezas.¹ Para salvar a otro antiguo cónsul, Albino,² de una condena injusta tras un juicio amañado, me expuse al odio de su delator Cipriano.³ ¿No me he ganado suficientes enemigos? Puesto que en mi defensa de la justicia jamás temí perder el favor de los cortesanos, al menos debería haber encontrado más lealtades entre los otros. Sin embargo, ¿quiénes son los delatores que me han de-

¹ Cónsul en 498.

² Cónsul en 493.

³ Uno de los pocos romanos conocidos que sirvió al régimen ostrogodo e hizo que sus hijos aprendieran el gótico.

rrocado? Uno de ellos, Basilio, fue despedido de la casa real y las deudas lo llevaron a delatar mi nombre. Los otros dos fueron Opilión y Gaudencio: el rey los había desterrado a causa de innumerables fraudes, pero para evitar cumplir su condena se refugiaron en un santuario; cuando la noticia le llegó al rey, éste ordenó que si no salían de la ciudad de Rávena en el día establecido en el edicto los sacaran por la fuerza y marcaran sus frentes con hierro candente. ¿Qué escapatoria les quedaba a la severa disposición del rey? No obstante, aquel mismo día se admitió la delación de mi nombre por parte de semejantes denunciadores. ¿Merecían mis actos aquellas acusaciones, o es que a los denunciadores los había vuelto justos la condena que no estaban dispuestos a cumplir? ¿Es posible que a la fortuna no le avergonzara la inocencia del acusado ni la vileza de los acusadores?

»¿De qué me acusan, preguntas? De haber querido salvar al Senado. ¿Quieres saber cómo? Impidiendo que un delator presentara documentos para declarar al Senado reo de lesa majestad. ¿Y qué me aconsejas tú, maestra mía? ¿Qué niegue el crimen para que no te avergüences de mí? Sin embargo, siempre quise hacer lo que hice y

volvería a hacerlo. Entonces ¿tendré que confesarme culpable? En ese caso, pierdo la posibilidad de denunciar al delator. ¿O tendré que aceptar que es un crimen tratar de salvar el orden senatorial? La verdad es que, viendo cómo se ha portado conmigo el Senado, tal vez sí fue un crimen querer salvarlo. Sin embargo, el valor de los actos nobles no depende del juicio de la ignorancia, que siempre se engaña a sí misma; y me parecería una traición a las enseñanzas de Sócrates ocultar la verdad o aceptar la mentira. Así que prefiero encomendarme a tu juicio y el de los sabios. Y para que los verdaderos hechos jamás caigan en el olvido y la posteridad los conozca he creído oportuno ponerlos por escrito.

»¿De qué serviría que hablara de las cartas falsificadas con las que me acusan de haber deseado la libertad de Roma?' Habría podido sacar a la luz el fraude si se me hubiera permitido apelar al testimonio de los acusadores, que es lo que en procedimientos semejantes constituye la prueba de mayor peso. ¿Pero qué libertad puedo esperar ya? ¡Ojalá quedara alguna esperanza! Si así fuera, respondería lo mismo que Canio cuando

¹ La vuelta al *statu quo* del Imperio romano occidental.

Cayo César, el hijo de Germánico,¹ lo acusó de haber sido cómplice de la conjura urdida contra él: "Si yo hubiera sabido algo, tú lo habrías ignorado todo".

»Aun así, el dolor no me ha ofuscado tanto como para sorprenderme de que los impíos trameten maquinaciones contra la virtud; lo que me asombra es que hayan logrado su propósito. Pues querer lo malo quizá sea una debilidad de la condición humana, pero que el malvado logre lo que planea contra un inocente ante los ojos de Dios, que todo lo ve, parece monstruoso. Así que no le faltaba razón a uno de tus acólitos cuando se preguntó: "Si existe Dios, ¿de dónde viene el mal? Y si no existe, ¿de dónde proviene el bien?".²

»Es muy posible que ciertos individuos despiadados que querrían ver muertos a todos los hombres virtuosos y a los miembros del Senado también deseen mi perdición, puesto que defendí a los virtuosos y al Senado. ¿Pero merezco que deseen lo mismo los senadores? Recordarás, puesto que todo lo que he hecho o dicho me lo has inspirado tú misma—que siempre me acompañas—, recordarás, como digo, que cuando en

¹ Es decir, Calígula.

² Alusión a Epicuro.

Verona el rey, deseoso de aplicar a todos el delito de lesa majestad, pretendió extender al Senado la acusación de alta traición contra Albino, yo defendí la inocencia de los senadores sin preocuparme por mi suerte. Sabes que digo la verdad y que jamás me he jactado de mis actos, porque la satisfacción de obrar rectamente disminuye cuando, para obtener el premio de la fama, presumimos de haberlo hecho. Pero ya ves cuál ha sido el resultado de mi inocencia: el premio de mi virtud real es el castigo por un delito falso. ¿Tuvo alguna vez la confesión manifiesta de un delito jueces que aplicaran con tan severa unanimidad la condena? ¿No fueron capaces de hallar atenuantes basándose en la debilidad humana, que tan a menudo induce a cometer errores, o en la cambiante fortuna, de la que ningún mortal escapa? Si me hubieran acusado de querer incendiar los templos, de querer cometer el sacrilegio de degollar a los sacerdotes o de maquinare la perdición de la gente honrada, sólo se me habría condenado tras mi confesión o bien tras dictarse sentencia y declarárseme culpable. No obstante, por el delito de haber defendido con sospechoso celo al Senado, yo he sido condenado a muerte y a la confiscación de mis bienes a qui-

nientas millas del tribunal,¹ donde estoy mudo e indefenso. ¡Ah, senadores, cuánto os enaltece que a ninguno se os pueda probar el mismo delito que a mí!

»Los mismos denunciantes, al darse cuenta de que la acusación me honraba, trataron de ensombrecerla inventando alguna maldad, y declararon en falso que, para obtener ciertas dignidades que codiciaba yo, había corrompido mi conciencia con sacrilegios.² Pero tú, que habitas en mí, habías despojado mi alma de todo deseo de bienes temporales; y por lo demás, bajo tu atenta mirada no era posible cometer sacrilegio. Cada día me susurrabas al oído la máxima pitagórica: "Sigue a Dios".³ No tenía necesidad de recurrir a personas insignificantes, puesto que tú me enseñabas a imitar sólo a Dios. Además, un hogar como el mío, de una reputación intachable, un círculo de amigos honrados y un padre político que es la personificación de la virtud y al que ve-

¹ La milla romana equivalía a 1479 metros.

² Los estudios científicos y filosóficos de Boecio pudieron haber sido pretexto para la acusación de magia negra. Dos senadores fueron ejecutados por ese motivo en 510, cuando Boecio era cónsul.

³ En griego clásico en el original: «ἐπου θεοῦ».

nero tanto como a ti, hacen inconcebible cualquier sospecha de que yo pudiera cometer semejante vileza. Pero, ¡ah, impiedad!, si se me acusa de este crimen es por tu causa: creen que he podido realizar brujerías porque he estudiado tus doctrinas y me he formado de acuerdo con tus principios. De modo que no sólo la devoción que te he profesado no me ha valido de nada, sino que además tengo que ver cómo te atacan para herirme.

»Para colmo de males, la opinión de la mayoría no valora el mérito de los actos, sino tan sólo su azaroso éxito, pues sólo considera providencial lo que termina felizmente. De ahí que la buena reputación sea lo primero que abandona a los desgraciados. Prefiero no recordar los múltiples rumores y opiniones contradictorias que corren entre la gente. Sólo diré que la peor carga de la desgracia es que ante cualquier acusación se dé por cierto que el desventurado merece lo que le pasa. Así me han privado de todos mis bienes, desposeído de mis dignidades y mancillado mi reputación como castigo por haber obrado bien. Me parece estar viendo los rincones donde intrigan los malvados frotándose las manos, y a los más depravados tramando nuevas acusaciones. Mientras, las personas honestas contem-

plan aterradas mi ruina; los criminales, alentados por la impunidad, cometen nuevos delitos; y los inocentes no sólo ven menoscabada su seguridad, sino incluso los medios para defenderse. Por todo ello quiero llorar:

v

—¡Oh, creador de la estrellada esfera celeste que sentado en tu trono eterno haces girar el cielo veloz y obligas a los astros a obedecer tus leyes! Tú que haces que la luna llena recoja la luz de su hermano y oculte las estrellas menores, o que, menguante, al acercarse al sol, pierda su esplendor y palidezca; Tú que haces que, en cuanto el sol se pone, el lucero de la tarde traiga las estrellas de la noche fría y luego, al alba, vuelva como lucero de la mañana y se desvanezca con la aparición del Sol; Tú, que abrevias las horas de luz cuando el frío cubre de hojas el suelo, pero apremias a la noche al llegar el estío cálido. Tú dispones las estaciones: las hojas que se llevó el gélido Bóreas las repone solícito el suave Céfito, y las semillas que la estrella Arturo vio en septiembre, Sirio las hará madurar cuando sean altas espigas. Nada escapa a tu ley inveterada, ni al lu-

gar o la tarea que le diste. Todo es obra de tu inalterable voluntad, salvo los actos humanos. ¿Acaso no es por eso que los accidentes de la fortuna provocan tantas vicisitudes? El inocente padece el castigo que merece el criminal, mientras que las costumbres perversas son entronizadas y los malvados sojuzgan a los inocentes. Cuando oscuras tinieblas eclipsan el brillo de la virtud, los méritos del justo se convierten en delitos para el malvado, que nada teme de sus perjurios ni de sus fraudes alevosos, pues siempre quedan impunes. Y cuando quiere echar mano de su fuerza somete a su gusto a los más poderosos reyes, que tanto temen a los diversos pueblos. ¡Oh, quienquiera que Tú seas, el que establece las leyes de este mundo, contempla sus miserias! Verás el agitado mar de la fortuna encarnizarse con los hombres, que somos una parte considerable de tu creación. ¡Aplaca, señor, estas feroces olas, y que las leyes que gobiernan la inmensidad del cielo den también armonía duradera a la tierra!

Cuando hube terminado de lamentar mi dolorosa situación, la filosofía, serena e impassible ante mis quejas, me respondió:

—Al verte desconsolado y lloroso enseguida comprendí que eras un triste exiliado, pero

de no haberte escuchado no habría podido saber lo lejos que te encuentras de tu patria. Sin embargo, yo no creo que hayas sido desterrado, sino más bien que te has extraviado. Si prefieres creer que estás desterrado, tendrás que aceptar que tú mismo te desterraste, ya que si recordases de qué patria eres oriundo sabrías que nadie tiene autoridad para expulsarte de ella, y que no es una patria gobernada por la mayoría, como en su tiempo Atenas, sino una donde «hay un solo señor y un único rey»¹ a quien alegra recibir a nuevos súbditos, no expulsarlos. Someterse a su guía y acatar sus leyes es la forma suprema de libertad. ¿No sabes que la ley más antigua de tu ciudad prohíbe exiliar a quien haya decidido asentarse en ella? Quien se acoge a la protección de sus murallas jamás sufrirá el castigo del exilio, pero el día que deja de querer vivir en ella también deja de merecerla. Por eso no me conmueve tanto el aspecto de este lugar, como tu semblante; y no echo tanto de menos tu biblioteca adornada de marfil y cristal como tu mente, donde no deposité libros, sino aquello que les da valor, los pensamientos que contienen. Has dicho co-

¹ *Ilíada*, canto II, v. 204.

sas muy justas sobre los servicios que prestaste al bien común, pero muy pocas sobre la multitud de sus beneficios. En cuanto a la honorabilidad o la falsedad de tus acusadores, has recordado cosas que todos saben. Has hecho bien en no extenderte en las maldades y engaños de tus acusadores, porque eso lo difundirá la voz del pueblo mejor y más ampliamente. Has acusado con vehemencia al Senado de haber cometido una injusticia. También has lamentado amargamente que yo haya visto cuestionado mi prestigio al ser calumniada y ofendida. Luego la has emprendido contra la fortuna, has deplorado que tus servicios no hayan recibido una recompensa justa y, por último, como poseído por una musa encolerizada, has alegado el deseo de que gobierne en la tierra la misma paz que en los cielos. Pero como son muchas las pasiones tumultuosas que te invaden, y la ira, el dolor y la amargura te desgarran, tu estado de ánimo desaconseja aplicar remedios fuertes. Así que daremos primero un suave masaje a la dolorosa herida que te han causado todos estos pesares para poder tratarla luego con fármacos más efectivos.

—Si, engañado por las promesas de Ceres, siembras en la tierra sedienta cuando, bajo la constelación de Cáncer, más arden los rayos de sol, acabarás teniendo que ir al bosque de encinas en busca de bellotas. No vayas a recoger violetas en los prados teñidos de púrpura cuando el viento Aquilón azota furioso la llanura. Ni busques con mano ávida los racimos del sarmiento en primavera: Baco prefiere prodigar sus frutos en otoño. Dios dispone las estaciones y no tolera que se altere su orden. Precipitar el curso de las cosas y abandonar el orden establecido jamás depara nada bueno. Así que, para empezar—continuó ella—, ¿me permites que te haga unas pocas preguntas para determinar tu estado de salud y dar con el tratamiento que te conviene?

—Pregúntame lo que desees—dije—, que yo responderé a todo.

—¿Crees que este mundo lo mueven accidentes fortuitos del azar, o crees que lo gobierna la razón?

—En modo alguno—repliqué—podría yo pensar que fenómenos tan bien establecidos obedezcan al ciego azar, sé perfectamente que Dios pre-

side la obra que creó y no puede llegar el día en que me aparte de la verdad de este pensamiento.

—Hace un momento—dijo—incluso has lamentado que los hombres quedaran excluidos de la divina providencia, aunque no tengas ninguna duda de que el resto de creaciones obedecen a las leyes de la razón. Como me sorprende mucho que hayas enfermado teniendo un pensamiento tan sensato, tal vez merezca la pena examinar mejor la cuestión, porque sospecho que te falta algo. Ya que no dudas de que Dios gobierna el mundo, dime, ¿has visto con qué instrumentos lo dirige?

—No entiendo tu pregunta—contesté—, así que difícilmente podré responderla.

—¿No es cierto entonces que te falta algo y que, como por la brecha en una gruesa muralla, por ahí se ha colado la enfermedad debida a tus confusos sentimientos? Ahora dime, ¿recuerdas cuál es la finalidad del mundo y el plan de la naturaleza entera?

—Lo supe un día—dije—, pero la pesadumbre me ha embotado la memoria.

—Pero sabrás de dónde proceden todas las cosas.

—Lo sé, y ya he contestado que de Dios.

—¿Y cómo es posible que conozcas el origen

de todas las cosas, pero ignores su finalidad? Ése es el resultado de la confusión que provocan las pasiones, capaces de alterar profundamente al hombre, aunque no de hacer que se olvide por completo de sí mismo. Pero veamos si puedes responderme a esto: ¿recuerdas que eres un hombre?

—¿Cómo no voy a acordarme?

—¿Puedes decirme qué es un hombre?

—¿Preguntas si sé que soy un animal racional y mortal? Lo sé, y admito serlo.

—¿Estás seguro de que no eres nada más?
—insistió ella.

—Sí.

—En ese caso, ahora veo otra causa de tu enfermedad, tal vez la principal: has dejado de saber quién eres. Y ahora que conozco la razón de tu enfermedad ya sé cómo devolverte la salud. Porque has olvidado quién eres, te quejas de estar exiliado y de haber sido privado de tus bienes, y porque ignoras la finalidad de las cosas, juzgas que los criminales y los malhechores son poderosos y felices. Y como has olvidado con qué medios se gobierna el mundo, crees que las vicisitudes de la fortuna no obedecen a un plan. Todos éstos son motivos más que suficientes, no ya de enfermedad, sino hasta de muerte. Pero

demos gracias al creador de que tu naturaleza no te haya abandonado del todo. El mejor remedio para recobrar la salud es la verdad de lo que piensas sobre el gobierno del mundo, que está sometido no a los accidentes del azar, sino a la razón divina. Así que no temas, porque esa chispa minúscula permitirá reavivar tu llama vital. Pero como todavía es pronto para remedios más fuertes, y puesto que, como se sabe, cada vez que el espíritu rechaza la verdad concibe opiniones falsas que ofuscan a las pasiones y nublan la visión clara, trataré de atenuar la confusión con bálsamos suaves para que, una vez disipada la bruma de las engañosas pasiones, puedas reconocer el esplendor de la verdadera luz.

VII

—Cubiertos de negras nubes, los astros no pueden difundir su luz. Cuando los vientos del sur agitan el océano, el fango removido enturbia las olas, antes claras como un día despejado, y deja de complacer el contemplarlas. El torrente que se precipita desde las cumbres a menudo termina chocando con las rocas desprendidas de la montaña. También tú, si quieres percibir la verdad en

todo su esplendor y seguir el camino correcto, deberás dejar a un lado las alegrías, ahuyentar el temor, renunciar a la esperanza y desechar el dolor, porque todas estas pasiones nublan tu mente y son ataduras.

LIBRO SEGUNDO

I

Después de pronunciar estas palabras, calló por un instante y cuando su silencio hubo logrado que mi interés creciera aún más, prosiguió diciendo:

—Si he entendido bien las causas y las características de tu enfermedad, lo que te está consumiendo es el anhelo de recuperar cosas que un día tuviste y has perdido. Este simple cambio de fortuna en tu vida, tal como te lo representas, altera tu estado de ánimo. Conozco los mil disfraces que adopta esa temible calamidad que es la fortuna, y la estrecha familiaridad que entabla con aquellos a quienes se propone engañar para causarles un dolor intolerable cuando los abandona de improviso. Pero si recordaras su naturaleza, su carácter y su valor, sabrías que nada precioso te ha dado la fortuna ni nada importante has perdido por su causa. Confío en que no me costará mucho lograr que lo recuerdes, porque cuando te era favorable solías atacarla con duras palabras y máximas aprendidas en mi santuario. Sin duda, todo cambio repentino de situación al-

tera el estado de ánimo, así que no es extraño que también tú hayas perdido momentáneamente tu tranquilidad. Pero ya es hora de que bebas y saborees algo suave y agradable que, una vez absorbido, te permita probar elixires más poderosos. Que me asista, pues, la dulce persuasión de la retórica, que sólo nos permite avanzar por el camino correcto cuando se ciñe a mis principios y cuando la música, doncella en mi morada, la acompaña con tonos suaves o graves según convenga:

»¿Cuál es la causa de que tú, pobre mortal, te hayas sumido en la tristeza y las lamentaciones? Por lo visto has descubierto algo nuevo e inusitado. Crees que tu suerte ha cambiado, ¡pero te equivocas! Así de cambiante es la suerte, y ésa es su naturaleza. También contigo se ha mantenido fiel a lo que hace siempre: mudar. Cuando te seducía y encandilaba con los encantos de la falsa felicidad era la misma que ahora. Has descubierto las dos caras de esa ciega fuerza divina. Aunque a otros siga manteniéndolos engañados, a ti se te ha manifestado entera. Si la apruebas, atente a sus procedimientos y no te quejes; si aborreces su perfidia, despréciala y rechaza sus perniciosos juegos, porque lo que tanta tristeza te

causa ahora debería ser motivo de tu tranquilidad: por fin te ha abandonado la fortuna, de la que sólo cabe esperar una certeza, el abandono. ¿Acaso te parecía preciosa una felicidad condenada a desaparecer y amabas la fortuna que no te aseguraba su permanencia y cuya inevitable pérdida tanta tristeza prometía? Si no es posible retenerla a voluntad y cuando huye tanta desdicha causa a los hombres, ¿qué es sino el indicio de una calamidad venidera? No basta con ver lo que está ante los ojos, también hay que prever el desenlace de las cosas, pues al hacerlo la propia mutabilidad de la fortuna hace que sus amenazas no sean temibles, ni sus favores apetecibles. En suma, una vez que te sometes al yugo de la fortuna debes soportar con el mismo aplomo todo lo que te depare. Pues si pretendes establecer leyes para controlar las idas y venidas de aquella a quien elegiste espontáneamente como tu dueña, estarás actuando de un modo errado y tu impaciencia tan sólo empeorará la suerte que no puedes cambiar. Si confías las velas de tu navío al viento, no irás adonde quieres, sino adonde te lleve su soplo. Si siembras las semillas en los campos, verás que los años fértiles compensan los estériles. Le entregaste tu vida a la fortuna, y

ella la gobierna: tienes que resignarte a los caprichos de tu dueña. Si creíste que podrías detener el movimiento de la rueda de la fortuna, fuiste el más insensato de los mortales, ya que no sería la fortuna si pudiera detenerse en algún momento:

»Cuando con mano altiva cambia el sentido de sus vueltas, como las corrientes del agitado estrecho de Euripo, aplasta sin piedad a reyes temidos y descubre el rostro humillado de los vencidos. No escucha los sollozos de los miserables, y hasta se ríe de los lamentos que su crueldad provoca. Así juega y mide sus fuerzas, y la mayor de sus proezas es hacer del feliz un desdichado en el curso de una hora.

II

—Pero querría debatir contigo empleando las palabras de la fortuna, para que juzgues tú mismo si lo que reclama es legítimo: «¿Por qué, pobre mortal, me acusas de tus desdichas cotidianas? ¿Qué injusticia he cometido contigo? ¿Qué bienes te he quitado? Discute conmigo, ante el juez que elijas, sobre la propiedad de bienes y dignidades, y si pruebas que alguna de ellas pertenece de veras a los hombres, concederé de

buena gana que era tuyo lo que pretendes recuperar. Cuando la naturaleza te hizo salir del vientre materno, te recogí desnudo, desamparado, y te arropé; sin embargo, de lo que me acusas ahora es precisamente de haberte prodigado atenciones y rodeado de todos mis tesoros y mis bienes. Aunque ahora haya decidido retirar mi mano, deberías dar las gracias por haber disfrutado de bienes que no te pertenecían, pues no tienes derecho a quejarte como si hubieras perdido tus posesiones. ¿Por qué te lamentas? Jamás te he agredido. Las riquezas, honores y todos los demás bienes de este tipo están sujetos a mi arbitrio. Son criadas que reconocen a su dueña: vienen y se marchan conmigo cuando me voy. Me atrevo a afirmar que si las cosas que lamentas haber perdido fueran tuyas no las habrías perdido. ¿O sólo a mí se me prohíbe ejercer mi derecho? Se permite al cielo traer días luminosos y ocultarlos en noches tenebrosas, y al año cubrir la faz de la tierra de flores y frutos, o de nubes y hielos. El mar puede sonreír apacible cuando sus aguas están calmadas, y luego causar pavor con sus agitadas olas. Sin embargo, a mí la insaciable codicia de los hombres querría atarme a una constancia ajena a mis costumbres. No obs-

tante, ése es mi principal poder, mi irrenunciable juego: hacer girar la rueda para ver cómo lo que estaba arriba desciende y lo que estaba abajo asciende, ésa es mi diversión. Sube si quieres, pero a condición de no considerar una injusticia que mi juego exija que termines descendiendo. ¿De veras ignorabas mi proceder? ¿No sabías que Creso, el rey de los lidios, a quien primero temía Ciro pero al que terminó entregando a las llamas, fue salvado por una lluvia celestial? ¿Has olvidado que Lucio Emilio Paulo terminó derramando lágrimas por las desgracias del rey Perseo a quien él había hecho prisionero? ¿Qué otra cosa sobrecoge de las tragedias si no los golpes de la ciega fortuna que derriban los reinos felices? ¿No aprendiste de muchacho que en el umbral de Zeus hay dos tinajas, una que contiene los males y otra los bienes que nos obsequian?¹ ¿Y si obtuviste sobre todo bienes? ¿Y si no te abandoné del todo? ¿Y si mi propia mudanza es una legítima razón para que esperes cosas mejores? ¿Acaso permitirás que se consuma tu alma

¹ En griego clásico en el original: «δύο πίθους, τὸν μὲν ἔνα κακῶν τὸν δὲ ἔτερον ἐάων», *Iliada*, canto XXIV, vv. 527-528. Éstas son las palabras con que Aquiles consuela a Príamo de la muerte de su hijo Héctor.

por desear, pese a vivir en el mismo reino que todos, una ley distinta para ti?

»“Aunque la abundancia derramara de su cuerno a manos llenas más riqueza que granos de arena levantan las olas del mar o que estrellas brillan en los cielos nocturnos, no dejarían los hombres de quejarse y sollozar. Aunque el dios atendiera todos los votos, prodigara oro y colmara de honores a los ambiciosos, todo lo conseguido parecería nada, pues la codicia más quiere cuanto más devora y nunca se sacian sus fauces abiertas. ¿Qué freno detendrá la insaciable avidez, si las riquezas no hacen más que agudizar la sed? Nunca es rico quien tiembla y gime creyéndose necesitado.

III

—Si la fortuna te dijera eso—concluyó la filosofía—, no tendrías nada que alegar. Pero si existe un argumento justo con que puedas justificar tus lamentos, te corresponde exponerlo, que yo te escucharé.

Y entonces le repliqué:

—Todo lo que has dicho es plausible y deleita escucharlo puesto que lo has endulzado con la miel de la retórica y la música. Pero como el

sentimiento de los males es más profundo en los desgraciados, en cuanto las palabras dejan de sonar en sus oídos la tristeza interior les oprime el ánimo.

—Así es—dijo ella—. No son remedios para tu enfermedad, sino bálsamos contra el dolor agudo que se resiste al tratamiento. Ya aplicaré cuando llegue el momento medicamentos que penetren más hondo. No obstante, te ruego que no te consideres un desdichado, ¿o has olvidado lo afortunado que has sido en muchos sentidos? No me refiero sólo al hecho de que, al perder a tu padre, te cuidaron los más egregios hombres y con ello ingresaste en la familia de los miembros más notables de la ciudad, lo cual constituye un privilegio mayor que el parentesco. ¿Quién no te juzgará muy afortunado al saber quiénes son tus suegros, tan ilustres, tu esposa, tan recatada, y que tienes descendientes varones? Paso por alto—puesto que es algo de lo que también han disfrutado otros—las dignidades que obtuviste en la adolescencia, aunque a muchos mayores que tú se les nieguen, porque deseo centrarme en la culminación excepcional de tu fortuna. Si lo que obtenemos de los bienes pasajeros posee el menor peso en nuestra dicha, las innume-

rables desgracias que se abaten sobre ti, por muchas que sean, ¿podrán borrar el recuerdo del día radiante en que viste a tus dos hijos escoltados desde tu casa por multitud de patricios y aclamados por la plebe para ser nombrados cónsules a un tiempo; ese día en que, sentados en su asiento de la curia del Senado, escucharon tus agradecimientos al rey, en los que hiciste honor a tu inteligencia y elocuencia; el mismo día en que, sentado entre tus hijos cónsules en el circo, lograste satisfacer con triunfante generosidad lo que esperaba la multitud congregada?

»Me temo que adulaste a la fortuna con bonitas palabras mientras te agasajaba y te distinguía como su favorito, y lo cierto es que obtuviste de ella un favor que no concedía a otros individuos. ¿Y aún así quieres que la Fortuna te rinda cuentas? Es la primera vez que no te ha mirado con buenos ojos. Pero, si examinas el número y la índole de tus alegrías y tus penas, advertirás que no puedes afirmar que no hayas sido afortunado hasta el presente. Con todo, si crees que no eres afortunado porque lo que parecían dichas se acabó, no te vayas a considerar desgraciado, ya que también lo que hoy te parecen tristezas pasará. ¿O acaso es la primera vez que subes al es-

cenario de la vida y nada sabías de ella? ¿Creías que existía alguna constancia en los asuntos humanos pese a que una sola hora fugaz baste para consumir al hombre? Incluso si es excepcional que lo fortuito permanezca, el último día de vida es no obstante una especie de muerte de la fortuna, por más que ella persista. ¿Qué importa, pues, que seas tú quien la abandone al morir o que ella te abandone al alejarse?

»Cuando Febo desde su cuadriga rosada comienza a esparcir la luz, sus llamas hacen palidecer las caras blancas de las estrellas. Al soplo del céfiro, se viste el bosque de rosas, pero cuando el austro sopla y arrastra las nubes, vuelan los pétalos y sólo quedan espinas. Muchas veces se mece sereno el mar, hasta que el aquilón levanta furiosas olas. Si tan rara es la constancia de la belleza en el mundo, si tanto muda con sus vicisitudes, ¡fíate de la efímera fortuna de los hombres y de sus bienes fugaces! Es una ley inmutable y eterna que ninguna criatura permanezca.

IV

—¡Oh, nodriza de todas las virtudes—exclámé—, tienes razón! No puedo negar mi veloci-

simo ascenso. Pero eso es lo que más mortifica mi recuerdo: cuando te acosa la desgracia lo más triste es haber sido feliz.

—No es justo que achagues a la realidad el suplicio que te causa una opinión equivocada—me contestó—. Si la expresión «felicidad fortuita» te cautiva, te invito a que repases conmigo los muchos bienes de los que aún disfrutas. Y si tus más valiosas posesiones te las ha preservado intactas y sin merma la divinidad, ¿tienes derecho a quejarte de infortunio? Por ejemplo, ese dechado de virtudes y sabiduría que es tu suegro Símaco está saludable, sano y salvo—y si de otro modo fuese estarías dispuesto a dar tu vida para salvarlo—, conserva la serenidad y lamenta la injusticia que se ha cometido contigo. También está viva tu esposa, de modestia y recato incomparables, digna hija de su padre, para no extenderme en sus virtudes; también ella, como decía, está viva sólo por ti, ya que aborrece el mundo y se consume en el llanto y el dolor, lo cual entiendo que menoscabe tu felicidad. ¿Qué diré de tus dos hijos cónsules, quienes pese a su corta edad ya revelan el ingenio del padre y el abuelo? Y puesto que la máxima preocupación de los mortales es conservar la vida, si fueras conscien-

te de tus bienes deberías sentirte dichoso, ¡porque conservas lo que sin duda es más querido que la vida misma! Así que enjuágate esas lágrimas, que no te arrebató todos tus bienes la fortuna, ni la tempestad que se ha abatido sobre ti es tan implacable, porque hay firmes anclas que te sostienen e impiden que zozobre el consuelo del presente y la esperanza del futuro.

—Ojalá me sigan sosteniendo—repliqué—, porque mientras lo hagan, por terrible que sea mi situación, saldré adelante. Pero ya ves en qué me he convertido desde mis tiempos de gloria.

—Algo hemos avanzado—prosiguió—si he logrado que no deplores tu suerte por completo. Pero no soporto que lamente con tanta angustia y tormento que no sea plena tu felicidad. ¿Quién hay que se sienta tan feliz que no lamente nada de su situación? Sin duda la felicidad es para los hombres una fuente de inquietud: nunca es suficiente ni dura cuanto querrían. El que tiene riquezas lamenta su baja cuna; el que podría presumir de nobleza lamenta tanto su escaso patrimonio que prefiere ser desconocido; y quien tiene riqueza y nobleza sufre por su soltería. El que está felizmente casado no tiene hijos y acumula riquezas para un heredero ajeno;

el que ha sido bendecido con descendencia lamenta la mala conducta del hijo o la hija. De modo que a nadie le satisface del todo su fortuna, porque en toda situación hay algo que se ignora si no se la ha vivido y que parece aborrecible una vez se la conoce. A ello se añade que los más dichosos tienen la piel muy fina, de modo que los abate la menor contrariedad que les impide disponer de lo que desean en cuanto se les antoja, pues están acostumbrados a que así sea: ¡son los pequeños incidentes los que arrebatan a los más afortunados su extraordinaria felicidad! ¿Cuántos te parece que se crearían cerca del cielo si obtuvieran tan sólo una parte mínima de lo que la fortuna aún no te ha quitado? Este mismo lugar que llamas exilio, es patria para sus moradores. Así que nada es desventurado salvo que así lo pienses y, en cambio, toda suerte es buena si la sobrellevas con ecuanimidad. ¿Quién es tan dichoso que no desee cambiar su situación cuando cede a la impaciencia? ¡Cuánta amargura salpica la dulzura de la felicidad humana! E incluso cuando deleita a quien la goza, no podrá retenerla cuando ella quiera irse. De modo que es evidente hasta qué punto es miserable la felicidad en el mundo de

los mortales, pues no dura perpetuamente a los ecuanímes, ni satisface del todo a los ansiosos.

»¿Por qué buscáis los mortales en el mundo la felicidad que se encuentra en vuestro interior? Os confunden el error y la ignorancia. Voy a mostrarte brevemente la esencia de la felicidad suprema. ¿Existe para ti algo más valioso que tú mismo? Nada, dirás. Por lo tanto, si fueras dueño de ti, poseerías algo que jamás querrías perder, ni la fortuna podría arrebatarte. Para reconocer que la felicidad no puede depender de esas cosas fortuitas, bastará que saques la siguiente conclusión: si la felicidad es el bien supremo de una naturaleza que vive de acuerdo con la razón, y no puede ser un bien supremo nada que pueda arrebatársenos de un modo u otro, puesto que prevalece lo que no es posible perder, es evidente que, dada la inestabilidad de la fortuna, ésta no puede aspirar a proporcionar la felicidad. Por lo demás, quien se deja llevar por esa felicidad efímera puede saber o ignorar que es cambiante. Si lo ignora, ¿qué clase de felicidad puede haber en la ceguera de la ignorancia? Si lo sabe, es de necesidad que tema perder lo que sin duda sabe que puede perder, de modo que el continuo recelo le impedirá ser feliz.

A menos que crea que perderlo le dará igual, en cuyo caso estará convencido de que se trata de algo insignificante, por eso soportará la pérdida con aplomo. Y como sé, porque me has dado muchas pruebas de ello, que estás persuadido de que el alma humana no es mortal, y está claro que la muerte del cuerpo acaba con la fortuita suerte, es indudable que, si la muerte pudiera arrebatarte la felicidad, todo el género humano caería en la desdicha al morir. No obstante, sabemos que muchos han hallado la felicidad pese a la muerte, e incluso pese al dolor y los suplicios. Por lo visto los bienes cuya desaparición no pueden hacer desdichado al hombre, tampoco pueden hacerlo dichoso cuando están presentes.

»El prudente que desee fundar una casa duradera, a salvo del viento y del furioso oleaje del mar, no elegirá las cumbres ni las arenas move-dizas donde la azotarán torbellinos impetuosos hasta que termine desmoronándose. Huye de los lugares peligrosos por idílicos que parezcan y asienta tu casa sobre una firme roca humilde. Podrá bramar el viento y encrespar el calmo mar: tú estarás seguro, refugiado en tu feliz morada, pasarás serenamente tus días y podrás burlarte de las inclemencias del tiempo.

—Pero como empiezas a absorber mis balsámicos razonamientos, creo que ha llegado el momento de empezar a aplicar remedios más poderosos. Así que veamos: si los bienes de la fortuna no fueran caducos y efímeros, ¿qué habría en ellos que pudiera ser tuyo para siempre, o que no sea despreciable una vez considerado y examinado con atención? Por ejemplo, las riquezas ¿son preciosas porque son tuyas o por su propia naturaleza? ¿Y de ellas, cuáles valen más: el oro o una importante suma de dinero amasada? No obstante, las riquezas dan más brillo cuando las repartimos que cuando la conservamos, si es cierto que la avaricia siempre nos hace odiosos y la prodigalidad, ilustres. Ahora bien, si lo que entregamos a otro es aquello que de todos modos es imposible retener, sólo cuando ofrecemos generosamente el dinero y deja de pertenecernos se convierte en algo valioso. Además, si uno acumulara todo el dinero del mundo, haría pobres al resto. Mientras que tu voz sigue siendo tuya cuando llega a los oídos de un numeroso auditorio, tus riquezas no pueden repartirse sin que las veas disminuir. ¡Así de precaria e indigente es la riqueza mate-

rial! No es posible que muchos la posean enteramente, ni puede acumularla uno solo sin condenar a la pobreza a los demás.

»¿O acaso lo que más te atrae es el brillo de las piedras preciosas? Pero si hay algo de valioso en ese esplendor es la luz característica de las piedras, no de los hombres, por eso me sorprende muchísimo que las admiren tanto. Pues ¿qué es ese objeto desprovisto de movimiento y de estructura, desprovisto de alma, en suma, para cautivar tanto a una naturaleza animada y racional? Incluso si por obra de su artífice o por su singularidad poseen parte de la belleza última, se encuentran muy por debajo de la excelencia humana y no merecen en absoluto su admiración.

»¿O es la hermosura de los campos de labor lo que más te deleita? ¿Por qué no, si es una hermosa porción de una obra bellísima? Del mismo modo, a veces nos satisface contemplar el mar en calma, o admirar el cielo, las estrellas, la luna y el sol. Pero ¿alguna de estas cosas te concierne? ¿Osarías jactarte de su esplendor? ¿Acaso quien se engalana de flores en primavera eres tú, o es tuya la fertilidad que hace crecer los frutos del estío? Y entonces ¿por qué te encandilan estas vanas alegrías? ¿Por qué te apegas a bienes aje-

nos en vez de atenerte a los propios? La fortuna nunca permitirá que te apropiés de las cosas que la naturaleza hizo distintas de ti. No hay duda de que los frutos de la tierra están destinados a alimentar a los seres animados, pero si lo que deseas es satisfacer tus necesidades, que es lo único que exige tu naturaleza, no existe ninguna razón para que sueñes en tener una inmensa fortuna. La naturaleza se conforma con poco, incluso con muy poco, de modo que cuando quieres saciar superfluamente la satisfacción de tus necesidades lo único que consigues es añadir algo desagradable, o incluso nocivo. Con todo, también te parece hermoso usar ropas relucientes, pese a que lo que yo admiraría si fueran bonitas sería o bien la calidad de las telas o bien la habilidad del artesano que las tejió. ¿O lo que más feliz te hace es poseer un largo séquito de criados? La verdad es que, si son hombres rudos, resultarán una pesada carga para la casa y un peligro para su dueño; y si, por el contrario, son honrados, ¿cómo podrás contar entre tus riquezas la honestidad ajena?

»De todo esto se deduce claramente que ninguna de esas cosas que cuentas como tuyas te pertenece. Y si ninguna de ellas posee una belleza digna de tu deseo, ¿por qué debería doler-

te perderlas o complacerte conservarlas? Incluso admitiendo que sean bellas por naturaleza, ¿por qué iban a inquietarte? Te complacen por ellas mismas, incluso aunque no te pertenezcan. No son preciosas por formar parte de tus riquezas, sino que has querido considerarlas tus riquezas porque te parecían preciosas. De hecho, ¿qué es lo que buscáis los hombres cuando con tanto afán perseguís la fortuna? ¿Evitar la indigencia mediante la acumulación? No obstante, obtenéis el resultado contrario, porque efectivamente hacen falta ciertos recursos para mantener, por ejemplo, un mobiliario precioso y variado, y lo cierto es que son muchas las necesidades de quien posee innumerables bienes, mientras que son mínimas las de quien se atiene a su naturaleza y no a sus excesivas ambiciones.

»Por otra parte, ¿no poseéis bienes propios, en vuestro interior, que os permitan evitar ir mendigándolos en las cosas externas y remotas? ¿Tan alterado está el orden de las cosas que un ser animado, divino gracias a la razón, no encuentra mejor forma de brillar que apropiándose de adornos sin alma? Mientras que las demás criaturas se contentan con lo que son, vosotros, cuyo espíritu os asemeja a Dios, buscáis en las

cosas más ínfimas los adornos de vuestra naturaleza superior sin advertir la injusticia que cometéis con vuestro creador. Aunque él quiso que el género humano estuviera por encima de las demás criaturas de la tierra, vosotros rebajáis vuestra dignidad a la altura de las cosas más viles. Porque si él estableció que cualquier bien es más precioso que aquel que lo posee, al juzgar que esas cosas tan despreciables son vuestros bienes, os valoráis inferiores a ellas, y hasta tenéis razón. Pues una condición de la naturaleza humana es que cuando se conoce a sí misma es superior a las demás, pero cuando deja de conocerse se degrada a tal punto que es inferior a la de los animales: forma parte de la naturaleza de todas las demás criaturas no conocerse, pero en la del hombre esta ignorancia constituye un vicio. ¡Qué gran error el vuestro si pensáis que podéis adornarnos con cualquier cosa ajena a vuestra naturaleza! La verdad es que no es posible, porque si los accesorios que lleváis lucen, lo que elogiaremos serán los accesorios, pero aquello que tratan de ocultar y disimular seguirá siendo igual de horrible. Sólo afirmo que no puede decirse que algo es bueno si perjudica a quien lo posee, ¿y no tengo razón? Sin embargo, las riquezas muchas ve-

ces han perjudicado a sus poseedores, ya que las personas de la peor calaña son mucho más ávidas de los bienes ajenos y se consideran los únicos dignos de poseer todo el oro y todas las piedras preciosas del mundo. Tú mismo, que tan inquieto estás y sientes escalofríos al pensar en la pica y la espada, si hubieras emprendido sin equipaje el camino de la vida pasarías cantando ante el ladrón. ¡Qué espléndida es la bendición de las riquezas! En cuanto las adquieres se apoderan de ti las preocupaciones.

»¡Dichosos los tiempos antiguos, aún no corrompidos por los lujos, en que los hombres se contentaban con los cultivos fieles y las pródigas bellotas calmaban su hambre! No sabían mezclar las dádivas de Baco con cristalina miel, ni teñir con púrpura de Tiro la seda de los seres;¹ la hierba les ofrecía un sueño reparador, el arroyo de raudas aguas les brindaba bebida, y los altos pinos les daban sombra. Nadie surcaba los mares para llevar mercancías selectas, ni visitaba costas desconocidas. No sonaban los cornos guerreros, ni la sangre derramada por el odio impla-

¹ Pueblo antiguo de Asia central y China occidental conocido en la Antigüedad por ser el origen de la seda.

cable bañaba de horror la tierra labrada. ¿Qué furor hostil empuñó primero las armas, cuando no podía imaginarse más recompensa por la sangre vertida que las horribles heridas? ¡Ojalá pudiera volverse en nuestros tiempos a las antiguas costumbres! Pero más feroz que las llamas del Etna, arde rugiente el afán de poseer. ¿Quién fue, ay, el primero que desenterró montañas de pepitas de oro y gemas que yacían ocultas, esos preciosos peligros que tan caros hemos pagado?

VI

—¿Qué diré de las dignidades y el poder que vosotros, ignorando la verdadera dignidad y el auténtico poder, ponéis por las nubes? ¿No causan en manos de un corrupto más estragos que la lava del Etna y los diluvios? Como supongo que sabrás, vuestros ancestros trataron de abolir el poder consular, que había sido el fundamento de la libertad, a causa de la soberbia de los cónsules, quienes a su vez antes habían abolido de la ciudad el título de rey también a causa de la soberbia de éste. No obstante, las pocas veces que se confían estos cargos a una persona honrada, lo que apreciamos es precisamente la honradez de quien los

ocupa, porque la consideración no depende de los méritos que otorga cierto cargo, sino que éste depende de vuestros méritos. ¿Cuál es ese poder tan ilustre que tanto anheláis? ¿No os dais cuenta, criaturas terrenales, de quiénes son las personas sobre las que creéis tener autoridad? De hecho, si vieras a un ratón reivindicar para sí el dominio de todos los demás ratones, ¿no te echarías a reír? Y si nos atenemos a lo corporal ¿no son acaso los humanos las criaturas más débiles de todas? A menudo basta la picadura de un insecto, o unas lombrices en los intestinos, para matarlos. Lo único que es posible dominar de un hombre es su cuerpo y sus posesiones, aun inferiores al cuerpo. Nada puedes imponerle a un alma libre, ni puedes arrebatarle su íntima tranquilidad a una mente serena, en paz consigo misma y racional. Un tirano pensó que con suplicios obligaría a confesar una conjura a un hombre libre, pero éste se mordió la lengua hasta cortársela y se la escupió en la cara al tirano. Así, las torturas que el tirano consideraba una ocasión para ser cruel, aquel hombre las convirtió en una oportunidad para ser incorruptible. De hecho, todo lo que puedas infligirle a otro, puede inflígirtelo a ti un tercero. Cuenta la tradición que a

Busiris, quien tenía la costumbre de matar a sus huéspedes, lo mató su huésped Hércules. Régulo encadenó a muchos prisioneros cartagineses, pero poco después él mismo tuvo que entregarse para que otro conquistador lo encadenara. ¿Dirías que tiene algún poder el hombre que no puede impedir que otro le inflija lo que él puede infligir a un tercero?

»Además, si las dignidades y el poder poseyeran alguna virtud natural e inherente, los más depravados jamás obtendrían las unas ni el otro. Porque los opuestos no suelen coincidir, ya que la naturaleza rechaza la unión de los contrarios. No obstante, puesto que no hay duda de que los más depravados disfrutan muy a menudo de dignidades, es evidente que lo que puede asociarse con personas de la peor especie no es bueno por naturaleza. Lo mismo puede decirse de los favores de la fortuna, más abundantes entre los deshonestos. En este sentido, merece la pena tener en cuenta otras consideraciones: nadie duda de que una persona que ha puesto de manifiesto su fortaleza es fuerte, y que el hombre dotado de velocidad es veloz. Del mismo modo, la música hace de ciertos hombres músicos, la medicina, médicos, y la retórica, oradores: pues está en la naturaleza de cada

cosa producir lo que le es propio, y no mezclarse con lo contrario, sino repelerlo. Sin embargo, ni las riquezas apaciguan la insaciable avidez de la codicia, ni el poder hace dueño de sí a quien es esclavo de sus vicios y pasiones, de modo que cuando se concede una dignidad a los deshonestos no sólo ésta no los dignifica, sino que incluso delata aún más su indignidad. ¿Por qué? Porque os gusta dar a las cosas nombres falsos. Pero es fácil demostrar su falsedad a partir de la realidad de las cosas mismas; de modo que, en rigor, no es posible llamar a ninguna de estas cosas que venimos analizando ni *riquezas*, ni *poder*, ni *dignidades*. Por último, lo mismo se puede concluir de la fortuna en general: no hay nada deseable en ella, ninguna bondad inherente a ella puesto que no siempre favorece a los bondadosos, ni hace necesariamente bondadosos a aquellos a los que favorece.

»Sabemos cuántos estragos causó con el incendio de la ciudad, la masacre de los senadores y el asesinato de su hermano, aquel brutal emperador que hundió el acero en las entrañas de su madre y con mirada gélida recorrió su cuerpo sin derramar una lágrima, cruel juez de su inerte belleza. Sin embargo, él era el rey de los pue-

blos que alumbra el sol desde que asoma en el mar, y de aquellos que azota el frío viento norte, y hasta de los sedientos desiertos que abraza el viento del sur. ¿Acaso mudó este poder absoluto la furia del criminal Nerón? ¡Ay, qué cruel es la suerte cuando el injusto se alía con el cruel, y la espada con el veneno!

VII

—Ya sabes—repliqué entonces—que las ambiciones terrenales han sido irrelevantes para mí, y que si deseé ejercer funciones públicas fue para que mi capacidad no se consumiera sin provecho.

—Sé bien que lo único que puede atraer a los espíritus superiores que no obstante aún no han alcanzado la cima de la perfección de sus virtudes es el deseo de gloria y fama que da haber servido honestamente al Estado—contestó ella—. Pero te ruego que consideres cuán insignificantes son estas cosas. Como aprendiste de las demostraciones de los astrónomos, todo el orbe de la tierra, comparado con el espacio celeste, equivale a un punto, es decir que, en comparación con el globo celeste, su extensión es casi inapreciable. Y, como aprendiste de Ptolomeo, sólo la cuarta parte de esta región tan exigua está habitada por

seres animados que conocemos. Si de esa cuarta parte sustraes mentalmente los mares, los pantanos y las vastas regiones sedientas, queda un área sumamente reducida para la población humana. Así que, recludos y encerrados en ese espacio ínfimo, ¿os afanáis en serio por divulgar vuestra reputación y hacer que suene vuestro nombre? ¿Qué grandeza y magnificencia puede tener una gloria confinada en límites tan estrechos? A ello se suma que en ese reducidísimo espacio poblado viven un buen número de pueblos que hablan distintas lenguas, profesan diversas costumbres y formas de vida, y que, tanto en razón de la dificultad de viajar, como de la diversidad de lenguas y la falta de intercambio comercial, la fama, no ya de un hombre sólo, sino de las propias ciudades, apenas puede llegar. En tiempos de Cicerón, según afirmó él mismo en algún pasaje, la fama de la República romana no había traspasado el monte Cáucaso,¹ pese a ser ya mucha y atemorizar incluso a los partos y a otros pueblos de aquellos rincones. ¿Te das cuenta, pues, de lo es-

¹ Cicerón, en *De Republica* 6, 22, parece aludir con ese nombre al Himalaya, mientras Boecio se refiere al Cáucaso moderno entre el mar Negro y el Caspio.

trecha y reducida que es la gloria que os esforzáis en difundir y extender? ¿O crees que la fama de un solo romano podrá llegar donde jamás llegó la del imperio? Por no mencionar el hecho de que, dada la diversidad de costumbres de los pueblos, lo que es digno de alabanza entre unos es merecedor de castigo entre otros. Por lo demás, si lo que deleita es escuchar que se celebra el propio nombre, carece de utilidad extender la fama más allá del entorno personal. Cada cual debe contentarse con ver crecer su gloria entre los suyos y con que la ilustre inmortalidad de su renombre se reduzca a los límites de su pueblo.

»Ahora bien, ¡cuántos hombres ilustres, muy celebrados en vida, cayeron en el olvido a falta de historiadores que escribieran sobre ellos! ¿Y de qué habrían servido esos textos, condenados a perderse en la noche de los tiempos con sus autores? Creéis que podríais alcanzar la inmortalidad cuando pensáis en vuestro renombre en el futuro, pero si tuvierais en cuenta la infinitud de la eternidad, ¿qué razón tendríais para que os satisficiera tanto que vuestros nombres perduraran? De hecho, si se compara la duración de un solo instante con diez mil años, es decir, dos lapsos de tiempo limitados, puede decirse

que el instante tiene cierta duración, por mínima que sea, mientras que los diez mil años, multiplicados cuantas veces se quiera, no pueden ni siquiera compararse con una duración infinita. Porque es posible comparar cosas finitas, pero jamás será posible establecer ninguna comparación entre lo infinito y lo finito. De manera que ya puede prolongarse la fama tanto tiempo como se quiera: si lo comparamos con la eternidad insondable no sólo parecerá limitado, sino absolutamente insignificante.

»Sin embargo, a vosotros lo único que os mueve a obrar bien es la opinión popular y el qué dirán, y renunciáis a la superioridad de vuestra conciencia y vuestra virtud para mendigar el reconocimiento de vuestros actos a los chismosos. Fíjate cómo se burló alguien de la frivolidad de este tipo de arrogancia: cubrió de insultos a un personaje que se adornaba con el nombre de filósofo, no porque practicara la verdadera virtud, sino tan sólo por darse lustre, y le advirtió que sabrían si era realmente un filósofo si soportaba con serenidad y paciencia los insultos que recibía. El falso filósofo tras aguantar pacientemente durante un rato los insultos sin pestañear, dijo en tono triunfal: "¡Admite que soy un filósofo!".

Y el otro, mordaz, replicó: "Con mucho gusto lo habría admitido si hubieras seguido callado". Y, además, ¿qué razón podrían tener los hombres ilustres, ya que de ellos hablamos, que pretenden obtener reconocimiento por su virtud, qué razón podrían tener, digo, para preocuparse por el renombre, si la muerte siempre termina consumiendo el cuerpo? Si morir supusiera la desaparición absoluta, cosa que contradice lo que la razón nos indica, la fama no sería nada, ya que se le atribuiría a alguien que habría dejado de existir. Y si, por el contrario, el alma inteligente, una vez liberada de la cárcel del cuerpo, se eleva al cielo, ¿acaso no despreciará cualquier bien mundano una vez disfrute del cielo y se alegrará de haberse liberado de los asuntos terrenales?

»Quien tenga por bien supremo la celebridad debería contemplar las vastas regiones celestiales y compararlas con la reducida magnitud de la tierra: descubriría avergonzado que su fama ni siquiera puede extenderse por toda esa diminuta esfera. ¿Por qué ese orgulloso y vano afán de escapar al yugo de la muerte? Por más que se extienda la fama de un nombre entre pueblos remotos y ande de boca en boca, por más títulos que adornen una mansión, la muerte desprecia

la altiva celebridad al derribar tanto a humildes como a notables e igualar al ínfimo con el excelso. ¿Qué ha quedado de los huesos del fiel Fabricio? ¿Qué ha sido de Bruto, o del severo Catón? Lo poco que queda de su fama es su borroso nombre inscrito en una piedra. Pero ¿acaso conocer sus nombres significa que sepamos quiénes fueron? Así que yacerás completamente ignorado, y ni la fama podrá salvarte del olvido: si sueñas con perdurar en el eco de un nombre mortal, también llegará un día en que desaparecerá, de modo que te aguarda una segunda muerte.

VIII

—No querría que pensaras que tengo declarada una guerra sin cuartel contra la fortuna. En ocasiones, al engañar a los hombres les hace un favor, por ejemplo, cuando se les revela, cuando les muestra su verdadero rostro y les descubre su juego. Tal vez aún no comprendas lo que digo; y como lo que trato de explicarte es asombroso, me cuesta dar con las palabras para que lo entiendas. Paradójicamente, creo que a los hombres les beneficia más la fortuna adversa que la favorable, porque cuando se presenta bajo la en-

gañosa apariencia de felicidad siempre miente, mientras que cuando se muestra cambiante e inestable siempre es sincera. La fortuna auspiciosa llama a engaño, mientras que la adversa, instruye; la primera ata el alma de quienes disfrutan de ella a la mendaz apariencia de ciertos bienes, mientras que la segunda la libera al descubrirle la fragilidad de las dichas. De modo que el alma de quienes confían en la fortuna está a merced del viento y se ignora a sí misma; en cambio, quienes han conocido la adversidad son sobrios, juiciosos y prudentes. Así que la fortuna favorable desvía del verdadero bien a quienes se dejan seducir por ella, y la adversa a menudo devuelve a los hombres a la senda del bien, como la pastora que guía a su rebaño a golpes de cayado. ¿O crees que tu amarga y horrible suerte te hizo un flaco favor al revelarte quiénes eran tus amigos realmente fieles? ¿No te permitió distinguir, entre quienes te rodeaban, a los leales de los traidores? Así que cuando la suerte te abandonó tan sólo se llevó consigo a los segundos y te dejó a los primeros. ¿Cuánto habrías pagado por eso cuando creías estar a salvo y ser afortunado? Por más que sigas lamentando la pérdida de tus riquezas, has ganado un tesoro muchísimo más valioso: los amigos.

»Que el mundo despliegue su armonía multiplicando su variedad; que los elementos en pugna respeten un pacto perpetuo; que el sol traiga el día rosado en su carro de oro y la luna reine en las noches que trae el lucero; que las mareas contengan las codiciosas aguas de los mares y jamás las olas engullan los prados ni los valles: todas estas cosas las une el amor que gobierna tierras y mares e impera en el cielo. Si él soltara las riendas, todo lo que ahora se ama mutuamente entraría en perpetuo conflicto y en la contienda se destruiría la mecánica que ahora, en esta fiel alianza, anima sus armoniosos movimientos. También él mantiene unidos a los pueblos mediante un pacto sagrado, estrecha los lazos del matrimonio mediante vínculos puros, y prescribe sus leyes a los amigos fieles. ¡Oh, qué dichoso sería el género humano si gobernara sus almas el amor que rige los cielos!



LIBRO TERCERO

I

La filosofía había interrumpido su canto, pero yo quería seguir escuchándola, prendado de sus dulces palabras. Tras unos instantes, exclamé:

—¡Oh, grandioso consuelo de las almas exhaustas! ¡Cuánto me han confortado la fuerza de tus pensamientos y la dulzura de tu declamación! Tanto que ya no me considero indefenso ante los golpes de la fortuna. Y los poderosos remedios que me anunciabas no sólo no me asustan, sino que estoy deseoso de oírte y te ruego que me los proporciones.

Y entonces ella dijo:

—He notado que escuchabas atentamente mis palabras—me respondió—, y esperaba a que se produjera en ti este cambio o, mejor dicho, yo misma lo propicié. Las cosas que me quedan por decir parecen amargas al oír las, pero una vez asimiladas, resultan más dulces. En cualquier caso, decías que estabas deseoso de oírme, pero si supieras adónde me propongo llevarte, ¡arderías en deseos de llegar!

—¿Adónde?—pregunté.

—A la felicidad verdadera—contestó—, a ésa con la que sueña tu alma y no puedes ver porque las apariencias te nublan la visión.

—Hazlo, te lo ruego—repliqué enseguida—, y muéstrame sin más dilación la verdadera felicidad.

—Lo haré con gusto por ti—continuó—, pero primero trataré de indicarte y describirte una felicidad que conoces mejor, para que, tras haberla examinado, vuelvas la vista y puedas reconocer el aspecto de la verdadera felicidad.

»Quien quiera sembrar la tierra tendrá que desbrozar el campo primero, cortar zarzas y maleza, para que acuda Ceres preñada de nuevos frutos. Mucho más dulce sabe el néctar libado de las abejas si la boca ha probado antes algo amargo. Las estrellas brillan más en los cielos cuando el viento del sur deja de rugir y de arrastrar tormentas. Una vez que el lucero del alba destierra las tinieblas, el día saca a relucir sus rosados caballos. Tú también, examina primero los bienes falsos y con ello empezarás a liberarte del yugo que te oprime: después los bienes verdaderos irán penetrando en tu alma.

Entonces bajó un poco la mirada y, como si se retirara al santuario de sus pensamientos, prosiguió:

—Todos los desvelos y afanes de los hombres en sus diversos proyectos los llevan por distintos caminos, pero conducen a un mismo fin: alcanzar la beatitud, un bien cuya posesión no deja espacio para ningún otro deseo. De hecho, es el bien supremo que contiene en su seno todos los bienes; si le faltara alguno no sería supremo, puesto que fuera de él quedaría algo que podríamos desear. Por lo tanto, queda claro que la beatitud es el estado perfecto porque reúne todos los bienes. A ese estado perfecto, como he dicho, pretenden llegar todos por diversos caminos: el deseo del bien verdadero está impreso por naturaleza en el espíritu de los hombres, pero el error los desvía hacia los bienes falsos. Así, algunos creen que el bien supremo es no carecer de nada, y se afanan en acumular riquezas; otros juzgan que el bien radica en la más alta dignidad y se esfuerzan en obtener honores y en ser reverenciados por sus conciudadanos. Hay quienes creen que el bien supremo está en el poder supremo, e

intentan o bien reinar o bien arrimarse a los que reinan. Quienes consideran que la celebridad es el mayor bien se desviven para consagrar su glorioso nombre mediante las artes de la guerra o de la paz. La mayoría equiparan el bien a la alegría y el goce: están convencidos de que el colmo de la felicidad es entregarse al deleite. También hay quienes confunden los fines y las causas, por ejemplo, los que anhelan riquezas para obtener poder y placeres, o aspiran al poder con miras a la riqueza o a la celebridad. A tales cosas, y otras semejantes, apuntan los actos y los deseos humanos, como la notoriedad y la popularidad, que parecen brindar cierta fama, o casarse y tener hijos para obtener la aprobación de los demás. En cuanto a los amigos, que son el más sagrado tipo de bendición, no se cuentan entre las cosas que nos brinda la fortuna sino la virtud, mientras que el resto de bienes los codiciamos por el poder o el placer que nos dan. Es evidente que los atributos físicos se pueden relacionar con los bienes mencionados hasta aquí: la robustez y la altura se asocian con la valentía; la belleza y agudeza, con la celebridad; y la salud, con el placer. De todo lo cual se deduce que la felicidad es lo único que desean los hombres, porque cada cual juzga que el bien supremo es aque-

llo que anhela por encima de todo. Y puesto que, como ya hemos establecido, el bien supremo es la felicidad, cada cual considera dichoso el estado que desea por encima de todo.

»De modo que éste es un resumen de los ingredientes de la felicidad humana: riquezas, honores, poder, fama y placeres. De todos ellos, Epicuro concluyó lógicamente que el placer era el bien supremo, porque todos los demás también estaban destinados a dar placer, aunque fuera estrictamente espiritual. Pero volvamos a los afanes de los hombres: el alma, aunque su recuerdo esté ofuscado, busca siempre su propio bien, pero ignora el camino para llegar a él, como el borracho ignora el camino de vuelta a casa. ¿Diríamos que están perdidos quienes se esfuerzan en que no les falte nada? Claro que no, pues nada asegura más la felicidad que la abundancia de bienes que nos permite no depender de nadie y valernos por nosotros mismos. ¿Se equivocan quienes piensan que lo mejor es ser admirado y reverenciado? En absoluto, pues nada de vil ni despreciable puede haber en algo que casi todos los mortales tratan de obtener con tanto esfuerzo. ¿Y acaso no hay que incluir el poder entre los bienes? ¿Diremos que es débil, que no tiene fuerza,

aquello que se impone claramente sobre todas las demás cosas? Tampoco puede negarse el valor de la fama, ya que todo lo que destaca también es lo más ilustre. Naturalmente, la felicidad no puede estar sujeta a la angustia, ni a la tristeza, ni al dolor, ya que hasta en las cosas más nimias se persigue aquello cuya posesión proporciona deleite. Éstas son las cosas que los hombres quieren obtener y anhelan: riquezas, dignidades, poder, fama y placeres, porque creen que mediante todas ellas podrán valerse por sí mismos, serán respetados, tendrán poder, serán célebres y gozarán de la vida. Así que el bien es aquello que los hombres persiguen de tan distintos modos, lo cual pone de manifiesto la fuerza de la naturaleza, ya que, pese a la divergencia y variedad de opiniones, todo el mundo coincide en que el bien es el único fin que merece la pena perseguir.

»Al dulce son de la lira quiero cantar a la poderosa naturaleza, que lleva cautelosa las riendas de la creación y somete la inmensidad del mundo a uniformes leyes que todo lo unen con lazos que no pueden desatarse. Pese a las gruesas cadenas con que se amarra al león púnico, pese a que coma sumiso de la mano del amo temiendo un latigazo, basta que en sus temibles fauces cai-

ga una gota de sangre para que despierte el instinto dormido: con un profundo rugido, reclamando su condición, rompe entonces las cadenas con furia incontenible y despedaza miembro a miembro al domador cuya sangre fresca alimenta la furia renacida. Tanto da cuánto se esmere el hombre en ofrecerle dulce miel y otras delicias al pájaro que ayer cantaba en altas ramas y hoy está encerrado en una jaula: dando saltos inquietos en su angosta cárcel atisbará la fresca sombra de los árboles y con su canto afligido despreciará cualquier manjar y rogará volver a las copas. Hasta el tallo de la planta que se pliega a la fuerza para crecer pegado al suelo se alza de nuevo y mira al cielo cuando desaparece la traba. Y el sol que se oculta tras las olas de poniente recorre la invariable ruta secreta para asomarse siempre por oriente. Todas las cosas regresan a su origen y cada una celebra su retorno; ningún orden puede persistir que no tenga origen y final, y cierre un círculo sin fin.

III

—También vosotros, criaturas terrenales, soñáis con regresar a vuestro origen y atisbáis, por

confusa que sea la visión, el verdadero fin que es la beatitud, por ello el impulso natural os empuja hacia el verdadero bien aunque vuestros múltiples errores os desvíen de él. Examina, pues, si lo que los hombres consideran medios para alcanzar la felicidad sirve para llegar al fin propuesto. Si el dinero, los honores y demás cosas del mismo género proporcionaran un estado en el que no faltara ningún bien, estaría yo dispuesta a aceptar que es posible ser feliz al adquirir cualquiera de esas cosas. Pero si ni el dinero ni el resto de bienes satisfacen lo que prometen y ni siquiera están presentes en la mayor parte de cosas realmente buenas, ¿no será obvio que los hombres se aferran a una engañosa apariencia de felicidad? A ti mismo, que hace poco eras un hombre próspero, ¿jamás te inquietó, rodeado de riquezas, el temor a que algo pudiera torcerse?

—Más bien diría—contesté—que no recuerdo una época en que no haya tenido alguna preocupación.

—¿Y estás de acuerdo en que ello se debía a que te faltaba algo que hubieras querido tener, o a que había algo que hubieras querido ahorrarte?

—Así es.

—Entonces, ¿deseabas la presencia de cierta cosa y la ausencia de otra?

—Efectivamente.

—De modo que se desea aquello de lo que se carece, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—¿Y no dirías que quien carece de algo no es del todo dueño de sí mismo?

—Sí.

—De modo que tú, pese a tus muchas riquezas, sentías que te faltaba algo y no eras enteramente dueño de ti.

—Sí, ésa es la verdad.

—Ni siquiera las riquezas pueden satisfacer todas las carencias, ni lograr que no necesitemos nada ni a nadie, aunque eso sea lo que prometen. Además, conviene tener en cuenta que no hay nada en la naturaleza del dinero que impida arrebátárselo a su dueño.

—Es muy cierto.

—Bien lo sabes, porque cada día alguien se lo arrebat a otro, contra su voluntad, por el simple hecho de que es más fuerte. ¿A qué se deben los innumerables litigios si no a quienes reclaman riquezas arrebatadas por la fuerza o mediante engaños?

—Así es.

—De modo que quien quiera proteger su dinero necesitará la ayuda de otros.

—Sin duda, sí.

—Pero si no tuviera dinero que pudieran arrebatarle no la necesitaría...

—No, por supuesto.

—De modo que la situación se ha invertido. Las riquezas, que supuestamente permitían a su dueño no depender de nadie, de hecho lo obligan a recurrir a la ayuda ajena. Y si eso es así, ¿en qué sentido las riquezas satisfacen las necesidades? ¿Acaso los ricos jamás sienten hambre, ni sed? ¿No son sensibles al frío del invierno los adinerados? Me responderás que los ricos tienen con qué saciar el hambre y la sed, y con qué protegerse del frío. Pero por más que las riquezas permitan paliar las necesidades, no pueden suprimirlas. La riqueza material puede satisfacer las necesidades más imperiosas y urgentes, pero los deseos insatisfechos persisten. Sobra recordar que las necesidades de la naturaleza se palian con poco, pero nada puede saciar la avidez. Si las riquezas, lejos de erradicar nuestras carencias, crean nuevas necesidades, no existe ninguna razón para creer que puedan hacernos autosuficientes.

»Aunque la sed de oro empuje al hombre próspero a perseguir riquezas que no lo saciarán, aunque cuelguen de su cuello tantas perlas del mar Rojo que ni una más pueda cargar, y aunque cien bueyes sus fértiles campos, ni un solo día le abandonará la dolorosa inquietud, ni le acompañará al morir su voluble riqueza.

IV

—Me dirás que, no obstante, las dignidades vuelven honorables e ilustres a quienes las detentan. Pero ¿acaso un cargo público puede inculcar la virtud en el espíritu de quien lo ocupa y remediar sus vicios? Normalmente ocurre lo contrario: no los remedian, sino que los ponen de manifiesto. Por eso indigna comprobar que a menudo las más altas dignidades recaen en los hombres más ineptos. De ahí que Catulo llame «tumor» a Nonio, que ocupaba la silla curul de los altos magistrados romanos. Ya ves cuánta deshonra acarrear los cargos al malvado. De hecho, su indignidad sería menos patente si no hubiera honores que la pusieran de relieve. ¿No te arriesgaste tú también al considerar adecuado ejercer la magistratura junto a Decorato, a sa-

biendas de que en realidad era un bufón y un delator? No es posible considerar digno de reverencia en razón de sus cargos a quien consideramos indigno de esos mismos cargos. Pero si conocieras a alguien lleno de sabiduría, ¿podrías pensar que no es digno de respeto, ni de la sabiduría que posee? Por supuesto que no, porque en la virtud hay una dignidad que le es propia y se transmite inmediatamente a quienes la practican. Puesto que el reconocimiento que concede el pueblo no puede hacer lo mismo, es evidente que no poseen la belleza característica de la verdadera dignidad. A propósito de este asunto conviene advertir que si el valor de un hombre depende de cuánta gente lo desprecie, los altos cargos lo condenan a ser más despreciado, puesto que lo exponen a la vista de muchas personas, pero no pueden darle el valor que no posee, cosa de la que se vengán estos hombres desprestigiando los cargos con sus actos.

»Para entender que el verdadero respeto no puede obtenerse de vanos honores como tales cargos, pregúntate lo siguiente: si alguien que haya sido cónsul repetidamente fuera a parar por azares entre los bárbaros, ¿lo haría respetable ante ellos? Si los cargos confirieran dignidad

por sí mismos, no perderían su poder de dignificar en ningún sitio, ni ante ningún pueblo, del mismo modo que el fuego calienta en todas partes de la tierra. Pero como los cargos no tienen la propiedad de dignificar a quienes los ostentan, sino que esa propiedad se la atribuye la opinión equivocada de los hombres, la dignidad se desvanece en cuanto se desconocen esas opiniones. ¿Sólo ocurre así entre los pueblos foráneos? ¿Acaso cuando las dignidades se desempeñan en sus lugares de origen otorgan siempre prestigio? Ser pretor, que fue un gran poder en otro tiempo, es hoy un nombre vacuo y una carga pesada para los bolsillos de los senadores. También se consideró grande al responsable del suministro de grano a Roma,¹ si bien hoy no hay cargo más despreciable. Como te decía, puesto que el honor no es inherente al cargo, le reconocemos brillo o se lo negamos en función de quien lo desempeñe. De modo que, si los cargos no pueden volver respetables a quienes los detentan, y si, además, las personas deshonestas que los ocupan terminan desprestigiándolos, si pierden

¹ Alusión a Pompeyo, que se distinguió como pretor, a quien Sila saludó como *Magnus* ('grande').

su esplendor con el paso del tiempo, si su valor disminuye entre distintos pueblos, ¿qué clase de belleza deseable o superior poseen?

»Aunque estuviese adornado con diamantes y púrpura de Tiro, el lujo demencial de Nerón resultaba odioso a cualquiera. Y cuando, a veces, el perverso ofrecía cargos a los senadores más venerables, ¿quién podía juzgar como dichosos los honores que otorgaba un miserable?

v

—¿Crees que ser rey o estar próximo a un rey da poder? Si la respuesta es: «Sí, porque su felicidad perdura siempre», yo replicaré que la historia, así como el presente, está llena de ejemplos de reyes cuya suerte se ha convertido en calamidad. ¡Qué maravilla es el poder cuando descubrimos que no es capaz de conservarse! No obstante, incluso si el poder regio fuese origen de dicha, ¿no se reduciría la felicidad y aumentaría la miseria cuando no es absoluto? Por más que se extiendan los imperios de los hombres, persisten por fuerza un buen número de pueblos a los que no domina ningún rey. Y cuando el poder deja de dar la felicidad aparece la impotencia

que tanta desdicha causa, de modo que necesariamente corresponde a los reyes una parte más grande de infortunio.

»Dionisio, tirano de Siracusa, conocía bien los peligros de su condición, a juzgar por como se los reveló a Damocles colgando sobre su cabeza una aterradora espada que pendía de un único pelo de la crin de un caballo.¹ ¿Qué clase de poder es el que no permite desterrar las insidiosas preocupaciones ni evitar las punzadas del miedo? Por supuesto que los reyes querrían vivir liberados de preocupaciones, pero ni siquiera ellos pueden hacerlo. ¡Ya pueden jactarse de su poder! ¿Consideras poderoso a quien carece de algo que no puede obtener? ¿Dirías que es poderoso quien anda rodeado de guardias porque vive más atemorizado que los súbditos a quienes aterroriza, y cuyo poder está en manos de quienes le sirven?

»¿Qué puedo decir de quienes se arriman a los reyes, si ya te he mostrado que la realeza misma es una condición tan débil? A veces los vemos caer mientras el poder real sigue incólume, y más a menudo caen con él. Nerón obligó a Séneca,

¹ Dionisio de Siracusa (405-367 a. C.), según Cicerón, *Tusculanas* 61-62.

su preceptor y consejero, a suicidarse; y Caracalla entregó a Papiniano, que tan poderoso había sido entre los cortesanos, a la espada de los soldados. Sin embargo, uno y otro quisieron renunciar a su poder, y Séneca incluso intentó entregar sus riquezas a Nerón para retirarse y dedicarse a la contemplación; pero al perder el equilibrio el peso de su propia grandeza los arrastró y ninguno de los dos consiguió su propósito. ¿Qué clase de poder es, pues, el que obliga a vivir atemorizado a quien lo posee, no otorga seguridad a quien desea mantenerlo e impide abandonarlo cuando se quiere renunciar a él? Tampoco hallarás apoyo en los amigos que no adquiriste gracias a la virtud, sino a la fortuna. El amigo que te atrajo el éxito se convertirá en enemigo cuando llegue tu infortunio. Y nada es más lacerante que ver al amigo convertido en adversario.

»Quien se quiera poderoso que domine primero sus violentas pasiones y no permita jamás que el deseo le eche el lazo al cuello y lo someta. Aunque la India tema tu férreo gobierno y tengas siervos en la última Tule,¹ si no puedes deste-

¹ India y Tule eran los dos límites del mundo habitado conocido por los romanos.

rrar tus funestas preocupaciones y tus lamentos, no eres rey, sino esclavo.

VI

—¡Qué mentirosa e infame es muchas veces la fama! Con razón el autor de la tragedia hizo exclamar a Andrómaca: «¡Oh, fama, fama, a cuántos mortales insignificantes has infatuado al darles vanagloria en vida!».¹ Son muchos los que deben su celebridad a las opiniones equivocadas del vulgo, pero ¿se te ocurre algo más vergonzoso? Quienes reciben halagos injustificados deberían ruborizarse al oírlos. E incluso si los elogios son merecidos nada pueden aportar al sabio, quien no mide su dicha por la popularidad de que goza sino por la más fidedigna voz de su conciencia. Si el mero hecho de difundir la propia fama se considera un logro, se sigue que no haber logrado difundirla es una vergüenza. Pero, como ya te he mostrado, por grande que sea la fama de un hombre, siempre habrá montones de pueblos

¹ En griego clásico en el original: «ὦ δόξα δόξα, μυριοῖσι δὴ βροτῶν οὐδὲν γεγῶσι βίοντι ὠγκώσας μέγαν», Eurípides, *Andrómaca* 319-320.

a los que no llegue, de modo que el individuo a quien consideras famoso es un desconocido en la mayor parte del mundo. Por lo demás, el favor popular ni siquiera es digno de mención porque no procede del discernimiento y jamás es constante.

»En cuanto al renombre que da la nobleza, ¿quién puede no ver lo inane y fútil que es? Si deriva de la fama, es una nobleza prestada, pues es evidente que se debe al reconocimiento de los actos de tus antepasados. La fama es el resultado del reconocimiento, y es lógico que sean aquellos a quienes se reconoce quienes se hagan famosos. Pero el reconocimiento a otras personas no puede ennoblecerte a menos que tú seas famoso por tus propios actos. Creo que lo único que tiene de bueno la nobleza es que impone al noble la condición de estar a la altura de la virtud de sus antepasados.

»Todo el género humano comparte el mismo origen, pues un solo señor es el padre y lo gobierna todo. Él dio sus rayos al sol y los cuernos a la luna, así como la tierra a los hombres y el cielo a las estrellas. Él encerró en los cuerpos a las almas que descendían de las alturas. Así que noble es el origen de todos los mortales. ¿Por qué

proclamáis con tanta pompa vuestra estirpe y ascendencia? Si miras de dónde vienes y quién te hizo, sabrás que los únicos seres mezquinos son los que renuncian a su noble origen para gozar de los peores vicios.

VII

—¿Qué puedo decirte de los deleites del cuerpo? Tratar de satisfacerlos llena de ansiedad a los hombres, y saciarlos, de arrepentimiento. A menudo, como si se tratara de una especie de castigo por la debilidad, los placeres del cuerpo causan graves enfermedades e insoportables dolores a quienes se entregan a ellos. No entiendo qué felicidad pueden dar tales pasiones, pero que el fin de los placeres causa tristeza es algo que sabe cualquiera que recuerde sus propios excesos. Por lo demás, si lo que obtenemos de los placeres corporales puede llamarse felicidad, entonces debería admitirse que los animales son felices, ya que su único propósito en la vida es satisfacer las necesidades del cuerpo. Los placeres derivados del matrimonio y los hijos son sin duda muy honestos; pero, como dijo alguien ateniéndose a la experiencia, los hijos terminan

convirtiéndose en verdugos.¹ No hace falta que te recuerde lo dolorosa que puede ser la condición de padre, pues tú mismo la conoces en primera persona. Por todo ello estoy de acuerdo con Eurípides cuando decía que quien no tiene hijos sufre menos, aunque pague por tal tranquilidad el precio de su desgracia.²

»Todos los placeres hacen lo mismo: aguijonean a su víctima. Como el enjambre de abejas, una vez han segregado la miel, alzan el vuelo y atacan el corazón llenándolo de dolorosas picaduras.

VIII

—Así que no hay la menor duda de que esos supuestos caminos a la felicidad nos desvían de ella y no pueden llevarnos adonde prometen. En adelante te mostraré cuántos males esconden. Si tratas de amasar riquezas tendrás que arrebatárselas a alguien. Si pretendes ostentar altos cargos tendrás que suplicar a quien los concede, de modo que para lograr elevarte por encima de los demás

¹ Leemos *tortores*. En algunos manuscritos figura *tortorem*, en cuyo caso el texto diría «que a los hijos los inventó un verdugo».

² Eurípides, *Andrómaca* 418 y ss.

habrás tenido que rebajarte y humillarte suplicando. Si deseas tener poder, tendrás que someterte a las insidias y conjuras de tus súbditos. Si aspiras a la fama te debatirás entre complacer a unos y otros hasta que te consuman las preocupaciones. Si decides llevar una vida entregado a los placeres te convertirás en el despreciable esclavo del amo más mezquino y caprichoso, el cuerpo. Quienes presumen de sus atributos físicos ¡en qué frágiles posesiones basan su dicha! ¿Acaso es posible superar en tamaño a los elefantes, al toro en fuerza o al tigre en velocidad? Levanta la mirada hacia la bóveda celeste: contempla su permanencia, la velocidad con que se mueve y deja de admirar cosas insignificantes. Y comprueba que lo más admirable del cielo es la razón que lo gobierna.

»En cuanto al esplendor de la belleza, ¡qué rápido y veloz pasa, más fugaz que las efímeras flores de primavera! Además, si los hombres tuvieran los ojos de Linceo, como dijo Aristóteles, y su vista traspasara la carne, ¿no parecerían horribles hasta las entrañas del apuesto Alcibíades? No es tu naturaleza la que te da una apariencia agradable, sino la defectuosa vista de quien te mira. Adorad cuanto queráis la belleza del cuerpo, pero no olvidéis jamás que bastan tres días de fie-

bre para reducirla a nada. En suma, las cosas que no pueden darnos lo que prometen, ni ayudarnos a alcanzar la perfección mediante la suma de todas las bondades, no conducen a la felicidad ni hacen dichosos a quienes las poseen.

»¡Ay, cómo extravía la ignorancia a los infelices mortales! No buscáis oro en las copas de los árboles, ni piedras preciosas en la vid; no echáis las redes en los montes para atrapar peces, ni surcáis el mar Tirreno en busca de cabras montesas. Conocéis las profundidades del mar bajo las olas, sabéis qué aguas son ricas en perlas, qué costas, ricas en tinte púrpura, y en qué orillas hay mejor pesca o más succulentos erizos. Pero seguís ignorando, porque estáis ciegos, dónde se oculta el bien que deseáis, y buscáis bajo la tierra lo que se encuentra en el cielo estrellado. ¿Qué puedo desear a los necios mortales? Que persigan riquezas y honores, y cuando hayan obtenido esos falsos bienes con mucho esfuerzo ¡aprenderán a conocer los verdaderos!

IX

—Bastelo dicho hasta aquí—concluyó ella—para entender en qué consiste la falsa felicidad, y si te

ha quedado claro, pasaré a explicarte ahora en qué consiste la verdadera.

—Entiendo perfectamente—le respondí—que las riquezas no dan la libertad de espíritu; ni los reinos, el poder; ni los honores, la respetabilidad; ni la fama da la gloria; ni los placeres, la felicidad.

—¿Has comprendido también la razón por la que es así?

—Creo que empiezo a atisbarla como a través de una rendija, pero preferiría que me la expusieras claramente.

—La razón es evidente: el error humano separa lo que por naturaleza es uno e indivisible, y transforma lo verdadero y perfecto en falso e imperfecto. ¿Dirías que quien no carece de nada está desprovisto de poder?

—No, todo lo contrario—respondí.

—Así es, porque si ese ser tuviera alguna debilidad, en algún sentido, precisaría por fuerza de ayuda ajena.

—Efectivamente.

—Por lo tanto, bastarse a sí mismo y ser poderoso son una y la misma cosa.

—Eso creo.

—Entonces, a quien se bastara a sí mismo ¿lo

considerarías despreciable o, por el contrario, digno de la mayor veneración general?

—Sin duda digno de la mayor veneración.

—Muy bien, en ese caso a la capacidad de bastarse a sí mismo y al poder hay que añadir la respetabilidad: los tres atributos son el mismo.

—Hagámoslo, puesto que queremos conocer la verdad.

—Ahora respóndeme a otra pregunta: ¿esta serie de atributos es digna de ser ignorada y despreciada, o de ser celebrada e ilustre? Piensa si quien no carece de nada, es poderosísimo y digno de la mayor veneración, estará desprovisto de la celebridad que sólo los demás pueden otorgarle o si se le reconocerá el mérito que le corresponde.

—Tengo que reconocer que quien poseyera estos atributos sería celeberrimo—contesté.

—Admitamos, en consecuencia, que la celebridad no se distingue de los tres atributos mencionados.

—Me parece lógico—asentí.

—¿Y no es evidente que quien no careciese de nada, todo lo pudiera por sí mismo, fuese ilustre y reverenciado, también sería absolutamente feliz?

—Parece inconcebible que un ser dotado de

estos atributos pudiera sentirse desdichado—le contesté—. Hay que admitir que, si se dan las demás condiciones, debe ser plenamente feliz.

—Y por lo mismo se sigue que pese a que se denominan con distintas palabras, la autosuficiencia, el poder, la celebridad y la felicidad no se distinguen en absoluto en sustancia.

—Efectivamente.

—De modo que la división de lo que por la naturaleza es una misma cosa se debe a la sinrazón humana, que se afana en conseguir una parte de algo que carece de partes, de manera que no obtiene ni esa parte, ya que no existe, ni la cosa misma, a la cual ni siquiera aspira.

—¿Y cómo es posible que ocurra eso?—pregunté.

—Quien anda tras la riqueza para liberarse de las necesidades, no se ocupa de obtener poder; prefiere permanecer desconocido, e incluso se priva de placeres naturales para evitar gastar el dinero que ha amasado. Pero de ese modo no logra ser autosuficiente, porque carece de poder, las preocupaciones lo atormentan, la mezquindad lo envilece y la oscuridad lo sepulta. Quien sólo desea el poder dilapida sus riquezas, desprecia los placeres, el honor y la gloria que no se

traducen en poder. Pero también carece de muchas cosas, a veces necesarias, lo consumen las preocupaciones y, como no puede quitárselas de encima, pierde justo aquello que más deseaba, el poder. Lo mismo puede decirse de los honores, la gloria y los placeres: como cada una de estas cosas es idéntica a las otras, quien trata de obtener cualquiera de ellas sin las otras ni siquiera consigue la que desea.

—¿Qué pasaría si alguien deseara obtenerlas todas al mismo tiempo?

—Pues que desearía la plena felicidad. Ahora bien, ¿la encontraría en esos bienes que, como ya demostramos, no pueden dar lo que prometen?

—De ningún modo—repliqué.

—Luego no es posible obtener la felicidad de ninguna de las cosas que se consideran como la causa aislada del estado que se persigue.

—Estoy de acuerdo—dije—, y no puede haber nada más cierto.

—Pues ya conoces—aseguró—tanto la naturaleza como la causa de la falsa felicidad. Vuelve ahora tu mirada en la dirección opuesta y verás de inmediato, como te prometí, la verdadera felicidad.

—¡Hasta un ciego la vería!—exclamé—, por-

que tú me la has mostrado al señalar las causas de la falsa. La verdadera y perfecta felicidad es, si no me equivoco, la que nos hace autosuficientes, poderosos, respetables y célebres. Y para que veas que lo he comprendido de veras, ya no tengo la menor duda de que la verdadera felicidad es la que puede dar alguna de estas cosas, ya que son todas la misma.

—¡Ah, querido alumno, qué dichoso eres si piensas de ese modo! Pero no olvides una cosa.

—¿Qué?—pregunté.

—¿Crees que hay algo entre las cosas mortales y caducas que pueda conducir a ese estado?

—No, en absoluto, me lo has demostrado de forma indiscutible.

—Entonces está claro que esas cosas tan sólo pueden ofrecer a los mortales sombras de los verdaderos bienes o bienes imperfectos, pero jamás el verdadero bien, perfecto.

—Lo veo muy claro—respondí.

—Como ya has reconocido cuál es la naturaleza de la verdadera felicidad y qué cosas son falsas imitaciones, lo único que falta ahora es que descubras dónde puedes buscar la auténtica.

—¡Hace tanto tiempo que lo ansío!

—Pero ya que, como indicó en su *Timeo* mi

acólito Platón, hasta para ocuparse de las cosas más ínfimas es preciso implorar la ayuda de los dioses, ¿qué crees que deberíamos hacer ahora para merecer descubrir dónde se encuentra ese bien supremo?

—Hay que invocar al padre de todas las cosas—repliqué—, sin el cual es imposible dar un verdadero fundamento a ningún principio.

—Exactamente—asintió, y de inmediato declamó—: ¡Oh, creador de la tierra y de los cielos!, tú gobiernas el mundo con tu razón eterna, ordenas al tiempo avanzar desde la eternidad, y en tu perfecto reposo imprimes movimiento a todas las cosas. Ninguna causa externa te ha impulsado a emprender la creación de la cambiante materia, sino la forma del perfecto bien supremo. Tú que todo lo moldeas según un arquetipo superior y eres todo belleza, concibes en tu espíritu un mundo bello a tu imagen, y dispones que las partes perfectas formen una sola perfección. Tú das armonía a los distintos elementos para que se compensen lo frío y lo ardiente, lo seco y lo húmedo, y para que el fuego no arda en exceso ni pese demasiado la tierra. Tú pones en el centro de la creación el alma que une todas las cosas y las anima; y después de haberla dividido

en tres,¹ permites que al completar sus ciclos retorne sobre sí misma e imponga al firmamento un orden similar. Tú eres la sola causa que crea a las almas y los organismos inferiores; tú las transportas en carros para dispersarlas por los cielos y la tierra, y les otorgas la benigna ley por la que trazan un círculo perfecto para regresar a tu seno convertidas en fuego. Concede a nuestros espíritus, padre nuestro, ascender hasta tu venerado trono para poder observar la fuente del bien, volver a ver la luz, y contemplarte por fin con la mirada clara del alma. Dispersa las nubes, alivia la carga de la materia terrenal y haz brillar tu glorioso resplandor, pues nuestro único fin es verte, a ti, que eres la serenidad, el reposo y la paz de los justos, ¡el principio, el creador, el señor, el guía, el camino y la meta!

X

Ahora que has comprendido cuál es la forma del bien imperfecto y cuál la del perfecto, creo

¹ Para Platón (*Timeo* 35), la naturaleza se componía de mente, alma y materia, donde el alma es el elemento central que conecta e imprime movimiento al resto.

que conviene mostrarte dónde puedes hallar la plena felicidad. Para ello, primero hay que examinar si en la naturaleza puede existir un bien como el que acabamos de definir, no sea que nos desvíe de la verdad un razonamiento falso. Lo que es innegable es que ese bien existe, y que es el origen y el fundamento de todos los bienes, porque sólo podemos afirmar que algo es imperfecto en la medida en que carece de perfección. De ahí se sigue que, si percibimos algo imperfecto en cualquier clase de cosa, también deberá existir la perfección, porque en ausencia de la idea de perfección sería imposible concebir cómo puede existir lo que consideramos imperfecto. La naturaleza no se origina a partir de elementos dispersos e incompletos, sino a partir de elementos completos y perfectos que luego, al dividirse, se disgregan. Y si, como acabamos de mostrar, existe una felicidad imperfecta en los bienes perecederos, es indudable que debe existir otra verdadera y perfecta.

—Es una conclusión muy sólida y cierta —asentí.

—Para determinar dónde puede hallarse esa felicidad perfecta—prosiguió—, piensa lo siguiente: la humana concepción común recono-

ce que Dios, principio de todas las cosas, es bueno, dado que, como no es posible imaginar nada mejor que Dios, ¿quién podría dudar de que aquello que es mejor que todas las cosas es bueno? Y de hecho la razón demuestra que Dios es tan bueno que no podemos sino estar convencidos de que su bondad es perfecta, porque si no fuera así no podría ser el origen de toda la creación; debería existir otro ser superior, en posesión del bien supremo, que por lo tanto sería anterior a Dios, ya que sin duda lo más perfecto precede a lo menos perfecto. Para que este razonamiento no se prolongue hasta el infinito es preciso admitir que el Dios supremo es por definición la culminación de la perfecta bondad. Y como ya hemos establecido que el bien perfecto es la verdadera felicidad, podemos concluir que la verdadera felicidad debe hallarse necesariamente en el Dios supremo.

—Lo comprendo—respondí—, y el razonamiento no plantea ninguna contradicción.

—Debo pedirte—insistió—que te asegures de que estás convencido definitivamente de que el Dios supremo es el origen del bien supremo.

—¿Y cómo debo hacerlo?—pregunté.

—Evitando suponer que el padre de la crea-

ción ha recibido la suprema bondad que lo colma de fuera, o que ésta es un atributo suyo, lo cual implicaría que creyeras que la sustancia de Dios es algo distinto de la sustancia de la felicidad que lo colma. Si crees que recibió la bondad de fuera, deberás pensar que quien se la ha otorgado es superior a él, que la ha recibido. No obstante, ya habíamos llegado a la conclusión de que Dios es lo más excelso y perfecto de todo lo que existe. Por otra parte, si la bondad es un atributo de la naturaleza divina, pero es lógicamente distinta de Dios, cada vez que hablemos de él como el autor de la creación alguien podría pensar que con ello aludimos al poder responsable de unir dos cosas diferentes. Por último, si una cosa es distinta a otra, no puede ser la misma que consideramos diferente; por lo tanto, aquello que por su naturaleza se diferencia del bien supremo no puede ser el bien supremo, lo cual resulta impensable de Dios, pues ya hemos dicho que nada hay superior a él. Y puesto que es imposible que nada sea superior por naturaleza al ser del que deriva, deberíamos concluir que aquel que es el origen de todas las cosas es también en sustancia el bien supremo.

—No puedo disentir.

—Sin embargo, antes habíamos afirmado que el bien supremo es la felicidad.

—Así es.

—Entonces, ahora tendremos que admitir que la felicidad sólo podrás hallarla en Dios.

—No tengo nada que objetar a los razonamientos expuestos—admití—y entiendo cómo nos han conducido a esta conclusión.

—Examinemos ahora—dijo—si también es posible probar de forma aún más irrefutable lo mismo a partir del hecho de que no pueden existir dos bienes supremos que difieran entre sí. Es evidente que, dados dos bienes distintos, el uno no es el otro, de modo que ninguno puede ser perfecto, porque a cada uno le faltará el otro. Pero es manifiesto que el bien que no es perfecto no es supremo, así que los bienes supremos no pueden ser diferentes en modo alguno. Ahora bien, ya hemos concluido lógicamente que la felicidad y Dios son el bien supremo, de manera que la felicidad y la divinidad supremas son necesariamente la misma cosa.

—No hay conclusión más cierta, ni más rigurosa racionalmente, ni más digna de Dios.

—Añadiré algo más. Del mismo modo que los geómetras suelen deducir de sus proposiciones

demostradas algunas consecuencias que llaman *porismata*, también yo te ofreceré una especie de corolario. Puesto que la adquisición de la felicidad hace a los hombres felices, y puesto que, por otra parte, la felicidad es la divinidad misma, es evidente que la adquisición de la divinidad los hace felices. Pero del mismo modo que la adquisición de la justicia vuelve justos a los hombres, y la de la sabiduría, sabios, se sigue necesariamente que quienes adquieren la divinidad se vuelvan divinos. Así pues, todo hombre feliz es Dios, pues, aunque por naturaleza haya un solo Dios, nada impide que muchos se vuelvan divinos por participación.

—Ésa sí es una idea admirable y preciosa —admití—, tanto si la llamas *porisma* como si la llamas *corolario*.

—No obstante, más hermoso es lo que la lógica nos lleva a añadir a las anteriores conclusiones.

—¿Qué es?—pregunté.

—Dado que la felicidad parece englobar muchas cosas, ¿formarán todas ellas, aunque diversas, una unidad como las partes de un cuerpo, o bien existirá una de ellas que contenga la sustancia de la felicidad y de la que dependan todas las demás partes?

—Me gustaría que me lo aclararas tú.

—¿No consideramos la felicidad como un bien?

—Sí, de hecho la consideramos el bien supremo.

—Lo mismo puede decirse de todos los bienes, porque la autosuficiencia se considera la felicidad suprema, y lo mismo ocurre con el poder y el honor, así como con la celebridad y el placer supremos. La pregunta es, pues: ¿acaso todos esos bienes, la autosuficiencia, el poder y demás, son como miembros de un solo cuerpo que sería la felicidad? ¿O la bondad es algo superior, como la cabeza, de la que dependen?

—Comprendo la pregunta que pretendes resolver, pero desearía oír cuál es la respuesta.

—Ésta es: si los diversos bienes fueran como los miembros de un mismo cuerpo que sería la felicidad, diferirían entre ellos, porque la naturaleza de las partes es componer un solo cuerpo a partir de su diversidad. No obstante, ya hemos demostrado que todos esos bienes son la misma cosa. De manera que no son como los miembros de un cuerpo, salvo que afirmemos que la felicidad es la reunión de un solo miembro, lo cual es un absurdo.

—Eso es indudable, pero estoy deseoso de saber cómo prosigue tu razonamiento.

—Es de sobra conocido que las demás propiedades se consideran bienes: se desea la autosuficiencia porque se la considera un bien, y lo mismo ocurre con el poder, que también se considera una bendición. La misma conclusión puede extraerse a propósito de los honores, la fama y los placeres. De modo que la esencia y la causa de todas las cosas deseables es el bien: no es posible desear lo que no contiene en sí ningún bien real o aparente. Y, asimismo, las cosas que naturalmente no son bienes resultan deseables sólo porque lo parecen. Ello explica que se considere con razón que la esencia, la causa y el motivo de las cosas deseables es su bondad. Así, lo que parece más deseable es lo que motiva una preferencia: por ejemplo, cuando se quiere montar a caballo por cuestiones de salud, lo que se desea no es cabalgar, sino el efecto saludable de esa actividad. Y puesto que todas las cosas se desean por el bien que nos aportan, lo que se desea no son las cosas sino el bien que representan. Sin embargo, ya habíamos establecido que la razón por la cual se desean todas las cosas es la felicidad: de modo que lo único que se persigue es la

felicidad. Y de ello se deduce con toda claridad que el bien y la felicidad son una y la misma cosa.

—No se me ocurre cómo es posible discrepar.

—Y como recordarás, ya demostramos que la verdadera felicidad y Dios son una misma cosa.

—Así es—asentí.

—De modo que podemos concluir con certeza que Dios se encuentra en el bien y en ninguna otra parte.

»Venid todos los cautivos a quienes las engañosas pasiones que invaden los espíritus terrenales atan con pesadas cadenas. Aquí hallaréis reposo: librados de vuestros afanes, arribaréis a un puerto protegido, en calma, que es el único refugio que acoge a los desdichados. Ni las arenas áureas del Tajo, ni las orillas brillantes del Hermo, ni las márgenes del cálido Indo donde las blancas perlas se mezclan con esmeraldas, iluminarán vuestro intelecto, ya que los bienes terrenales os nublan el pensamiento. Todo lo que aviva y satisface al espíritu lo proporciona la tierra en sus profundas cavernas, pero la claridad que gobierna e ilumina el cielo evita que las almas se hundan en las tinieblas: quien logre contemplar su luz sabrá que ni los rayos del sol son tan brillantes.

—Estoy de acuerdo—dije—, ya que todo se ha establecido y deducido mediante razonamientos rigurosos.

—¿Cuánto crees que vale conocer el bien en sí?—me preguntó entonces.

—Creo que es incalculable cuánto vale, puesto que supone conocer a Dios, que es el bien mismo.

—Así es, y te lo demostraré de un modo irrefutable, siempre y cuando tengas presentes nuestras anteriores conclusiones.

—Las tendré presentes.

—Recordarás que ya hemos demostrado que los bienes que desea la mayoría de mortales no son verdaderos y perfectos puesto que son diversos y a cada uno le falta lo que de bueno tienen los otros, de modo que no pueden ofrecer la plenitud absoluta del bien. Éste, por lo demás, ha de reunir todos los bienes en una sola causa y un mismo efecto, de tal modo que la autosuficiencia sea lo mismo que el poder, el honor, la fama y la alegría, pues si no son una y la misma cosa deja de tener sentido considerarlos valiosos y deseables.

—Lo recuerdo, y lo considero probado de modo indudable.

—Entonces, si cuando se diferencian no son bienes, y únicamente comienzan a serlo cuando son uno solo, ¿puede decirse que se convierten en bienes cuando adquieren unidad?

—Diría que sí.

—¿Y te parece que todo lo bueno lo es porque participa del bien, o no?

—Sí.

—Entonces deberás admitir que la unidad y el bien son lo mismo, porque aquellas cosas cuyo efecto natural es idéntico deben compartir la misma sustancia.

—Es innegable.

—¿Y te das cuenta de que todo lo que existe permanece y subsiste mientras es una unidad, y perece y se disuelve en cuanto deja de serlo?

—¿De qué manera?

—Fíjate, por ejemplo, en los seres animados: cuando el cuerpo y el alma forman una unidad y permanecen unidos, hablamos de un ser vivo, pero cuando esa unidad se disuelve con la separación de ambas partes, es evidente que el ser vivo ha muerto y dejado de existir. También ves una figura humana cuando todas las partes del cuerpo conforman una unidad, pero si se separan sus miembros y se destruye la unidad del

cuerpo, deja de ser lo que era. Puedes pensar en cualquier objeto y verás con claridad que todo subsiste mientras permanece unido, mas parece cuando pierde su unidad.

—Así es, estoy pensando en distintos casos y en todos ellos es cierto.

—¿Crees, pues, que podrá existir algo cuya naturaleza lo lleve a abandonar su instinto de conservación y a desear su destrucción y su muerte?—preguntó.

—Si pienso en los seres vivos que poseen por naturaleza cierta facultad de escoger, no se me ocurre ninguna criatura que, en ausencia de otros condicionamientos, renuncie a la voluntad de perseverar y se apresure espontáneamente a perecer. Todo animal se esfuerza por preservar su integridad y evitar la destrucción o la muerte. Pero dudo si es posible sostener lo mismo de las plantas, los árboles y los seres inanimados—contesté.

—Pues tampoco en esos casos existe razón para dudar. Como habrás observado, tanto las plantas como los árboles crecen en los lugares más convenientes, es decir, allí donde el medio les permite evitar marchitarse o secarse antes de tiempo, siempre y cuando la naturaleza lo per-

mite. Así, ciertas plantas echan raíces en los campos, otras en los montes, otras en pantanos, las hay incluso que medran entre piedras o arraigan en arenas estériles y perecen al ser trasplantadas a entornos menos áridos. La naturaleza da a cada cosa lo que le conviene, y cuida que no muera mientras pueda persistir. ¿No te parece increíble que todas las plantas extraigan su alimento a través de las raíces, que son una especie de boca hundida en la tierra, y lo distribuyan a través del tallo o el tronco a las hojas o la corteza? ¿O que la parte más blanda del árbol, su médula por así llamarla, se encuentre siempre oculta y protegida en el interior del sólido tronco, y que la corteza sea una especie de escudo que lo protege de las inclemencias? ¡Dime si no es solícita la naturaleza, que propaga a plantas y árboles multiplicando sus semillas! Cualquiera puede advertir que son una suerte de mecanismos destinados no sólo a preservar su propia existencia sino también a perpetuar para siempre la vida de su especie. Incluso las cosas que consideramos inanimadas, ¿no desean lo que más les conviene? ¿Por qué la ligereza de las llamas les permite elevarse y el peso de las cosas sólidas las empuja hacia abajo, si no porque eso es exactamente lo que conviene

a cada una? Además, lo que conviene a cada cosa es precisamente lo que le permite preservarse, del mismo modo que lo que no le conviene es lo que la destruye. Las cosas duras, como la piedra, mantienen unidas tenazmente sus partes y su resistencia está destinada a evitar fragmentarse fácilmente. En cambio, los fluidos, como el aire y el agua, se dividen fácilmente, aunque recobran su estado anterior a la división de inmediato. En cuanto al fuego, jamás admite ser dividido.

»Por el momento—continuó—no nos hemos ocupado de los movimientos voluntarios del alma consciente, sino de las disposiciones naturales, como el hecho de digerir los alimentos sin ser conscientes de hacerlo, o de respirar sin darnos cuenta mientras dormimos. Porque ni siquiera en los animales la conservación de la propia vida procede de los deseos del alma, sino de los principios de la naturaleza. A menudo, a causa de ciertos condicionamientos, la voluntad abraza la muerte, cosa que la naturaleza rechaza; y, al contrario, la voluntad obstaculiza a veces la procreación, el único modo de asegurar la perennidad a los seres mortales, que la naturaleza siempre desea. De manera que ese apego a la vida no se debe al deseo del alma sino al instin-

to natural, porque la providencia da a todas sus creaciones la causa principal para preservarse, a saber, el deseo instintivo de perdurar cuanto sea posible. Así que no hay razón para que dudes de que todas las cosas persiguen por instinto preservar su existencia y evitar la muerte.

—Admito que ahora me parece evidente lo que hace un momento me parecía dudoso—confesé.

—No obstante, hay que añadir que todo aquello que desea subsistir y permanecer también desea conservar su unidad, porque a falta de ella ni siquiera seguiría existiendo.

—Así es.

—Luego podemos afirmar que todas las cosas desean la unidad.

—Sí—concedí.

—Y como recordarás ya demostramos que la unidad y el bien son una misma cosa.

—Así es.

—Luego todas las cosas aspiran al bien, que puede definirse como aquello que desean todos los seres.

—No se me ocurre una conclusión más cierta—asentí—, ya que sólo existen dos posibilidades: o bien las cosas no obedecen a ninguna inclinación, de modo que vagan sin rumbo, des-

provistas de guía que las oriente; o bien, si hay algo hacia lo que todas las cosas tienden, tendrá que ser ese bien supremo que es la suma de todos los bienes.

—Me alegra mucho que hayas comprendido una verdad fundamental. Además, acabas de ver con claridad lo que hace un momento decías ignorar.

—¿Y qué es?—pregunté.

—Cuál es el fin de todas las cosas. Efectivamente, es aquello que todos los seres desean, y como ya establecimos que se trata del bien, podemos concluir que el bien es el fin de todas las cosas.

»Que quien persigue la verdad mediante profundas reflexiones y no quiere extraviarse por el camino dirija sobre sí mismo la luz de su íntima visión, enfoque sus pensamientos dispersos y enseñe a su corazón a no buscar fuera los tesoros que dejó abandonados en su interior. Lo que hasta entonces habían ocultado las nubes del error lucirá con más brillo que el sol mismo. Porque el olvido que impone al hombre la materia de la que está hecho su cuerpo no extingue totalmente la luz de la inteligencia; queda en lo más profundo una semilla de verdad, y basta una enseñanza para que

brote y reviva. ¿Cómo podríais llegar a dar respuestas a mis preguntas si vuestro corazón no encerrara una ascua de verdad dispuesta a arder de nuevo cuando recibe aliento? Si la musa de Platón proclama la verdad, al aprender tan sólo recordamos algo que antes olvidamos.

XII

—¡Estoy totalmente de acuerdo con Platón! —exclamé entonces—. Es la segunda vez que me recuerdas lo que mi memoria había olvidado, primero por culpa del cuerpo y luego a causa de mi abrumadora tristeza.

—Si examinas de nuevo lo que hasta ahora hemos establecido, no tardarás en recordar lo que hace poco admitías ignorar.

—¿A qué te refieres?

—A los medios con que se gobierna el mundo.

—Es cierto, recuerdo haber confesado mi ignorancia y, aunque empiezo a entrever lo que me mostrarás, desearía que me lo expusieras con toda claridad.

—Hace poco pensabas que era indudable que el mundo estaba regido por Dios.

—Y lo mismo pienso ahora—respondí—, y

siempre lo pensaré. Puedo exponer brevemente las razones por las que estoy convencido de ello. Este mundo compuesto de partes tan diversas y contrarias jamás habría podido fundirse en una sola forma si no existiera un ser capaz de unificar elementos tan dispares. Por otra parte, la unión de naturalezas tan diversas y opuestas no se conservaría si no existiera un solo ser que mantuviera unido lo que reunió en origen. Tampoco el orden de la naturaleza procedería con tanta determinación, ni sus movimientos se desplegarían de un modo tan ordenado en lugar, tiempo, efecto, distancia y cualidades, si no existiera un ser único que armonizara, dada su permanencia, la variedad de todos esos cambios. A ese ser que mantiene el orden de las cosas y les imprime movimiento lo llamo como todo el mundo: Dios.

—Si piensas así—replicó ella—, poco me queda por hacer para lograr que vuelvas a tu patria dichoso, sano y salvo. ¿No hemos incluido la autosuficiencia en la felicidad verdadera, y no llegamos a la conclusión de que Dios es la felicidad misma?

—Es cierto.

—Y, por lo tanto, para dirigir el mundo no

precisará la ayuda de nadie, porque si la necesitase no sería plenamente autosuficiente.

—Así es necesariamente.

—Entonces, ¿lo dispone todo por sí solo?

—Es innegable.

—Pero también ha quedado demostrado que Dios es el bien mismo.

—Lo recuerdo.

—Así pues, Dios todo lo dispone por y para el bien, puesto que como decíamos todo lo gobierna sin ayuda alguna y ya hemos demostrado que es el bien supremo. Dicho de otro modo, Dios es el timón que mantiene estable e intacta la máquina del universo.

—Estoy totalmente de acuerdo, y me figuraba que eso era lo que ibas a explicarme, aunque no estaba seguro de si acertaría.

—Te creo, porque me parece que ahora empiezas a discernir la verdad con más lucidez. Y lo que te diré ahora te resultará igual de claro.

—Dime, pues.

—Como tenemos razones para creer que Dios gobierna todas las cosas con el timón de la bondad y puesto que todas esas cosas, como hemos visto, se inclinan por naturaleza al bien, no hay duda de que se dejan gobernar y obedecen de

buen grado la voluntad de quien las dispone.

—Así debe ser necesariamente—contesté—, porque no juzgaríamos dichoso el gobierno del mundo si fuera el yugo impuesto a los que se oponen a él en vez de la salvación de quienes lo obedecen.

—Entonces, ¿crees que puede existir algo que por naturaleza se oponga a Dios?

—No, nada.

—¿Y qué crees que ocurriría si algo tratara de oponerse? ¿Tendría alguna posibilidad frente a un adversario cuya suprema felicidad, como hemos establecido con razón, lo hace sumamente poderoso?

—No tendría la menor posibilidad.

—¿No existe nada que pretenda resistirse a ese bien supremo o pueda hacerlo?

—Creo que no.

—Entonces el bien supremo lo gobierna todo con firmeza y lo dispone de forma armoniosa.

—¡Cuánto me deleitan—exclamé—, no sólo las conclusiones de tus razonamientos, sino sobre todo las palabras mismas que has empleado! Ahora me siento avergonzado de todas las tontearías que tan desgarradoras me parecían.

—Supongo que conoces el mito de los titanes

que quisieron asaltar los cielos y también fueron devueltos al lugar que les correspondía. Pero ¿quieres que discutamos nuestros argumentos? Quizá broten de tal confrontación hermosas chispas de verdad.

—Como quieras—contesté.

—Nadie puede dudar de que Dios es omnipotente.

—No, nadie que esté en su sano juicio puede dudarlo.

—Y no hay nada imposible para una fuerza omnipotente.

—Nada—asentí.

—¿Crees que Dios puede hacer el mal?

—¡No!

—Por lo tanto, el mal no existe, puesto que no lo puede hacer quien todo lo puede.

—Creo que te estás burlando de mí, ¿no es cierto?, estás tejiendo un inextricable laberinto de argumentos cuya salida no puedo encontrar. A veces entras por donde saliste y luego sales por donde entraste. ¿O estás trazando un magnífico círculo de divina simplicidad? Acabas de decirme que la felicidad era el bien supremo y que sólo podía hallarse en Dios. Luego me has dicho que Dios es el bien supremo y la felicidad plena, y de

ello has deducido el corolario de que nadie puede ser feliz si no se vuelve divino. Después me has mostrado que el bien es la sustancia de Dios y de la felicidad y me has señalado que la unidad es el bien al que tienden todas las cosas de la naturaleza. También me has explicado que Dios gobierna el universo con el timón de la bondad y que todas las cosas le obedecen. Y, por último, ahora acabas de decirme que el mal no existe. Todo ello lo has ido desarrollando apoyándote tan sólo en razonamientos que has deducido de la materia que tratabas y has ido encadenando.

—No me burlo en absoluto; con la ayuda de Dios, a quien invocábamos en su momento, hemos conseguido examinar la cuestión más importante de todas. La forma de la sustancia divina es tal que no se disuelve en las cosas externas, ni admite en su seno nada ajeno. Como decía Parménides, es «semejante a una esfera perfectamente redonda»¹ que, pese a permanecer inmóvil, hace girar el universo en movimiento. No debería sorprenderte que hayamos conside-

¹ En griego clásico en el original: «Πάτοθεν εὐκύκλου σφαίρης ἐναλγικιον ὄγκω». La imagen aparece citada por Platón en el *Sofista* 244e, que es probablemente la fuente de Boecio.

rado argumentos deducidos de la propia materia que nos ocupa, puesto que, como aprendiste de Platón, es preciso usar el lenguaje adecuado a los asuntos de los que se habla.

»¡Feliz quien pudo contemplar la fuente clara del bien! ¡Feliz quien pudo liberarse de las cadenas de lo terrenal! Cuando Orfeo penaba por la muerte de su esposa, su melódico llanto hizo temblar a los inmóviles árboles y detenerse a los ríos; hasta la cierva se acercó al feroz león para andar a su lado y la liebre vio acercarse sin miedo al perro amansado por la música. Pero como no podía aplacar el fuego que consumía su pecho y las melodías que habían sojuzgado a todas las criaturas no sedujeron a los dioses, enojado ante la crueldad divina se dirigió a las moradas infernales en busca de su amor. Allí cantó al son de la lira todas sus penas con la elocuencia que había aprendido de su madre Calíope, y cuando las lágrimas de amor que vertió en su impotente duelo conmovieron al Hades, se puso a suplicarle al señor de las sombras. El carcelero de las tres cabezas quedó de inmediato estupefacto, cautivo de aquel canto desconocido; las vengadoras Furias que atormentaban a los culpables, afligidas, se echaron a sollozar; la rueda ardiente a la que

estaba atado Ixión dejó de girar; Tántalo olvidó su sed; y hasta el buitre al oír la melodía dejó de comerle el hígado a Ticio. Así que finalmente el rey de las tinieblas, conmovido, proclamó: "Nos ha vencido. Concedo devolverle a este cantor su esposa con una sola condición: que no se vuelva para contemplarla hasta que abandone las sombras y se asome a la luz". Pero ¿quién puede imponer su ley a los amantes, si el amor es su ley suprema? Ay, cuando estaba a punto de dejar atrás las sombras, Orfeo se volvió para mirar a su amada Eurídice, y entonces el destino se la arrebató por segunda vez. Sirva la fábula para quienes quieran elevar la vista y contemplar la luz superior, porque si, abatidos, desvían la mirada hacia las profundidades del Hades perderán todo lo que de precioso poseían hasta entonces.

LIBRO CUARTO

I

La filosofía declamó aquellas palabras suave y armoniosamente, sin alterar la dignidad de su rostro ni la seriedad de su expresión, pero como yo no había olvidado la tristeza que me atenazaba, la interrumpí sin reparar en que se disponía a proseguir.

—¡Oh, maestra, que me muestras el camino hacia la verdadera luz!—exclamé—. Todo lo que hasta ahora me ha revelado tu discurso me parece una visión divina y una demostración irrefutable, y aunque la lamentable injusticia de la que he sido objeto me hubiera hecho olvidarlo, en realidad no lo ignoraba del todo, como ya me advertiste. No obstante, la mayor causa de mi tristeza quizá sea que, aunque exista un timonel bondadoso que gobierne el universo, pueda existir el mal y hasta quedar impune. Creo que este mero hecho ya es desconcertante de por sí, pero hay algo aún más grave: como la maldad se impone y prospera, la virtud no sólo carece de cualquier recompensa,

sino que se ve pisoteada por los villanos y condenada como si fuera un crimen. Que ello pueda ocurrir en el reino de un Dios omnisciente y omnipotente que sólo desea el bien desconcierta y aflige a cualquiera.

—Es cierto, sería absolutamente desconcertante—replicó ella—, sería la monstruosidad más horrible que, como crees, en la casa tan bien ordenada de un padre de familia venerable se cuidara la vajilla más estropeada y se ensuciara la valiosa. Pero no es así, porque si te atienes a las conclusiones que acabamos de sacar con ayuda de la razón que nos ha dado el creador de cuyo reino hablamos, te darás cuenta de que los buenos siempre son poderosos, y los malos, despreciables y débiles; que los vicios no quedan impunes, ni las virtudes sin recompensa; que los buenos siempre consiguen la felicidad, y los malos, el infortunio. Cuando tus quejas amainen verás muchas otras cosas parecidas y te proporcionarán una fortaleza inquebrantable. Y puesto que ya has comprendido cuál es la forma de la verdadera felicidad y sabes donde hallarla, tras los necesarios preámbulos ahora voy a mostrarte el camino de vuelta a casa. Daré alas a tu mente para que pueda elevarse a las alturas; y una vez hayas do-

minado tus inquietudes regresarás sano y salvo a la patria. Yo seré tu guía, tu camino y tu vehículo.

»Porque poseo alas ligeras para ascender a los cielos, cuando mi espíritu veloz las agita ve insignificante el mundo de abajo, supera la inmensa cúpula de aire, deja atrás las nubes, asciende más que las llamas avivadas por el éter, llega hasta la morada de las estrellas y sigue el rastro del sol, la gélida estela del viejo Saturno, o la órbita de una estrella brillante allí donde la noche se cubre de destellos, hasta que, satisfecho de haber completado su ruta, abandona las alturas deslizándose veloz por el éter. Allá tiene su centro el señor de todos los reyes, que sujeta las riendas del orbe e inmóvil conduce su carro alado. Si el camino que has olvidado y ahora estás buscando te conduce de nuevo a este lugar, dirás: "Lo recuerdo, ésta es mi patria, de aquí partí y aquí deseo quedarme para siempre". Y si quieres contemplar la oscura tierra que dejaste, verás que exiliados son los tiranos temidos por sus súbditos.

II

—¡Ah, qué grandes cosas me prometes!—exclamé—. No dudo que las cumplas, sólo te pido

que, ahora que has conseguido que las desee tanto, no me hagas esperar demasiado.

—Lo primero que debes admitir—dijo—es que los buenos siempre son poderosos, y los malos carecen de toda fuerza, pues lo uno se sigue de lo otro. Porque, puesto que el bien y el mal son contrarios, la debilidad del mal se deduce al establecer que el bien es poderoso, y viceversa. Pero, para convencerte de mis enseñanzas, desarrollaré los dos razonamientos y probaré doblemente lo que te digo. Dos son los factores que permiten realizar todos los actos humanos: la voluntad y el poder, y en ausencia de uno de ellos, nada puede hacer el hombre. A falta de voluntad, nadie emprende algo que no quiere; y a falta de poder, la voluntad es inútil. Por eso, cuando ves que alguien quiere conseguir algo que de ningún modo consigue, sabes con seguridad que le falta capacidad para obtenerlo.

—Es evidente e indiscutible.

—Asimismo, si vieras a alguien conseguir lo que se proponía tampoco dudarías de que tiene capacidad para conseguirlo.

—En absoluto.

—Podemos pues decir que el poder o la capa-

cidad de alguien se juzga por lo que puede hacer y la debilidad, por la incapacidad.

—Así es.

—¿Y recuerdas que hemos establecido hace un rato que el propósito instintivo de la voluntad humana, que se manifiesta en diversas inclinaciones, es la felicidad?

—Sí, recuerdo que también eso quedó demostrado.

—¿Y recuerdas también que la felicidad es el bien en sí y que, por lo tanto, cuando los hombres aspiran a la felicidad desean el bien por encima de todo?

—No necesito recordarlo, porque lo tengo grabado en la memoria.

—Entonces ¿no crees que todos los hombres, sean buenos o malos, aspiran por instinto al bien?

—Es un razonamiento lógico.

—Pero ¿acaso no es verdad que conseguir el bien hace buenos a los hombres?

—Sí.

—Entonces ¿dirías que los buenos consiguen lo que desean?

—Eso diría, sí.

—En cuanto a los malos, si obtienen lo que

persiguen, que como hemos dicho es el bien, no pueden ser malos.

—Así es.

—Luego si todos desean el bien, pero unos lo consiguen y otros, no, ¿hay alguna duda de que los buenos son poderosos, y los malos, incapaces?

—Si alguien lo dudara sería porque no entiende la naturaleza de las cosas ni la lógica del razonamiento.

—Es más—prosiguió—, supón dos hombres cuyo propósito por naturaleza es el mismo, uno de los cuales lo persigue y lo satisface obrando de forma natural, mientras que el otro no puede atenerse al plan de la naturaleza y usa un método contrario a ella, de modo que no satisface el propósito, tan sólo parece satisfacerlo: ¿cuál de ellos crees que es más capaz?

—Creo que puedo adivinar lo que sugieres—contesté—, pero me gustaría que me lo expusieras con claridad.

—¿Verdad que no negarías que caminar es un movimiento natural para los hombres?

—Claro que no.

—Y supongo que tampoco negarías que caminar es la función natural de los pies, ¿verdad?

—Por supuesto.

—En conclusión, si alguien usara los pies para andar, y otro, desprovisto de la función natural de los pies, tratara de andar con las manos, ¿a cuál de ellos considerarías más capaz?

—Sigue con tu argumentación—le pedí—, porque es evidente que quien puede satisfacer la función natural es más capaz que quien no puede hacerlo.

—Como decíamos, el bien supremo es el propósito al que aspiran buenos y malos por igual, pero los buenos lo satisfacen por medio de una función natural, es decir, del ejercicio de sus virtudes, mientras que los malos tratan de satisfacer exactamente lo mismo por medio de sus diversas pasiones que no son el medio natural para obtener el bien ¿estás de acuerdo?

—Por supuesto y hasta entiendo cuál es la conclusión lógica y necesaria de lo que dices: que los buenos son poderosos, y los malos, débiles.

—Exacto, y me alegra ver que ya anticipas las conclusiones porque, como les gusta pensar a los médicos, es un indicio de que te estás recuperando y recobrando tus fuerzas. Puesto que ahora empiezas a entender con mucha facilidad, seguiré argumentando. Piensa ahora en lo evidente que es la debilidad de los malvados: ni siquiera

consiguen satisfacer el propósito al que prácticamente los empuja su naturaleza. ¿Y qué sería de ellos si los abandonara esa ayuda inmensa y casi invisible de la naturaleza que les muestra el camino? Considera además cuán grande es la impotencia de los malvados, porque lo que no logran obtener ni conservar no son tonterías o frivolidades, sino la culminación de todos los bienes, que anhelan día y noche, es decir, exactamente lo mismo que persiguen los bondadosos y logran gracias a sus virtudes. Si un hombre pudiera llegar andando a un punto más allá del cual ya no es posible avanzar, lo considerarías el más fuerte y el más dotado para la marcha. Asimismo, considerarás que el hombre que alcanza la finalidad de todas las cosas deseables más allá de la cual no hay nada es el más poderoso. De ello se deduce también que los malvados carecen de capacidad para conseguir su propósito. ¿Por qué, si no, se apartan de la virtud y se dejan llevar por los vicios? Si me respondes que ello se debe a que no saben cuál es el bien supremo, te preguntaré si la ceguera de la ignorancia no es la mayor de las debilidades. Y si objetas que saben lo que deberían perseguir, pero las pasiones los desvían del camino para alcanzar-

lo, te diré que son débiles a causa de su intemperancia, porque son incapaces de dominarse. En caso de que creas que se desvían del bien y se inclinan hacia los vicios voluntariamente, te señalaré que no sólo dejan de ser poderosos, sino que dejan de ser a secas, porque quienes renuncian a satisfacer el propósito común de todo lo que existe dejan de existir de inmediato.

»A alguien podría parecerle extraño que concluyamos que los malvados, es decir, la mayoría de los hombres, no existen; sin embargo, así es. No niego que los malvados sean malos, niego pura y simplemente que existan. Del mismo modo que podrías decir de un cadáver que es un hombre muerto, pero jamás dirías que es un hombre sin más, yo puedo admitir que los perversos son malos, pero jamás diría que son sin más. Porque ser consiste en cierta disposición y en la preservación de la propia naturaleza: cualquiera que se aparte de ella deja de ser, ya que la existencia depende de la preservación de la propia naturaleza. Me dirás que, no obstante, los malvados sí tienen poder, y no lo niego: pero tal poder no se debe a su fuerza sino a su debilidad. Porque no tendrían la capacidad de obrar mal como hacen si hubieran sido capaces de con-

servar el poder para actuar bien. La capacidad de obrar mal sólo prueba que son incapaces de hacer nada, porque si, como decíamos antes, el mal no es nada, queda claro que, puesto que sólo pueden obrar mal, los malvados no pueden hacer nada.

—Es evidente.

—Me gustaría que comprendieras la naturaleza exacta de la capacidad de la que hablamos. Ya hemos concluido que nada hay más poderoso que el bien supremo.

—Así es.

—Pero el bien supremo no puede causar el mal.

—No.

—Ahora, respóndeme a otra pregunta: ¿alguien puede creer que los mortales lo pueden todo?

—Nadie, a no ser que esté loco.

—Pero sí pueden obrar mal.

—¡Ojalá no pudieran!—exclamé.

—Por consiguiente, si sólo quien puede hacer el bien es omnipotente, mientras que los seres humanos, que sólo pueden hacer el mal, no lo son, es evidente que quienes pueden hacer el mal son menos poderosos. A ello se añade que, como ya

hemos mostrado, todo poder debe contarse entre las cosas deseables, que tienden al bien supremo, pues representa el grado más perfecto de su naturaleza. Ahora bien, puesto que la capacidad de cometer un crimen no puede ser una forma de bondad, tampoco puede ser un fin deseable. Y si, como decíamos, todo poder es deseable, entonces la capacidad de los malos no es poder. De modo que, finalmente, el poder de los buenos y la debilidad de los malvados deberían resultar evidentes. Queda probado, pues, lo que decía Platón en el *Gorgias*: sólo los sabios pueden lograr lo que desean, mientras que los malvados se afanarán en conseguir lo que da placer, pero jamás alcanzarán el único fin que merece la pena perseguir. Hacen todo lo que les place convencidos de que las cosas que los deleitan les proporcionarán el bien que desean, pero jamás lo obtienen porque las cosas malas no conducen a la felicidad.

A los reyes orgullosos, de mirada torva y furia apenas contenida, que ves adornados de púrpura en sus tronos, y rodeados de armas terribles, basta quitarles los adornos de su vanidad para descubrir las pesadas cadenas que llevan: la codicia les envenena el corazón, la ira azota su mente y la melancolía fatiga su ánimo. Varios ti-

ranos sojuzgan a un solo hombre, así dominan las pasiones al opresor.

III

—Ya ves el cieno en que se revuelven los vicios y la luz con que resplandece la virtud. Queda claro que los buenos actos siempre reciben recompensa y los crímenes, castigo. La manera adecuada de considerar este asunto es pensar que el propósito de cada acto es su recompensa, del mismo modo que la recompensa por competir en la arena es la corona de laureles. Como ya hemos visto, la felicidad es el bien que motiva cualquier acto, y por eso precisamente se la considera como la recompensa de todos los actos humanos. No obstante, no puede separarse el bien de quienes son buenos, pues no puede llamarse bueno a quien carece de bondad, razón por la cual puede afirmarse que actuar bien siempre tiene recompensa. Por más que se ensañen los malos, la corona de los sabios jamás se cae ni se marchita, porque la maldad ajena no puede arrebatarse a los honrados su gloria. Si se tratara de una gloria falsamente atribuida, cualquiera se la podría arrebatarse, por ejemplo, quien se la con-

cedió; pero cuando la gloria se debe únicamente a la bondad de la persona, sólo podría perder la recompensa quien dejara de ser bondadoso. Por último, la recompensa es algo que se desea porque se la considera un bien, pero ¿acaso el hombre que posee bondad carece de recompensa? ¿Cuál es su premio? El más bello y el más grande de todos: si recuerdas el corolario que te expuse lo entenderás. Puesto que la felicidad es el bien en sí, es evidente que a los bondadosos el simple hecho de serlo ya los hace felices. Y como ya hemos dicho antes, las personas dichosas son divinas, de modo que ésa es la recompensa de la bondad, una recompensa que el paso del tiempo no agota, ni debilita el poder de nadie, ni ensombrece la maldad.

Dado que esto es así, el sabio no puede dudar que el castigo de los malvados es igualmente inevitable: como el bien y el mal, la recompensa y el castigo son opuestos, y del mismo modo que al bondadoso le corresponde una recompensa, al malvado le corresponde en contrapartida un castigo. Así que, igual que la bondad misma es el premio del bondadoso, la maldad es el castigo del malvado. Ahora bien, quien padece un castigo no duda de que padece un mal. De modo que,

si los hombres estuvieran dispuestos a juzgarse a sí mismos, dudo que pudieran creer que se libran del castigo, ya que no sólo padecen de maldad, sino que ésta los corrompe por completo.

»Veamos, pues, cuál es el castigo que, en contraposición a la recompensa de los bondadosos, corresponde a los malvados. Hace poco te he explicado que todo lo que existe es uno y que todo lo que es uno es bueno, de modo que todo lo que existe debe ser considerado un bien. Esto significa que todo lo que deja de ser bueno deja de ser, y también, pues, que los malvados han dejado de ser lo que fueron. La prueba de que fueron humanos es la apariencia de sus cuerpos, que permanece, si bien la maldad menoscabó su naturaleza humana. Ya que, del mismo modo que la bondad eleva al hombre por encima de su humanidad, la maldad lo rebaja por debajo de ésta y expulsa a los malvados de la condición humana. En suma, no es posible considerar humanos a aquellos a quienes el vicio ha transformado. Si alguien roba despiadadamente riquezas ajenas movido por la codicia, dirás que es como el lobo; si anda merodeando siempre inquieto y ladrando en cuanto surge una disputa, dirás que es como un perro; si se oculta para conseguir algo

aprovechando un descuido ajeno, dirás que es como el zorro; si ruge, incapaz de contener su ira, dirás que se comporta como un león; si se asusta por cualquier cosa, por insignificante que sea, dirás que parece un ciervo; si es perezoso y cabezota, dirás que parece un asno; si es frívolo e inconstante, dirás que te recuerda a un pajarillo; y si le gusta revolcarse en las pasiones más bajas e inmundas, dirás que goza como un cerdo. Cuando los hombres abandonan la bondad dejan de ser humanos y, al perder la capacidad de elevarse a la condición divina, se convierten en animales.

»Un día, el viento Euro empujó las naves errantes de Ulises hasta la isla de la bella Circe, hija del sol, que preparó pócimas encantadas para sus huéspedes. Las hierbas que empleó los transformaron en diversas criaturas: uno se convirtió en jabalí; otro, en león de Libia, con sus colmillos y garras; otro en lobo, y cuando quiso llorar aulló; otro se puso a dar vueltas con paso majestuoso convertido en tigre del Indo. Para cuando Hermes se apiadó de Ulises, a quien perseguía la desgracia, y lo protegió de la maldición de su anfitriona, sus hombres ya habían bebido la pócima y andaban husmeando bellotas con sus hocicos de cerdo. Nada humano les que-

daba, salvo el entendimiento y los llantos. ¡Ah, pero qué débiles poderes, qué inofensivas hierbas las de Circe! Tan sólo alteraron los cuerpos, mas no los corazones: protegida en su fortaleza, el alma de los hombres seguía intacta. Existen venenos más poderosos y letales, que penetran las profundidades del alma humana y, sin dañar el cuerpo, destrozan el espíritu.

IV

—Ahora entiendo—dije—por qué se dice que el vicioso, pese a seguir pareciendo humano, es tan desalmado como un animal. No obstante, ojalá los hombres malvados y crueles no tuvieran la capacidad de zaherir a los bondadosos.

—No la tienen, como trataré de mostrarte cuando corresponda. No obstante, si se los despojara de esa aparente capacidad, se los liberaría en buena medida de su castigo. Aunque parezca increíble, los malvados son necesariamente más infelices cuando logran satisfacer sus deseos que cuando no. Porque si es miserable desear cosas malas, aún lo es más ser capaz de hacerlas, sin lo cual el efecto de la voluntad depravada sería muy débil. Así que, puesto que hay distintos grados de

mezquindad, quienes desean hacer algo mezquino, y además tienen la capacidad de hacerlo y lo consiguen son triplemente desdichados.

—Estoy de acuerdo, pero sería mucho más deseable que se los despojara de su desdicha privándolos de la capacidad de cometer mezquindades.

—Tarde o temprano se verán privados de ella —replicó—, seguramente antes de lo que tú esperas y ellos sospechan: para el alma inmortal no hay nada en la breve vida humana que demore demasiado en llegar. Las grandes esperanzas y las ambiciosas intrigas del hombre malvado a menudo se ven interrumpidas por un final repentino e inesperado, que al menos pone término a su desdicha (porque si la maldad hace infeliz, aún peor será la que más dure). De hecho, si la muerte no terminara con su maldad los consideraría aún más desdichados, porque si la maldad es un infortunio, éste sería eterno.

—Es una conclusión asombrosa y difícil de aceptar, pero reconozco que se desprende de las cosas admitidas antes.

—Tienes razón, pero si te cuesta aceptar esta conclusión deberías demostrar que alguna de las premisas es falsa o que la conclusión no se deduce de ellas. De lo contrario, si estás de acuerdo

con lo dicho hasta ahora, no hay nada que objetar a la conclusión. Lo que voy a decirte ahora quizá también te sorprenda, pero una vez más es una conclusión necesaria.

—¿Qué es?—pregunté.

—Que los malvados son más felices cuando reciben un castigo que cuando no cumplen ninguna condena justa. No trato de decir lo que todo el mundo ya sabe: que la maldad se corrige con el castigo, que el temor a la condena mantiene a la gente en el recto camino, o que los correctivos sirven de escarmiento para evitar que otros cometan los mismos crímenes. No, lo que trato de decir es que existe otro motivo por el que los malvados son más infelices a falta de castigo.

—¿Cuál es ese otro motivo?

—¿Verdad que hemos convenido que los buenos son felices y los malos desgraciados?

—Sí.

—Entonces, si la desgracia de alguien se compensa con algo bueno, ¿no será más feliz que otro cuya desgracia sea pura y aislada, sin mezcla de nada bueno?

—Diría que sí.

—Y si el desdichado que soporta su desgracia pura, sin mezcla de nada bueno, cometiera una

nueva maldad, ¿no sería mucho más desdichado que aquél cuyo infortunio ha sido aligerado con algo bueno?

—Por supuesto.

—Pues bien, es evidente que es justo que los malvados reciban un castigo y es injusto que los crímenes queden impunes.

—Es indiscutible.

—También es indiscutible que la justicia es buena y la injusticia mala.

Respondí que era evidente.

—Así que—prosiguió ella—cuando se castiga a los malvados se les da algo bueno, a saber, el castigo, puesto que es justo; pero cuando no reciben ningún castigo cometen una nueva maldad, puesto que como decíamos que un acto malvado que de impune es un mal, ya que es una injusticia.

—No lo puedo negar.

—De modo que los malvados son mucho más desdichados cuando sus crímenes quedan impunes que cuando son justamente castigados. Y queda así patente que es justo castigar a los malvados, mientras dejarlos impunes es injusto.

—Ésa es la conclusión lógica de nuestras anteriores premisas. Pero ¿no hay ningún castigo para las almas después de la muerte del cuerpo?

—Por supuesto que sí, y son muy serios. Algunos son severas condenas y otros, clementes purificaciones, pero no era mi intención hablar de este asunto ahora.

»Hasta aquí he tratado de hacerte comprender que el poder de los malvados, que tan indigno te parecía, es nulo, que los actos mezquinos, que según tú quedaban lamentablemente impunes, siempre reciben el merecido castigo, y enseñarte lo siguiente: la licencia, cuyo fin implorabas en tus plegarias, tiene los días contados, pero cuanto más se prolonga, más desdichado hace al licencioso, y lo peor que podría ocurrirle es que fuera eterna. De modo que los malvados son más infelices cuando sus crímenes quedan injustamente impunes que cuando reciben su merecido castigo. La conclusión lógica que se extrae de ello es que sufren los peores tormentos cuando sus crímenes quedan impunes.

—Mientras escucho tus razonamientos—le expliqué—estoy convencido de que no es posible decir nada más cierto. Pero cuando recuerdo la opinión de los hombres tengo la impresión de que pocos estarían dispuestos a escucharte, y no digamos a darte la razón.

—Lo sé. Son incapaces de elevar la mirada,

habituada a la oscuridad, hacia la luz de la verdad, como las aves a las que ciega la luz del día, acostumbradas a ver en las tinieblas. En la medida en que se fijan sólo en sus pasiones y no en el orden de la creación, creen que la licencia y la impunidad de sus crímenes les dan la felicidad. Pero si tu alma obedece a lo que prescribe la ley eterna, no necesitarás juez que te recompense: tú mismo te habrás elevado. Y entonces, si te fijas en cómo obran los peores, tampoco necesitarás que nadie te castigue: tú mismo sentirás que te hundes en la abyección. Si pudieras ver alternativamente el cielo y la tierra miserable, y todo lo demás desapareciese, tendrías la impresión de pasar de las estrellas al barro con tu sola mirada, pero los hombres no suelen hacer este ejercicio. Sin embargo, ¿deberías unirte a quienes, como hemos dicho, se han rebajado a la condición de animales? ¿Acaso tú, que ves, podrías estar de acuerdo con un montón de ciegos que incluso hubieran olvidado que un día vieron, y estuvieran convencidos de que no les falta nada para alcanzar la perfección humana?

»Pues bien, existe una verdad basada en fundamentos igualmente sólidos con la que el común de los hombres tampoco está de acuerdo:

que quienes cometen una injusticia son más desdichados que quienes la padecen.

—Me gustaría que me lo explicaras.

—Supongo que no negarás que cualquier acto malvado merece castigo.

—No, en absoluto.

—Por otra parte, ya te he demostrado que los malvados son infelices.

—Así es.

—Luego ya no dudas de que quienes merecen un castigo son infelices.

—No, estoy de acuerdo.

—Entonces, si tú fueras juez en un tribunal, ¿a quién creerías que corresponde imponerle un castigo, a quien cometió la injusticia, o a quien la padeció?

—No dudaría en dar satisfacción al que la padeció castigando al que la cometió.

—Entonces te parecería más infeliz el autor de la injusticia que quien la padeció.

—Lógicamente.

—Por ésta y otras razones basadas en el hecho de que la propia naturaleza de la maldad hace infelices a los hombres, consideramos que no es infortunado quien padece una injusticia sino quien la comete. Sin embargo, los abogados ha-

cen lo contrario y emplean su elocuencia para lograr que el tribunal compadezca a quienes padecen una injusticia, pese a que sería más justo compadecer a los culpables. La razón de los acusadores para llevar a los culpables a juicio no debería ser la cólera sino la piedad, como quien lleva al médico a un enfermo para que el castigo lo cure de la enfermedad que es su crimen. Así los defensores moderarían su ardor, o incluso, si se propusieran ser útiles, se limitarían a la acusación. Y hasta los malvados, si pudieran ver por una rendija la virtud a la que renunciaron y comprender que, gracias a su castigo, enmendarían sus sórdidos delitos y recobrarían la honestidad, dejarían de considerar la condena como un suplicio, rehusarían el concurso de sus defensores y se entregarían esperanzados a sus severos acusadores y al juez. En conclusión, entre los sabios no tiene cabida el odio, ya que ¿quién odiaría a un hombre bondadoso, salvo un perfecto estúpido? Y en cuanto a los malvados, tampoco es razonable odiarlos, porque del mismo modo que la debilidad es una enfermedad del cuerpo, la maldad es una enfermedad del alma: puesto que compadecemos a quienes sufren enfermedades corporales en vez de odiarlos, con mayor razón

debemos compadecer a quienes sufren un mal mucho peor que la enfermedad física.

»¿Qué placer obtenéis de avivar tan grandes pasiones y apresurar el destino? Si buscáis la muerte, ella misma vendrá por sí sola sin frenar la carrera de sus veloces caballos. Sois presas de la serpiente, el león, el tigre, el oso y el jabalí, ¿y tendréis que serlo de otros hombres? ¿Por qué libráis injustas batallas en guerras feroces con pueblos de costumbres distintas donde morís o matáis a golpes de espada? No hay razón justa para derramar sangre. Si deseáis dar a cada cual lo que merece, amad a los buenos y tened compasión de los malos.

v

—Ya veo—dije—que la felicidad es lo que merecen los buenos y la desgracia, los malos. No obstante, creo que en la fortuna que satisface a la gente común se entremezclan lo bueno y lo malo, pero no hay sabio que prefiera vivir en el exilio, empobrecido y despreciado, que vivir en su propia ciudad, disfrutando de sus riquezas, de su poder y del respeto de sus conciudadanos. Y es que la sabiduría cumple mejor su deber cuando, en

cierto sentido, los gobernantes comparten su felicidad con el pueblo al que gobiernan, sobre todo cuando la cárcel y el resto de castigos que la ley impone están reservados a los ciudadanos que ponen en peligro el bien del resto de la sociedad. Por eso me asombra tanto que el mundo esté al revés y los virtuosos reciban los castigos que merecen los crímenes, mientras que los malvados disfrutan de las recompensas de la virtud. Me gustaría que me explicaras cuál puede ser la razón de esta injusta confusión. No me extrañaría tanto si el orden del mundo se debiera al azar, pero como sé que Dios lo gobierna todo no salgo de mi estupor. Puesto que a veces es pródigo con los bondadosos y despiadado con los malvados, pero otras, somete a duras pruebas a los buenos, y concede sus deseos a los malos, ¿qué razón hay para distinguir entre Dios y los azares de la fortuna?

—No es de extrañar—contestó—que quien ignora la razón del orden de las cosas crea que todo es azaroso y confuso. Pero, aunque tú desconozcas los motivos de esa disposición, no has de dudar que es bueno el que dirige el mundo, y que todo lo hace como es debido.

»Quien ignora que la constelación de Arturo se desliza lentamente alrededor del polo de la

cúpula celeste, o por qué el Boyero guía despacio su carro hacia el mar por la noche para reaparecer veloz con los primeros rayos del día, se admirará de la ley celestial. Que una parte de la luna llena se ensombrezca y quede la noche oscura, y que el sol revele estrellas que hasta entonces cegaban sus rayos, ha sobrecogido a pueblos enteros cuyos lamentos acompañaba el son de los címbalos. Nadie admira que el viento del norte haga bramar las olas y azote las costas, ni que el sol derrita la nieve helada, porque no es difícil saber la razón de estos fenómenos. Pero las causas ocultas inquietan a los hombres, perplejos ante aquello que ocurre raras veces, ya que lo inesperado los asusta. Basta que se disipe la oscura nube de la ignorancia para que los prodigios se desvanezcan.

VI

—Es verdad—reconocí—, pero como tu deber es explicar las causas de las cosas ocultas y aclarar las razones oscuras, y puesto que la incomprensión me llena de inquietud, te ruego que me lo expongas con claridad.

—Me pides que aclare—dijo sonriendo tras unos instantes de silencio—una de las cuestio-

nes más complejas e inagotables. De hecho, es un asunto tal que cuando una duda queda resuelta, surgen muchas otras nuevas, como las cabezas de la Hidra; el único modo de hacerle frente es mediante la más viva llama de la inteligencia. Normalmente nos ocupamos de este asunto cuando nos preguntamos por la unidad de la providencia, el curso del destino, los azares, el conocimiento divino y la predestinación, y el libre albedrío, todas ellas cuestiones cuya dificultad es evidente. Pero como también es parte de tu tratamiento que conozcas estas cuestiones, y pese a disponer de un tiempo limitado, intentaré explicarte algo. No obstante, aunque te deleite la lírica, tendremos que aplazar ese placer por un rato mientras encadeno mis razonamientos en el orden requerido.

—Como quieras.

Entonces, como si empezara una nueva argumentación, la filosofía habló como sigue:

—El origen de todas las cosas, el desarrollo de la cambiante naturaleza y todo cuanto de algún modo se mueve, deben sus causas, su orden y sus formas a la inalterable mente divina. Desde la elevada fortaleza de su unicidad, la mente divina establece el plan al que obedece la infini-

dad de cosas que existen. Cuando consideramos dicho plan desde el punto de vista de la pureza misma de la inteligencia divina, lo llamamos providencia. Pero cuando lo pensamos en relación con todas las cosas cuyo movimiento y orden gobierna, le damos el mismo nombre que le dieron en la Antigüedad: destino. Cualquiera que examine el significado de ambas nociones apreciará que se trata de dos aspectos distintos. Así, la providencia es la razón divina en sí misma, establecida en el principio supremo del universo, que lo ordena todo. Por su parte, el destino es la disposición inherente a las cosas mudables mediante la cual la providencia ata cada cosa y le asigna el lugar que le corresponde. La providencia, pues, comprende todas las cosas al mismo tiempo, por diversas e infinitas que sean, mientras que el destino las divide distribuyéndolas según el movimiento, el lugar, las formas y los tiempos. Así pues, el plan unificado en la perspectiva de la mente divina es la providencia, mientras que ese mismo plan distribuido y realizado en el curso del tiempo se llama destino.

»Aunque sean cosas distintas, dependen una de otra, puesto que el orden del destino procede de la unidad de la providencia. Del mis-

mo modo que el artesano concibe en su mente la obra que hará antes de realizar por partes, en momentos sucesivos, lo que ha ideado de una vez y en un mismo instante, Dios dispone a través de la providencia en un instante e inmutablemente lo que debe hacer, mientras que mediante el destino lo establece en la multiplicidad y la temporalidad. Por consiguiente, tanto si el destino se realiza mediante la intervención de espíritus divinos de la providencia o del alma del universo, o gracias a la obediencia de la naturaleza, o a los movimientos celestiales de las estrellas, o al poder de los ángeles o las astucias de los demonios, a algunas de estas cosas o a todas ellas, lo cierto es que la forma inmutable y única en que se realiza el plan divino es la providencia, mientras que el destino es la cambiante urdimbre y la concatenación temporal de aquello que la unicidad divina dispuso realizar.

»De modo que todas las cosas sujetas al destino lo están igualmente a la providencia, a la que está subordinado el destino mismo, mientras que algunas cosas que dependen de la providencia no están sujetas al destino: aquéllas que, próximas a la divinidad y fijadas inmutablemente, se hallan por encima del cambiante orden del

destino. Supón una serie de círculos concéntricos que giran en torno a un mismo eje: el círculo interior estará más cerca de la unidad del centro, y constituirá una suerte de centro para el resto de círculos exteriores que giran a su alrededor; por el contrario, el último círculo exterior que describe una circunferencia mayor se desplegará sobre un espacio mucho más extenso y más alejado de la indivisibilidad del centro. De hecho, si un círculo está tan cerca del centro que se une a él, deja de desplegarse y extenderse. Pues bien, del mismo modo, lo que se halla más alejado de la mente divina está más sujeto al destino, y lo que se encuentra más cerca está más libre de él. Y si alcanzara la inmutabilidad de la mente suprema se sustraería asimismo a la necesidad que impone el destino. La relación entre el cambiante curso del destino y la inmutable unidad de la providencia es como la que existe entre el razonamiento y la comprensión, entre lo engendrado y lo que es, entre el tiempo y la eternidad, o entre el círculo que gira y el centro inmóvil.

»El curso del destino mueve los astros y el cielo, gobierna la relación entre los elementos y los transforma mediante cambios recíprocos, renueva todo lo que nace y muere creando reto-

ños o semillas semejantes. También anuda los actos y los destinos de los hombres mediante la indisoluble cadena de las causas, y puesto que éstas dependen de los principios de la inmutable providencia, también son, pues, inmutables. Porque la mejor forma de disponer el universo es que la unicidad inmanente en la inteligencia divina produzca un orden inmutable de causas que gobierne todas las cosas mudables, que de otro modo serían fluctuantes y azarosas.

»De ahí que a vosotros, que no podéis contemplar este orden, todo os parezca confuso y caótico, pero no es menos cierto que todo obedece a ese orden y tiende al bien. No hay nada que obedezca al mal, ni siquiera los actos de los malvados, ya que incluso ellos, como hemos demostrado sobradamente, buscan el bien—aunque el error los desvíe de él—, porque el orden que dimana del bien supremo situado en el centro del universo no admite excepciones.

»Con todo, tal vez te preguntes qué puede ser más injusto que el desorden de un mundo donde a los buenos unas veces les aguardan adversidades y otras, prosperidades, y donde los malos en ocasiones ven realizados sus deseos y en otras, sus pesadillas. Si es así, yo te preguntaría a mi vez

si crees que el juicio de los hombres es infalible y permite establecer quién es bueno y malo, ya que, como sabes, no suele ser unánime, y a menudo el hombre al que unos consideran digno de reconocimiento otros lo tienen por merecedor de castigo.

»Pero supongamos que alguien pudiera distinguir a los buenos de los malos: ¿podría observar el temperamento íntimo del ánimo, como es posible observar los cuerpos? De hecho, tu desconcierto se parece al de quien ignora por qué a ciertos cuerpos sanos les convienen las cosas dulces, y a otros, las amargas, o por qué a ciertos pacientes los sanan remedios suaves, y a otros, fuertes. No obstante, nada de ello sorprende al médico que conoce la diferencia entre las características de la salud y la enfermedad. Ahora bien, sabemos que la salud del alma es la virtud, y la enfermedad, el vicio, y también que quien protege a los buenos y azota a los malvados es Dios, el guía y médico de las almas. Desde la alta torre de vigía de la providencia identifica lo que conviene a cada cual y se lo aplica. Entonces se realiza el orden del destino que tanto asombra a los hombres: un Dios omnisciente actúa dejando estupefactos a quienes ignoran su plan.

»Consideremos lo poco que de la profundidad de Dios logra comprender la razón humana. Alguien a quien tú consideres un modelo y un gran defensor de la justicia puede parecer distinto a ojos de la omnisciente Providencia. Como advirtió nuestro amigo Lucano en el primer libro de su *Farsalia*, en la batalla entre César y Pompeyo la causa vencedora agradó a los dioses, pero la vencida complació más a Catón. Así que cuanto veas contrario a lo esperado es en realidad conforme al orden correcto, aunque a tu confuso pensamiento le sorprenda. Incluso si existiera alguien tan bueno que mereciera el juicio unánime de dioses y humanos, seguiría siendo mentalmente débil y al menor contratiempo perdería su inocencia convencido de que no le ha servido para conservar su fortuna. Así, la sapiencia divina le ahorraría ese contratiempo para dispensarlo de una adversidad que no está en condiciones de afrontar. Otro hombre podría ser muy virtuoso, un santo que siempre escucha a Dios: a la providencia podría parecerle tan oneroso que sufriera cualquier adversidad que lo libraría incluso de las enfermedades del cuerpo. Como dijo alguien más eminente que yo: "El cuerpo de los santos está hecho de la materia de los cie-

los etéreos".¹ Por otra parte, en ocasiones se encomienda el gobierno a los virtuosos para poner freno a la proliferación de la maldad. A algunos de ellos la providencia les asigna distinta suerte en función de su alma: a unos los aguijonea de vez en cuando para evitar que una felicidad demasiado prolongada los adormezca; a otros los somete a infinidad de pruebas para fortalecer las virtudes de su alma mediante el ejercicio de la paciencia. Unos temen más de lo razonable los tormentos que en realidad podrían soportar, mientras que otros desprecian más de lo razonable las adversidades que los abatirían; a unos y a otros, mediante el infortunio, los ayuda a conocerse a sí mismos. Ciertos hombres han adquirido renombre al precio de una muerte gloriosa; otros, a quienes los suplicios no han conseguido quebrar, han mostrado ejemplarmente que la maldad no puede corromper la virtud. No hay duda de que es correcto que ocurran tales cosas, ni de que obedecen a un plan y son buenas para aquellos a quienes les ocurren. Del mismo modo

¹ En griego clásico en el original: «Α'νδρὸς δὴ ἱεροῦ δέμας αἰθέρες ὑποδόμησαν». No identificado. Según R. Peiper, se trataría de un fragmento de Parménides.

puede explicarse que los malvados consigan a veces lo que persiguen y otras vean contrariados sus deseos. Naturalmente, a nadie sorprenden sus desgracias, pues a cualquiera le parecen merecidas, pero tales castigos sirven a un tiempo para disuadir a otros de cometer mezquindades y para corregir a quienes las perpetran. Y, en cuanto a la fortuna de los malvados, constituye un poderoso argumento para los buenos sobre el tipo de juicio que merece una felicidad que tan a menudo se concede a tales personas. De hecho, creo que ésta es otra cosa perfectamente planeada: tal vez a algunas personas testarudas e impulsivas la pobreza las abocaría al crimen, de modo que la providencia mitiga su enfermedad proporcionándoles una dosis de prosperidad como remedio. Hay quienes, al ver su conciencia oscurecida a causa de la mezquindad de sus actos, comparan su miseria moral con la suerte que los acompaña y, aunque sólo sea por temor a perder todas las cosas que tanta dicha les dan, cambian sus costumbres para que la fortuna no los abandone. La fortuna indignamente malbaratada ha abocado a algunos a la ruina, mientras que otros disponen del poder de castigar para escarmiento de los malos y edificación de los buenos. Igual

que no es posible ningún pacto entre personas honestas y deshonestas, tampoco lo es ni siquiera entre los deshonestos. No es extraño que así sea, porque los vicios del malvado lo ponen en conflicto con su conciencia, de modo que una y otra vez se arrepiente de los actos que comete inmediatamente después de llevarlos a cabo.

»Así ha obrado a menudo la providencia el asombroso prodigio de que algunos malvados conviertan a otros como ellos en personas buenas. Por ejemplo, cuando hombres de la peor calaña infligen tormentos injustos a algún miserable, éste puede terminar odiándolos tanto que, con tal de no parecerse jamás a ellos, desee reformarse y perseguir la virtud. Sólo para el poder divino los males pueden ser buenos, puesto que los emplea sabiamente para obtener algún efecto conveniente. Porque existe un orden que lo abarca todo y cuanto se sustrae al lugar que le ha sido asignado se inscribe de inmediato en otro orden, ya que en el reino de la providencia nada queda abandonado al azar.

»“Mas es difícil para mí exponer todo esto como si fuera un dios”,¹ pues no le está permiti-

¹ En griego clásico en el original: «Α'ργαλέον δε' με

do al hombre comprender por medio de la inteligencia ni expresar por medio de palabras la compleja organización de la creación divina. Bástenos haber vislumbrado que Dios, el autor de la naturaleza, lo dispone y lo orienta todo al bien. Y al ocuparse de mantener a su imagen y semejanza todo cuanto ha creado, destierra el mal de su benefactor orden mediante la sólida cadena de la necesidad: el destino. De manera que, aunque parezca que el mal abunda en la tierra, si pudieras ver el plan de la providencia, comprenderías que no hay mal alguno. Pero desde hace un rato veo que esta ardua reflexión y la complejidad del razonamiento te ha ido fatigando, y supongo que esperas el dulce alivio de la música, así que toma un trago para reponer fuerzas pues aún tendrás que seguirme:

»Si deseas que tu inteligencia pura te revele las leyes de Júpiter Tonante, alza la vista hacia la bóveda celeste: verás que las estrellas, gracias al armonioso orden de las cosas, conservan la antigua paz de los orígenes; el sol que arde en deslumbrantes llamas jamás obstaculiza la trayectoria de la gélida luna; la Osa que en lo más alto del

ταῦτα θεὸν ὥς πάντ' ἀγορεύειν», *Ilíada*, canto XII, v. 176.

cielo completa sus veloces giros jamás se sumerge en el océano, aunque contemple a las demás estrellas extinguir su luz mar adentro; la estrella vespertina anuncia sin falta la negra noche, y el lucero del alba, la luz bienhechora. Así renueva el mutuo amor el eterno movimiento de los astros, y así destierra de los cielos el odio y la guerra. Esta armonía otorga medidas iguales a los elementos para que lo húmedo dé paso a lo seco, lo frío haga un pacto con lo cálido, el fuego suspendido entre el aire y el éter se eleve a las alturas y el peso de la tierra la mantenga bajo el cielo. Las mismas causas traen la cálida primavera en que las flores exhalan sus perfumes, el tórrido verano que seca las espigas y el otoño que preña de frutos la misma tierra que anegarán más tarde las lluvias de invierno. La alternancia engendra y alimenta a todas las criaturas que viven en la tierra, y un día les arrebatara el aliento para que cumplan su necesaria muerte. Mientras los ciclos se repiten, el creador supremo dirige el universo desde lo alto y sujeta las riendas de todos los seres, dueño y señor, fuente y origen, ley y juez justo. Dirige los movimientos de los astros atrayéndolos hacia sí y alejándolos, pues si no les recordara su trayectoria regular devolviéndolos a sus

órbitas se desmoronaría todo lo que un orden estable mantiene hoy intacto. Y es el amor del que participa todo lo que existe, la finalidad del bien, su propósito y su final: ninguna criatura puede perdurar si no es porque el afán de devolver el amor que la ha engendrado la conduce de regreso a la causa de su existencia.

VII

—¿Ves ya cuál es la consecuencia lógica de cuanto hemos dicho?

—¿Cuál es, dime?—le pedí.

—Que toda fortuna es buena.

—¿Cómo es posible?

—Verás: como toda fortuna, sea favorable o adversa, tiene por objeto recompensar o poner a prueba a los buenos, y castigar o corregir a los malos, es necesariamente buena puesto que o bien es justa o bien es útil.

—Tu razonamiento es muy coherente y si yo pensara en la providencia y en el destino como acabas de explicarme, tu opinión me parecería muy fundada. Pero, si me permites, incluyámosla entre las ideas que hace poco declarabas inconcebibles.

—¿Por qué?

—Porque es una expresión común y corriente decir que alguien tiene mala fortuna.

—Ya veo: preferirías que no me alejara del modo de hablar acostumbrado para evitar tener la impresión de que me alejo del común de los mortales.

—Si fuera posible...

—Muy bien, veamos: ¿no es cierto que consideras bueno lo que te resulta útil?

—Sí.

—¿Y no te parece que la fortuna que corrige o pone a prueba es útil?

—Sí, la verdad.

—¿Por lo tanto, también te parece buena?

—Por supuesto.

—Pues ésa es la fortuna de quienes son virtuosos y soportan las adversidades, pero también de quienes renuncian a sus vicios para tomar el camino de la virtud.

—Examinemos ahora la buena fortuna con la que se recompensa a los bondadosos: ésa nadie la considera mala, ¿verdad?

—No, en absoluto, todo el mundo sabe que es muy buena.

—Y, por último, ¿qué hay de esa otra fortuna,

la adversa, que da a los malvados su justo castigo? ¿Se considera buena?

—No, se considera como la peor imaginable.

—Pues me temo que a conclusiones insostenibles llegas tú cuando te atienes a la opinión del común de los mortales...

—¿Por qué lo dices?

—Porque de lo admitido hasta ahora se deducía que la fortuna, tanto de quienes están en posesión de la virtud, como de quienes tratan de alcanzarla o están a punto de hacerlo, es buena en cualquier caso; mientras que la fortuna de quienes persisten en su maldad es indeseable en cualquier caso.

—Eso es muy cierto, aunque nadie se atreva a reconocerlo.

—Ésa es la razón por la que el sabio no se lamenta cada vez que la fortuna lo pone a prueba, del mismo modo que el valiente no protesta cuando suena el grito de guerra. En ambos casos, la dificultad es la ocasión misma de alcanzar la sabiduría o la gloria. El término *virtud*, de hecho, indica que se trata de la capacidad de apoyarse en las propias fuerzas para no dejarse vencer por la adversidad.¹ Quienes tratáis de acer-

¹ Boecio alude a la raíz común del término latino *vir-*

caros a la virtud no habéis recorrido un camino tan largo para abandonarnos a los placeres o a la voluptuosidad. Habéis decidido librar una dura batalla contra la fortuna para evitar que la tristeza os abata o que la alegría os corrompa. Manteneos siempre en el punto medio, porque quien peca por exceso o por defecto desprecia la felicidad, pero jamás recibe recompensa por sus esfuerzos. En vuestra mano está dar forma a la fortuna que deseáis: la única función de la adversidad, cuando no sirve para poner a prueba la virtud o corregir los vicios, es el castigo.

»Con una guerra de diez años que arruinó Frigia, vengó el átrida Agamenón la profanación de la esposa de su hermano; para lograr que los vientos fueran favorables a la flota de los aqueos se erigió en funesto sacerdote y sacrificó a la pobre Ifigenia, olvidando que él era su padre. Odiseo lloró la pérdida de sus compañeros cuando Polifemo los devoró en su remota cueva, pero el cíclope pagó el feliz banquete con su único ojo. Los trabajos de Hércules son célebres: sometió a los indómitos centauros, arrebató al león la presa de sus garras, atravesó a las rapaces con dardo

tus, 'la virtud', y *vires*, 'las fuerzas'.

certero, robó las manzanas del jardín de las Hespérides, consiguió encadenar al terrible Cerbero, le arrebató las voraces yeguas a Diomedes y les arrojó su cuerpo para que lo devorasen, dio muerte a la Hidra haciendo arder sus cabezas, descornó a Aquelao y lo obligó a hundirse en el río, derribó a Anteo en las playas de Libia, permitió a Evandro vengarse del ladrón Caco, y el temible jabalí, echando espuma por la boca, salpicó su espalda, sobre la que Hércules debía cargar el mundo: su último trabajo fue sostener los cielos sin doblarse, y como recompensa de su esfuerzo ganó el cielo. Avanzad sin miedo adonde os lleve el ejemplo de este héroe. ¿Por qué huis como cobardes? Dominad la tierra y ganaréis el cielo.



LIBRO QUINTO

I

Dicho esto, la filosofía se disponía a proseguir hablando de otros asuntos, cuando yo intervine:

—Me das consejos muy sabios y muy dignos de tu autoridad. Pero acababas de decirme que la cuestión de la providencia estaba relacionada con muchas otras, y como me parece que es muy cierto, me gustaría saber si crees que existe algo como el azar y en qué consiste.

—Estoy a punto de cumplir mi promesa de mostrarte el camino de regreso a tu patria, y aunque esta otra cuestión no carece de interés, me temo que las digresiones puedan fatigarte demasiado y te falten fuerzas para completar el viaje.

—No temas, para mí aprender las cosas que más me interesan es como hacer un descanso. Además, si tus razonamientos son tan claros y coherentes como hasta ahora, pocas dudas me quedarán.

—Como quieras—dijo, y prosiguió—. Si se define el azar como un movimiento ocasionado accidentalmente, sin conexión causal, sostengo

que no existe en absoluto, y que es una palabra vacía de significado. Porque si Dios lo gobierna todo no hay cabida para los acontecimientos azarosos. Que nada existe a partir de nada es una verdad que ninguno de los filósofos de la Antigüedad refutó jamás: para ellos, no obstante, era el fundamento de todos sus razonamientos sobre la naturaleza y explicaba la existencia de la materia, no del principio creador. No obstante, si algo pudiera surgir sin una causa, parecería surgir de la nada, pero puesto que ello es imposible, también debe serlo que exista el azar en los términos en que se define.

—Entonces—pregunté yo asombrado—, ¿no hay nada que pueda llamarse con propiedad azaroso o fortuito, aunque sea distinto de lo que se entiende comúnmente?

—Mi apreciado Aristóteles lo definió en su *Física* de un modo breve y exacto.¹

—¿De qué modo?

—Siempre que se hace algo con cierto propósito, y por cualquier motivo sucede otra cosa que no estaba prevista, se habla de azar. Por ejemplo, si arando la tierra para cultivarla alguien en-

¹ *Física* II, 4-5.

cuentra una vasija llena de oro, cree que se trata de un azar. Pero como nada viene de nada, también este hallazgo tendrá sus propias causas, cuya conjunción imprevista e inesperada habrá dado lugar al hecho azaroso. Porque si no hubiera habido nadie que arase el campo, ni nadie que hubiera enterrado la vasija, jamás habría podido hallarse el oro. Ésas son, pues, las causas de ese hallazgo fortuito, que es el resultado de la conjunción de distintas causas que confluyen, pero no de la intención de los agentes de la acción: ni quien ocultó el oro, ni quien aró la tierra pretendían desenterrar la vasija, sino que, como te decía, confluyeron las circunstancias de tal modo que donde uno escondió la vasija otro cavara más tarde. Así pues, puede definirse el azar como el advenimiento inesperado que resulta de la confluencia de distintas causas. Pero quien hace que confluyan es el orden que procede de la concatenación necesaria, que a su vez mana de la fuente de la providencia y determina el lugar y el momento de todas las cosas.

»Entre las rocas de los montes aquemenios, allá donde las flechas ligeras alcanzaron el pecho de los soldados que perseguían al enemigo en retirada, nacen del mismo manantial el Tigris y el

Éufrates, cuyas aguas se separan enseguida para reunirse de nuevo más adelante. Un mismo cauce arrastra entonces las naves y los troncos arrancados por las aguas agitadas, pero sus movimientos, aunque parezcan caprichosos, los causan la pendiente del terreno y las leyes que rigen el flujo de las aguas. Así el azar parece dar bandazos sin control, aunque esté sometido y obedezca a una ley inamovible.

II

—Comprendo lo que dices y reconozco que tienes razón. Pero, en ese caso, ¿hay lugar para nuestro libre albedrío en la concatenación de causas, o también los movimientos del alma están sujetos a la cadena del destino?

—Sí, pues no habría naturaleza racional sin libre albedrío—contestó—. Quien puede servirse por naturaleza de la razón tiene discernimiento para juzgar qué le conviene y qué le perjudica. Y si lo hace buscará lo que juzgue deseable y rechazará lo que estime detestable. Por ello quienes poseen la innata facultad de la razón poseen también la libertad de querer o no querer, aunque esta libertad no sea igual en todos los casos. Las sustancias superiores y divinas poseen una

capacidad de juicio perspicaz, una voluntad incorrupta y la capacidad de realizar sus deseos. Por su parte, las almas humanas son más libres cuando se dedican a la contemplación de la inteligencia divina, y pierden libertad conforme descienden a los cuerpos, sobre todo cuando están atadas a sus males corporales. Y se convierten en esclavas cuando se entregan a los vicios y renuncian a la razón, porque en cuanto apartan la mirada de la luz de la verdad suprema y la dirigen al tenebroso mundo inferior, las ciega la nube de la ignorancia. Los atormentan entonces las destructivas pasiones a las que se entregan, hasta que terminan abocándolos a la esclavitud y convirtiéndolos en cierto sentido en cautivos de su propia libertad. No obstante, el ojo de la Providencia que todo lo ve por toda la eternidad pre-dispone para cada cual lo que merece.

»Aunque Homero cantó con dulces palabras al sol “que todo lo observa y todo lo oye”,¹ sus rayos no logran penetrar en las entrañas de la tierra ni en las profundidades del mar. Muy distinta es la mirada del supremo creador, que desde lo alto

¹ En griego clásico en el original: «Πάντ' ἐφορᾷ καὶ πάντ' ἐπακούειν», *Ilíada*, canto III, v. 277.

de los cielos observa todas las cosas: ni un rincón de la tierra puede ocultarse a sus ojos, ni las tinieblas de la noche cegarlos; de un solo vistazo distingue pasado, presente y futuro. El único que todo lo ve debería ser nuestro verdadero sol.

III

—Hay otro asunto más complejo—intervine—que me parece inexplicable y me confunde.

—Dime cuál es, aunque ya me imagino lo que te inquieta.

—Me parece contradictorio que Dios lo sepa todo de antemano y que sea posible el libre albedrío. Porque si Dios lo prevé todo y no puede haber error, necesariamente ocurre lo que ha previsto. Y si conoce desde siempre no sólo las acciones, sino también los pensamientos e intenciones del hombre, éste carece de libertad, y sólo puede suceder lo que la providencia sabe y ha determinado. Si algo pudiera suceder de un modo distinto a como fue previsto, deberíamos pensar que no conoce de antemano el futuro, lo cual sería tanto como no creer en Dios.

»No estoy de acuerdo con el modo en que algunos creen poder resolver este nudo. Según

ellos no se trata de que la providencia prevea todo lo que debe suceder, sino al revés, de que todo lo que debe suceder no escapa a los ojos de la providencia. Y con ello simplemente invierten el problema: no es que sea necesario lo que está previsto que suceda, sino que es necesario que lo que tiene que suceder esté previsto. Es como si se tratara de resolver cuál es la causa, de saber si el conocimiento previo de lo que tiene que ocurrir es la causa de la necesidad de los acontecimientos o la necesidad de los acontecimientos, la causa del conocimiento previo. No obstante, desde mi punto de vista, lo único importante es demostrar que, con independencia del orden de las causas, el advenimiento de las cosas previstas es necesario incluso aunque el conocimiento previo de los acontecimientos futuros no parezca imponer la necesidad de que ocurran. Por ejemplo, si una persona está sentada, el juicio que sostiene que está sentada es cierto necesariamente; e, inversamente, si es cierto el juicio que afirma que una persona está sentada, esa persona estará necesariamente sentada. Uno y otro juicios son, pues, necesarios: tanto el de que la persona está sentada, como el de que es cierto que está sentada. No obstante, la persona no está sentada porque el

juicio sea cierto, al contrario, el juicio es cierto porque está sentada. Así, aunque la causa de la verdad del juicio proceda de una de las dos partes, ambos son necesarios.

»El mismo razonamiento puede aplicarse a la providencia y los acontecimientos futuros—continué—. Incluso si es cierto que los acontecimientos son previamente conocidos porque van a suceder y no que sucedan porque estaban previstos, sigue siendo necesario o que Dios prevea los acontecimientos futuros o que lo que Dios ha previsto acontezca, todo lo cual basta para impedir el libre albedrío. Por otra parte ¿sería absurdo pensar que el advenimiento de los acontecimientos en el tiempo es la causa del conocimiento previo de Dios! Sin embargo, creer que Dios prevé el futuro porque está destinado a ocurrir es tanto como creer que los acontecimientos del pasado son la causa de la providencia divina. Además, del mismo modo que cuando sé que una cosa existe es preciso que exista, cuando sé que algo sucederá es forzoso que suceda. En conclusión, las cosas previstas son inevitables.

»Por último, si alguien se representa una cosa de un modo que no es, no sólo no la conoce, sino que tiene de ella una noción errónea, muy ale-

jada de la verdad del conocimiento. Así que, si una cosa está destinada a suceder, pero su advenimiento no es cierto ni necesario, ¿quién podrá prever que suceda? Y puesto que el conocimiento verdadero excluye el error, lo que se concibe mediante el conocimiento tiene que ser tal como se lo ha concebido. De hecho, el motivo por el que el conocimiento jamás engaña es porque las cosas son necesariamente como las concibe el conocimiento.

»Lo que me pregunto entonces es: ¿cómo puede Dios conocer lo que ocurrirá en el futuro si es incierto? Si cree que ocurrirán inevitablemente ciertas cosas, pero existe la posibilidad de que no ocurran, se equivoca, cosa que no cabe pensar ni decir. Y si sólo conoce las cosas como futuribles, y tanto pueden suceder como dejar de hacerlo, ¿qué clase de conocimiento es ése que no sabe nada seguro ni cierto? ¿En qué se distinguirá del ridículo vaticinio de Tiresias en las *Sátiras* de Horacio: "Todo lo que yo diga sucederá o no sucederá"? ¿En qué sería superior la divina providencia de la opinión humana si juzga inciertas las cosas cuyo advenimiento es incierto? Si no puede haber incertidumbre en el origen cierto de todo lo que existe, los acontecimientos fu-

turos que prevé de antemano la providencia deben advenir necesariamente. Pero en ese caso, no puede haber libertad en los pensamientos ni en los actos humanos, porque la mente divina, que lo prevé todo de forma infalible, los orienta hacia una misma finalidad.

»Pero aceptar esta doctrina ¿no equivaldría al desmoronamiento de todos los afanes humanos? De nada valdría premiar o castigar a buenos y malos, pues nada pueden merecer unas almas que no actúan libremente. Incluso parecería una injusticia lo que ahora se considera justo, es decir, castigar a los malos y premiar a los buenos, porque no sería su propia voluntad quien los llevaría a obrar de un modo u otro, sino el cumplimiento del necesario destino. Tampoco los vicios y virtudes serían nada, pues todos los méritos habrían quedado mezclados y resultarían indiscernibles. Es difícil imaginar algo más atroz, pues si todo el orden del mundo depende de la providencia y la libertad humana no tiene cabida, hasta nuestros vicios se deberán al autor de todos los bienes. ¿Qué sentido tiene la esperanza o la oración si cuanto podemos desear está sujeto a leyes inamovibles? Las únicas formas de hablar con Dios, a saber, la esperanza y la ora-

ción, carecen de valor si no es posible el retorno a la gracia divina como recompensa justa a la humildad. Si creemos en la inexorabilidad del porvenir y aceptamos que ni la esperanza ni la oración tienen ningún valor, ¿de qué modo podremos vincularnos y unirnos a ese principio supremo de todas las cosas? Como tú misma afirmabas, el género humano está abocado a sucumbir si no existe la posibilidad de que retorne a su verdadero origen.

»¿Cuál es la causa de la discordia que separa cosas estrechamente unidas? ¿Qué Dios estableció la guerra entre dos verdades evidentes por separado pero irreconciliables? ¿O son perfectamente coherentes pero el alma humana, encerrada en su ciego cuerpo, es incapaz de distinguir los hilos sutiles que las unen? Entonces ¿por qué arde el alma en deseos de descubrir los signos ocultos de la verdad? ¿Acaso ya conoce lo que con tanto afán anhela descubrir? Pero ¿qué alma puede seguir anhelando descubrir algo que ya conoce? Y si no lo conoce ¿cómo sabrá qué busca si está ciega? ¿Quién puede encontrar algo si ignora lo que busca? ¿O quién puede buscar algo desconocido para él y dónde podrá descubrirlo? ¿Y quién podría reconocer la verdad oculta

que buscaba si la ignora? Y si el alma llega a contemplar la suprema inteligencia divina ¿percibirá a un tiempo el todo y sus partes? Pese a encontrarse sumida en las tinieblas del cuerpo, no habrá olvidado completamente su origen, y aunque no conserve el recuerdo de las partes, retiene la imagen del todo. Así, quien busca la verdad se encuentra a mitad del camino: no lo sabe todo, pero tampoco es del todo ignorante. Cuando recuerda lo contemplado en las alturas, añade al todo que retuvo las partes que perdió.

IV

—Tus objeciones a la providencia son antiguas—dijo la filosofía—, Cicerón ya las planteó con vehemencia en su tratado *Sobre la adivinación*, materia que tú mismo estudiaste durante largo tiempo. Pero hasta el presente nadie la ha expuesto con el suficiente cuidado y rigor. Ello se debe a que la razón humana no puede captar la inmediatez ni la unidad de la divina providencia. Si fueseis capaces de concebirla, desaparecería vuestra incertidumbre. Así que, una vez haya logrado disipar las dudas que tanto te inquietan, trataré de aclararte esa cuestión. Lo pri-

mero que debo preguntarte es por qué no te satisface la explicación de que el conocimiento del porvenir no es la causa de la necesidad de las cosas que han de suceder en el futuro y, en consecuencia, no anula la libertad. Todo tu argumento se basa en la convicción de que si Dios sabe que algo va a suceder tiene que suceder necesariamente. No obstante, si, como admitías hace un momento, el hecho de saber que algo va a suceder de antemano no es la causa de que ocurra en el futuro, ¿por qué deberían estar predestinados los actos de la voluntad? Para que lo entiendas mejor, supongamos que no existe la presciencia. En ese caso, ¿crees que los actos de la voluntad estarían necesariamente predestinados?

—En absoluto.

—Muy bien, entonces supongamos ahora que sí existe la presciencia, pero que no tiene la capacidad de convertir los sucesos en necesarios. En ese caso también se mantendría intacto el libre albedrío. Pero, me dirás tú, aunque la presciencia no sea la causa de que ocurra lo que debe ocurrir, sí es un signo de que ocurrirá. De modo que, aun sin presciencia, el advenimiento del futuro está predestinado, porque los signos representan lo que denotan, aunque

no sean su causa. Así que, lo primero que deberemos demostrar para que la presciencia pueda considerarse una señal de la necesidad es que todo lo que ocurre es necesario. De lo contrario, si no existe tal necesidad, la presciencia no podrá ser un signo de algo que no existe. Pero estarás de acuerdo en que un razonamiento riguroso se basa en argumentos encadenados de forma coherente, no en signos ni en argumentos ajenos al razonamiento.

»No es posible que lo que está previsto que suceda no ocurra. Eso sería suponer que las cosas que anticipa la providencia no sucederán, cuando lo que se trata de advertir es que, aunque efectivamente sucedan, no estaban naturalmente predestinadas a ocurrir. Lo entenderás enseguida a continuación: hay muchas cosas que vemos mientras están ocurriendo ante nuestros ojos, por ejemplo, a los aurigas en las carreras de cuadrigas, y otros acontecimientos semejantes. Pero estarás de acuerdo conmigo en que no hay nada que obligue a tales acontecimientos a ocurrir del modo que ocurren, ¿verdad?

—No, porque si lo que ocurre en la carrera de cuadrigas fuera necesario el arte del auriga sería vano.

—Por lo tanto, las cosas que ocurren sin que intervenga la necesidad tampoco son acontecimientos necesarios antes de ocurrir. Algunas de las cosas que ocurren, en suma, no ocurren por necesidad. Y del mismo modo que el conocimiento de las cosas que ocurren en el presente no las hace necesarias, tampoco el saber de antemano que sucederán hace que deban ocurrir necesariamente. Me dirás que lo que no entiendes es precisamente cómo es posible que exista conocimiento previo de lo que no sucederá necesariamente. Parece haber una contradicción, ya que la necesidad de los acontecimientos es consecuente con la posibilidad de preverlos, mientras que si no interviene la necesidad no es posible conocerlos de antemano, porque crees que sólo es posible el conocimiento de lo necesario. Si los acontecimientos cuyo advenimiento no es necesario se anticipan como necesarios, dirás que no existe auténtico conocimiento de lo que ocurrirá sino tan sólo una opinión errónea, puesto que no consideras que pueda llamarse conocimiento a creer algo que difiere de los hechos reales.

»La causa de este error es que crees que todo lo que sabes depende solamente del carácter y la naturaleza de las cosas que conoces. No obstan-

te, no es así: todo lo conocido es comprendido no de acuerdo con su propia naturaleza, sino de acuerdo con la capacidad de conocer de quien conoce. Permíteme que te ponga un ejemplo para que lo entiendas: la vista y el tacto permiten identificar la redondez de un mismo objeto de modo distinto. Los ojos, a cierta distancia, ven la esfera íntegramente, mientras que el tacto necesita acercarse a la esfera y palpar la superficie para percibir la redondez. Pues bien, también al hombre lo perciben de un modo distinto los sentidos, la imaginación, la razón o incluso la inteligencia. Los sentidos distinguen la forma desde el punto de vista de la materia; la imaginación juzga la forma aislada de la materia; la razón trasciende la imaginación y, haciendo abstracción, inscribe a cada individuo en una especie universal; y la inteligencia se eleva a mayor altura y, dejando atrás lo universal, contempla las formas puras.

»Lo más importante es que comprendas que la forma superior de conocimiento incluye la inferior, pero ésta jamás se eleva hasta alcanzar la superior. Los sentidos no van más allá de la materia, la imaginación no concibe especies universales, ni la razón, formas puras. Sólo la inteligencia, como si contemplara todo desde arriba, per-

cibe primero las formas puras y luego distingue todas las cosas que se desprenden de éstas, pero lo hace del mismo modo en que capta las formas puras, que sólo ella puede conocer. Pues la inteligencia conoce a un tiempo lo universal de la razón, la forma de la imaginación y la materia de los sentidos sin recurrir ni a la razón, ni a la imaginación, ni a los sentidos, sino mediante una imagen mental, por decirlo así, que le permite verlo todo como una sola forma. También la razón, al concebir un universal, comprende lo imaginable y lo sensible sin valerse de la imaginación ni de los sentidos. La razón, por ejemplo, define así la universalidad de su concepto: el hombre es un animal racional bípedo. No obstante, puesto que se trata de un concepto universal, nadie ignora que lo que define no excluye la imaginación ni los sentidos, pero la razón lo considera sólo a partir de la comprensión racional, no de la imaginación ni los sentidos. También la imaginación, pese a que comience a ver y a concebir formas a partir de los sentidos, observa las cosas sensibles en ausencia de los sentidos a través de una forma de percepción que no es sensible, sino imaginativa. Así que, como ves, las distintas formas de conocimiento dependen de diversas ca-

pacidades de conocer, no de las propiedades del objeto. Y es muy adecuado que así sea, porque como todo juicio es el acto de quien juzga, es necesario que cada cual cumpla su tarea a partir de su propia capacidad, no de una capacidad ajena.

»Antaño la estoa de Atenas acogió a los maestros estoicos, ancianos convencidos de que las cosas que los sentidos captaban como imágenes se imprimían en el alma como el punzón veloz graba las letras sobre la página inmaculada. Pero si el alma se limita a recibir la huella de las cosas que ve afuera, si tan sólo refleja como un espejo, ¿de dónde viene la fuerza del entendimiento que discierne y observa lo que existe? ¿Y de dónde viene la facultad de percibir cosas particulares, de clasificarlas, analizarlas y sintetizarlas, que le permite ascender a esferas cada vez más elevadas o descender a los detalles? Es una facultad muy superior que la de recibir impresiones de la materia. Pero en efecto las sensaciones despiertan y ponen en movimiento las capacidades del alma, cuando la luz hiere los ojos o el sonido resuena en los oídos. Al despertar, el alma recuerda las ideas innatas, las compara con las impresiones sensibles y las relaciona con las formas que alberga en su interior.

—Si bien en la percepción de los fenómenos sensibles—continuó—los estímulos externos afectan los órganos sensoriales, y si bien la pasividad corporal precede a la actividad mental, tal pasividad estimula la actividad mental y despierta las formas dormidas en el alma. De modo que si, como te digo, al percibir los fenómenos materiales el alma no se ve afectada pasivamente, sino que juzga las sensaciones corporales gracias a su propia capacidad, considera qué ocurre en el caso de los seres cuyo modo de percepción no depende en absoluto de los sentidos. En éstos la actividad del alma que permite percibir los objetos se inicia sin necesidad de reaccionar a estímulos externos. Por eso existe tal diversidad de formas de conocimiento como sustancias diferentes. Así pues, la sensación sin intervención de ninguna otra forma de conocimiento corresponde a los animales que carecen de la capacidad de moverse, como los moluscos que se alimentan aferrados a las rocas. Los animales que sí poseen capacidad de moverse y parecen tener también capacidad para aceptar o rechazar ciertas cosas poseen imaginación. La razón per-

tenece únicamente al género humano, del mismo modo que la inteligencia pertenece sólo a la divinidad, de lo cual se sigue que esta última forma de conocimiento trasciende las demás puesto que, por su propia naturaleza conoce no sólo lo que le es propio, sino también el objeto de todas las demás formas de conocimiento.

»Supongamos que los sentidos y la imaginación se opusieran a la razón y negaran la universalidad de sus conceptos, aduciendo que lo sensible y lo imaginable no pueden ser universales porque, o bien el juicio de la razón es cierto y no existe nada sensible, o bien, puesto que la razón reconoce que los objetos de los sentidos y la imaginación son numerosos, las representaciones de la razón son vanas en la medida en que ésta considera lo que es sensible y singular como si fuera universal. Si la razón respondiera a esa objeción que ella concibe los objetos de los sentidos y la imaginación desde el punto de vista de la universalidad, mientras que ni la sensación ni la imaginación pueden aspirar al conocimiento de la universalidad porque su forma de conocimiento no puede trascender las impresiones de los sentidos; y si añadiera que en lo que se refiere a la forma en que las cosas son conocidas debería darse

crédito a la que permite comprender de un modo más cierto y seguro, ¿no estaríamos de parte de la razón nosotros, que tenemos capacidad de razonar, de sentir y de imaginar?

»Pues lo mismo sucede—concluyó—cuando la razón humana cree que la inteligencia divina no puede representarse el futuro de otro modo que como ella es capaz de conocerlo. Así es como has razonado incluso tú: si algunos acontecimientos parecen no ser necesarios y seguros, es imposible saber de antemano que advendrán necesariamente, por consiguiente, no existe la capacidad divina de conocer de antemano los acontecimientos del futuro; o, si creemos que pese a todo Dios si posee la capacidad de anticipar lo que ocurrirá, entonces no habrá nada que escape a la necesidad. Pero si, del mismo modo que estamos dotados de la razón, participáramos de la inteligencia divina, advertiríamos que la razón humana está por debajo de la inteligencia divina, igual que juzgamos que la razón está por encima de los sentidos y de la imaginación. Elévate, pues, en la medida de lo posible, a las cumbres de esa inteligencia suprema y contemplarás lo que la razón no alcanza a ver por sí sola: que un conocimiento anticipado cierto y

determinado ve incluso lo que no es necesario que ocurra, y que ese conocimiento no es una mera opinión, sino la unicidad ilimitada del conocimiento supremo.

»¡Cuántas formas presentan los animales de la tierra! Algunos tienen cuerpos alargados y se abren camino arrastrándose por el polvo. Otros revolotean ligeros surcando el aire y ascienden hasta lo alto del cielo. Los hay que hunden sus patas en la tierra y avanzan paso a paso por las praderas o los bosques. Mas, pese a ser tan distintos, todos inclinan la cabeza hacia el suelo y así se embotan sus sentidos. Sólo la especie humana, que yergue el cuerpo y alza la cabeza, ve el suelo desde arriba. Esta imagen revela, salvo a quien ha perdido la razón y sigue pegado a la tierra, que los hombres aspiran a alzar los ojos para contemplar el cielo y elevar su alma, de otro modo indigna de un cuerpo que tanto se ha alzado.

VI

—Puesto que ya hemos demostrado—continuó—que cuanto sabemos no se debe a la naturaleza de las cosas, sino a la de nuestro conocimiento, examinaremos ahora en lo posible la

esencia de la sustancia divina, para conocer cuál es la forma de su conocimiento. Que Dios es eterno es lo que cree cualquiera que tenga uso de razón. Consideremos entonces qué es la eternidad, puesto que ello nos permitirá comprender tanto la naturaleza de Dios como su forma de conocimiento. La eternidad es la posesión absoluta y perfecta de una vida interminable, lo cual resulta evidente por comparación con sus creaciones temporales. Todo lo que vive en el tiempo existe en el presente y avanza desde el pasado hacia el futuro, y no existe nada temporal que pueda abarcar simultáneamente la completa extensión de su vida, porque aún no posee el mañana cuando ya ha perdido el ayer. No vivís en el hoy más de lo que vivís en el transitorio instante. Todo lo temporal, aunque no haya empezado ni vaya a concluir jamás y tienda a prolongarse infinitamente, como Aristóteles creía que ocurría con el mundo, no por ello puede llamarse propiamente eterno. Tal vez su existencia sea infinita, pero no engloba ni abarca simultáneamente toda su extensión, porque no posee el futuro y ya ha perdido el pasado. Sólo es posible considerar eterno a lo que abarca y posee simultáneamente la plenitud de una vida interminable, que no ha

perdido nada del pasado ni le falta nada del futuro: necesariamente siempre estará presente y en posesión de sí mismo, y tendrá presente la infinitud del tiempo que transcurre.

»Con lo cual, los filósofos que, ateniéndose a Platón (quien creía que el universo no tenía un comienzo en el tiempo ni tendría un final), sostuvieron que el mundo creado era coeterno al creador, estaban equivocados. Porque una cosa es que una vida se prolongue sin término, como creía Platón que podía decirse del universo, y otra muy distinta es abarcar en su totalidad y simultáneamente, de una vez, esa vida ilimitada, lo cual es únicamente propio de la mente divina. Dios no es más antiguo que las cosas por una cuestión de tiempo, sino más bien por la unicidad inherente a su naturaleza. El movimiento infinito del mundo temporal imita ese estado eternamente presente de la existencia inmóvil, pero como no puede reproducirlo ni duplicarlo, desciende de la inmovilidad al movimiento, de la inmediatez de la presencia a la infinitud del pasado y el futuro. Y aunque no posee simultáneamente la totalidad de su existencia, el simple hecho de que no se agote parece rivalizar hasta cierto punto con esa otra forma de suprema existencia ple-

na que no obstante no logra alcanzar ni expresar. Pero como la infinitud de la temporalidad se parece, aunque muy parcialmente, al presente eterno, confiere al tiempo la apariencia de esa existencia eterna que imita. No obstante, puesto que no puede detenerse se despliega en la infinitud de los tiempos y de este modo se ha prolongado en esa forma de vida que no puede abarcar la plenitud mediante la permanencia. De modo que, si queremos definir correctamente las cosas, digamos, con Platón, que Dios es eterno y el mundo es perpetuo.

»Como todo juicio comprende las cosas conforme a la naturaleza del cognoscente—continuó—y Dios es el presente eterno, su conocimiento trasciende todos los cambios temporales y permanece en la inmediatez de su presencia: cuando abarca la infinitud del futuro y del pasado considera todas las cosas en la unicidad de su modo de conocimiento como si sucedieran en el presente. Así que, si quieres entender la capacidad divina de anticipar lo que ocurrirá mediante la cual Dios conoce absolutamente todo, deberás pensar en ella no como presciencia del futuro, sino como el conocimiento de una presencia eterna. Por eso es más correcto hablar de *provi-*

dencia que de *presciencia*: como la divinidad está lejos de las cosas terrenales, lo observa todo desde la más elevada cumbre del universo. ¿Por qué insistes entonces en que todo lo que contempla la penetrante mirada divina debe ser necesario? También los hombres contemplan ciertas cosas, pero ello no las vuelve necesarias. ¿Acaso tu mirada hace necesarias las cosas que observas ahora?

—En absoluto.

—Pues bien, si me permites comparar el presente divino y el humano, te diré que del mismo modo que tú ves ciertas cosas en tu presente temporal, Dios las ve todas en su presente eterno. Por lo tanto, el conocimiento divino del futuro no altera la naturaleza ni las propiedades de las cosas, sino que las contempla en su presente eterno tal como sucederán un día en el tiempo. Tampoco confunde sus juicios sobre las cosas: distingue lo que sucederá necesariamente de lo que no inmediatamente, como cuando tú ves a un hombre caminando y el sol que sale, y distingues que lo primero depende de la voluntad y lo segundo, en cambio, de la necesidad. Del mismo modo la mirada divina contempla todas las cosas sin alterar su naturaleza: para Dios son cosas presentes, pese a que desde el punto de vis-

ta de la temporalidad sean cosas futuras. Por lo tanto, cuando Dios conoce algo que va a ocurrir y sabe que no sucederá en virtud de necesidad alguna, no se trata de una opinión, sino de un conocimiento verdadero.

»Si me replicaras que lo que Dios sabe que va a ocurrir en el futuro no puede no ocurrir y que lo que debe ocurrir es necesario, yo admitiría que ésa es una verdad innegable, pero sólo está al alcance de quien es capaz de contemplar la naturaleza divina. Te diría, pues, que el mismo acontecimiento futuro es necesario considerado desde el punto de vista de la providencia divina, pero completamente libre por su propia naturaleza. Porque existen dos clases de necesidad: una, simple, por ejemplo, que los hombres son mortales; y otra, condicional, por ejemplo, que alguien anda si te consta que anda. Lo que conoces no puede ser de otro modo que como lo conoces; pero esa necesidad condicional no implica la necesidad simple, puesto que no existe en virtud de su propia naturaleza sino en virtud de una condición adicional. Nada obliga a caminar a quien decide pasear, pero si se decide a pasear es necesario que camine.

»Igualmente, si la providencia ve algo presen-

te es necesario que esa cosa suceda aunque no sea necesaria por naturaleza. Dios ve como presentes los acontecimientos futuros que proceden del libre arbitrio, así que conforme a la mirada de Dios son necesarios, pero considerados por sí mismos no pierden la absoluta libertad de su naturaleza. De modo que todas las cosas cuyo advenimiento futuro conoce Dios ocurrirán necesariamente, pero algunas de ellas son el resultado del libre albedrío y el hecho de ocurrir no hace que sean menos libres, ya que antes de producirse habrían podido no ocurrir.

»¿Qué importa entonces que no sean necesarias, me preguntarás, si dada la divina providencia terminan ocurriendo exactamente igual que si lo fueran? En el ejemplo que acabo de ponerte sobre la salida del sol y un hombre caminando, ninguna de ambas cosas pueden no suceder cuando están sucediendo, pese a lo cual la primera debía existir necesariamente incluso antes de suceder, mientras que la segunda no. Lo mismo ocurre con las cosas que Dios ve inmediatamente y ocurrirán necesariamente: unas son necesarias y otras dependen de la potestad del agente. Por eso te decía que, en relación con la inteligencia divina los actos libres son neces-

rios, pero considerados en sí mismos no están sometidos a la necesidad, del mismo modo que todo lo que los sentidos perciben es universal considerado en relación con la razón, pero singular considerado en sí mismo.

»Tal vez pienses que si está en tu poder cambiar de propósito anularás la providencia, porque alterarás lo que estaba previsto. Y yo te responderé que puedes cambiar tu decisión, pero la providencia conoce esa facultad tuya y qué propósito cambiarás, así que no puedes escapar a la divina providencia, del mismo modo que no puedes sustraerte a la mirada del que todo lo observa, aunque tu voluntad te permita hacer libremente cosas diversas. Entonces, te preguntarás, ¿la providencia divina irá cambiando según mi disposición, y cuando cambien mis deseos se alterará su conocimiento? En absoluto. Todo hecho futuro lo anticipa la mirada divina, que lo contempla en su forma de conocimiento inmediato: no cambia, como tú crees, a medida que se alterna el conocimiento de una cosa primero y luego otra, sino que anticipa y comprende de una sola vez todos tus cambios. La comprensión que Dios tiene de todo no se debe a su conocimiento del porvenir, sino a su propia unicidad

e inmediatez. Con ello queda resuelta la cuestión que planteabas antes, es decir, que es absurdo suponer que nuestros actos sean la causa de la providencia divina. El poder de su sabiduría lo abarca todo en su forma de conocimiento siempre presente y da su medida a todas las cosas, pero en nada depende de lo que debe ocurrir en el futuro.

»Puesto que ello es así, el libre albedrío de los mortales queda intacto, y no son injustas las recompensas ni los castigos que impone la ley, puesto que los hombres son libres para actuar bien o mal. La mirada de Dios, que lo contempla todo desde lo alto, identifica la naturaleza de los futuros actos y determina los premios a los buenos, así como los castigos a los malos. No son vanas, pues, la esperanza ni las plegarias que dirigís a Dios: si brotan de un corazón justo no pueden ser inútiles. Apartaos de los vicios, cultivad las virtudes, dad a vuestra alma esperanza y dirigid vuestras humildes plegarias a los cielos. Si sois honestos con vosotros mismos, la bondad será vuestra ley, porque todo lo que hacéis lo contempla un juez omnisciente.

ESTA REIMPRESIÓN, CUARTA,
DE «CONSUELO DE LA FILOSOFÍA», DE
BOECIO, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN CAPELLADES EN EL
MES DE ABRIL
DEL AÑO
2024





Colección Cuadernos del Acantilado

1. FERNANDO PESSOA *La hora del diablo* (7 ediciones)
2. QUINTO TULIO CICERÓN *Breviario de campaña electoral* (6 ediciones)
3. SAMUEL JOHNSON *Prefacio a Shakespeare* (2 ediciones)
4. JOSEPH ROTH *El busto del Emperador* (7 ediciones)
5. MARIANA ALCOPORADO *Cartas de la monja portuguesa* (3 ediciones)
6. LEV TOLSTÓI *Sonata a Kreutzer* (7 ediciones)
7. H. G. WELLS *La puerta en el muro* (3 ediciones)
8. JOSEPH ROTH *El triunfo de la belleza* (5 ediciones)
9. MARCO TULIO CICERÓN *El sueño de Escipión* (2 ediciones)
10. ITALO SVEVO *La historia del buen viejo y la bella muchacha* (2 ediciones)
11. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG *Oculto filosofía. Razones de la música en el hombre y la naturaleza*
12. STEFAN ZWEIG *El amor de Erika Ewald* (6 ediciones)
13. H. G. WELLS *El país de los ciegos* (3 ediciones)
14. ÓSIP MANDELSTAM *Coloquio sobre Dante*
15. MARTÍN DE Riquer *Cervantes en Barcelona*
16. JOSEPH ROTH *El espejo ciego* (2 ediciones)
17. RAFAEL ARGULLOL *Breviario de la aurora* (2 ediciones)
18. EUGENIO TRÍAS *Prefacio a Goethe*
19. NATALIA GINZBURG *Antón Chéjov. Vida a través de las letras* (6 ediciones)
20. ARTHUR SCHNITZLER *El teniente Gustl* (2 ediciones)
21. DOMINGO RIVERO *Yo, a mi cuerpo*

22. ÁDÁM BODOR *La sección*
23. ARISTÓTELES *El hombre de genio y la melancolía.*
(*Problema XXX*) (3 ediciones)
24. ISAAC BASHEVIS SINGER *La destrucción de Kreshev*
25. CARDENAL MAZARINO *Breviario de los políticos*
(7 ediciones)
26. GIORGIO VASARI *Miguel Ángel Buonarroti, florentino.*
(*Texto de 1550*) (2 ediciones)
27. LEV TOLSTÓI *Confesión* (9 ediciones)
28. CHATEAUBRIAND *Amor y vejez* (3 ediciones)
29. LEONID ANDRÉYEV *Los espectros*
30. PÉTER HAJNÓCZY *La muerte salió cabalgando de Persia*
31. ANTOINE COMPAGNON *¿Para qué sirve la literatura?*
(3 ediciones)
32. JOSEPH ROTH *Jefe de estación Fallmerayer* (3 ediciones)
33. STEFAN ZWEIG *Mendel el de los libros* (17 ediciones)
34. PÊRO VAZ DE CAMINHA *Carta del descubrimiento*
de Brasil
35. STEFAN ZWEIG *Viaje al pasado* (7 ediciones)
36. LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI *Ha llegado Isaías*
37. MARINA TSVIETÁIEVA *Mi Pushkin*
38. LEONID ANDRÉYEV *Las tinieblas*
39. NATALIA GINZBURG *Serena Cruz o la verdadera justicia*
40. STEFAN ZWEIG *¿Fue él?* (4 ediciones)
41. LEV TOLSTÓI *La tormenta de nieve* (4 ediciones)
42. EÇA DE QUEIRÓS *Las rosas*
43. VICTOR KLEMPERER *Literatura universal*
y literatura europea
44. WILLIAM SAROYAN *El tigre de Tracy*
45. CHATEAUBRIAND *De Buonaparte y de los Borbones*

46. STEFAN ZWEIG *Los milagros de la vida* (7 ediciones)
47. STEFAN ZWEIG *Las hermanas. «Conte drolatique»*
(4 ediciones)
48. SIMON LEYS *Los naufragos del «Batavia». Anatomía
de una masacre* (5 ediciones)
49. LEV TOLSTÓI *La felicidad conyugal* (9 ediciones)
50. SIMON LEYS *Con Stendhal*
51. MAX BEERBOHM *El farsante feliz. Un cuento de hadas
para hombres cansados*
52. FRANCK MAUBERT *El olor a sangre humana no se me
quita de los ojos. Conversaciones con Francis Bacon*
(3 ediciones)
53. MARINA TSVIETÁIEVA *Mi madre y la música*
(4 ediciones)
54. LISA RANDALL *El descubrimiento del Higgs.
Una partícula muy especial* (3 ediciones)
55. SŁAWOMIR MROŹEK *La vida para principiantes.
Un diccionario intemporal*
56. DANIEL-HENRY KAHNWEILER *El camino hacia
el cubismo*
57. JAUME VALLCORBA *De la primavera al Paraíso. El amor,
de los trovadores a Dante* (2 ediciones)
58. LUCIO ANNEO SÉNECA *Sobre la brevedad de la vida,
el ocio y la felicidad* (9 ediciones)
59. DOLORES PAYÁS *Drink Time! (En compañía
de Patrick Leigh Fermor)*
60. JOSEPH ROTH *El Leviatán* (3 ediciones)
61. ALFRED BRENDL *De la A a la Z de un pianista. Un libro
para amantes del piano* (5 ediciones)
62. ALEXANDR PUSHKIN *El prisionero del Cáucaso*

63. LONGINO *De lo sublime* (2 ediciones)
64. BÉLA HAMVAS *La filosofía del vino* (6 ediciones)
65. OSCAR WILDE *La decadencia de la mentira.*
Un comentario (3 ediciones)
66. OSCAR WILDE *El crimen de Lord Arthur Savile.*
Una reflexión sobre el deber
67. JOSEPH ROTH *Abril. Historia de un amor* (3 ediciones)
68. SANTA PERPETUA *Pasión de las santas Perpetua*
y Felicidad
69. STEFAN ZWEIG *Una historia crepuscular* (3 ediciones)
70. FRANCK MAUBERT *La última modelo*
71. PLUTARCO *Vidas de Alejandro y César*
72. PASCAL BRUCKNER *El vértigo de Babel. Cosmopolitismo*
o globalización
73. JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS *La inocencia*
lesionada
74. LEV TOLSTÓI *Después del baile*
75. RAFAEL ARGULLOL *Tratado erótico-teológico. Un relato*
76. *Así era Lev Tolstói (I)*
77. ADAM ZAGAJEWSKI *Releer a Rilke* (2 ediciones)
78. EUGENIO TRÍAS *Thomas Mann*
79. RAMÓN ANDRÉS *Claudio Monteverdi. «Lamento della*
Ninfa»
80. SHAPTESBURY *Carta sobre el entusiasmo & «Sensus*
communis». Ensayo sobre la libertad de ingenio y el
humor
81. MARIO SATZ *Pequeños paraísos. El espíritu de los*
jardines (5 ediciones)
82. JOSEPH ROTH *Fresas*
83. *Así era Lev Tolstói (II)*

84. GIACOMO LEOPARDI *Recuerdos del primer amor*
85. STEFAN ZWEIG *Miedo* (10 ediciones)
86. NATALIA GINZBURG *Me casé por alegría* (2 ediciones)
87. ÉTIENNE BARILIER *El vértigo de la fuerza*
88. SIMON LEYS *La muerte de Napoleón*
89. GUIDO CERONETTI *Los pensamientos del té*
90. LEV TOLSTÓI *La historia de un caballo* (2 ediciones)
91. FRANZ KAFKA «*La condena*» y «*El fogonero*»
92. FRANCK MAUBERT *El hombre que camina* (2 ediciones)
93. RAFAEL ARGULLOL *El enigma de Lea. Cuento mítico para una ópera*
94. STEFAN ZWEIG *Américo Vespucio. Relato de un error histórico* (5 ediciones)
95. MARIO SATZ *El alfabeto alado*
96. FRANZ KAFKA *En la colonia penitenciaria*
97. NATHALIE LÉGER *La exposición*
98. MAX BEERBOHM *Enoch Soames*
99. A. G. PORTA *Me llamo Vila-Matas, como todo el mundo*
100. BOECIO *Consuelo de la filosofía* (5 ediciones)
101. STEFAN ZWEIG *Una boda en Lyon. Y otros relatos* (2 ediciones)
102. ERASMO DE RÓTERDAM *Lamento de la paz*
103. PETER STAMM *Marcia de Vermont. Cuento de invierno*
104. W. H. AUDEN *Elogio de la piedra caliza*
105. MARINA TSVIETÁIEVA *Mi padre y su museo*
106. LEV TOLSTÓI *La mañana de un terrateniente*
107. MARIO SATZ *Bibliotecas imaginarias* (2 ediciones)
108. TAMARA DJERMANOVIC *El universo de Dostoievski* (2 ediciones)
109. *Así era Lev Tolstói (III). Tolstói y la música*

410. ANTOINE COMPAGNON *La segunda mano o el trabajo de la cita*
411. RAFAEL ARGULLOL *Las pasiones según Rafael Argullol. Conversaciones con Fèlix Riera*
412. MICHEL DE MONTAIGNE *Diario del viaje a Italia. Por Suiza y Alemania (1580-1581)*
413. STEFAN ZWEIG *Jeremías. Poema dramático en nueve cuadros*
414. STEPHEN WALSH *Debussy: un pintor de sonidos*
415. «The Paris Review». *Entrevistas (1953-2012)* (3 ediciones)
416. IMRE KERTÉSZ *El espectador. Apuntes (1991-2001)*
417. MARÍA BELMONTE *En tierra de Dioniso. Vagabundeos por el norte de Grecia* (4 ediciones)
418. JOSEP MARIA ESQUIROL *Humano, más humano. Una antropología de la herida infinita* (3 ediciones)
419. MANUEL ARROYO-STEPHENS *Mexicana*
420. MANUEL DE SOLÀ-MORALES *Miradas sobre la ciudad*
421. REINER STACH *¿Este es Kafka? 99 hallazgos*
422. LAURA J. SNYDER *El Club de los desayunos filosóficos. Cuatro notables amigos que transformaron la ciencia y cambiaron el mundo*
423. DONALD MITCHELL *El lenguaje de la música moderna*
424. YURI SLEZKINE *La casa eterna. Saga de la Revolución rusa* (3 ediciones)
425. STEFAN ZWEIG *Diarios* (3 ediciones)
426. MONIKA SZNAJDERMAN *Los falsificadores de pimienta. Una historia familiar*
427. ALESSANDRO BARBERO *Dante* (2 ediciones)
428. MAURICIO WIESENTHAL *El derecho a disentir* (3 ediciones)

429. STEFAN ZWEIG *Biografías*
430. YANNIS RITSOS *Helena*
431. JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS *La plenitud del vacío*
432. FRANCISCO RICO *Una larga lealtad*
433. JESÚS DEL CAMPO *Panfleto de Kronborg*
434. ANTONIO MONEGAL *Como el aire que respiramos*
(3 ediciones)
435. ARTHUR SCHOPENHAUER *Correspondencia escogida*
(1799-1860)
436. PEDRO OLALLA *Palabras del Egeo. El mar, la lengua griega y los albores de la civilización* (4 ediciones)
437. MANUEL ASTUR *La aurora cuando surge* (2 ediciones)
438. ANTOINE COMPAGNON *Baudelaire, el irreductible*
439. ISABEL SOLER *Magallanes & Co.* (2 ediciones)
440. NUCCIO ORDINE *Tres coronas para un rey. La empresa de Enrique III y sus misterios* (2 ediciones)
441. DONALD FRANCIS TOVEY *Beethoven*
442. RICHARD STRAUSS & STEFAN ZWEIG *Correspondencia*
(1931-1935)
443. MARÍA STEPÁNOVA *En memoria de la memoria*
(2 ediciones)
444. ELISENDA JULIBERT *Hombres fatales. Metamorfosis del deseo masculino en la literatura y el cine* (2 ediciones)
445. BERTA ARES YÁÑEZ «*La leyenda del santo bebedor*»,
legado y testamento de Joseph Roth
446. NUCCIO ORDINE *Los hombres no son islas. Los clásicos nos ayudan a vivir* (6 ediciones)
447. MANEL OLLÉ *Islas de plata, imperios de seda. Juncos y galeones en los Mares del Sur* (2 ediciones)

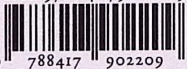
448. MARCEL PROUST *Cartas escogidas (1888-1922)*
(2 ediciones)
449. RAMÓN ANDRÉS *La bóveda y las voces. Por el camino de Josquin*
450. CHARLES BAUDELAIRE *Escritos sobre arte, literatura y música (1845-1866)*
451. THOMAS SPARR *Grunewald en Oriente. La Jerusalén germanojudía*
452. YURI ANDRUJOVICH *Pequeña enciclopedia de lugares íntimos. Breviario personal de geopoética y cosmopolítica*
453. STEFAN ZWEIG *Tres poetas de sus vidas. Casanova, Stendhal, Tolstói*
454. KARL SCHLÖGEL *Ucrania, encrucijada de culturas. Historia de ocho ciudades*
455. ADAM ZAGAJEWSKI *Verdadera vida*
456. HELENA ATTLEE *El violín de Lev. Una aventura italiana*
(2 ediciones)
457. JOHN GAGE *Color y significado. Arte, ciencia y simbología*
458. MARCUS DU SAUTOY *Para pensar mejor. El arte del atajo*
459. DANIEL BARENBOIM *La música despierta el tiempo*
(2 ediciones)
460. MARTA LLORENTE *Entre naturaleza y arquitectura. El remanso del jardín*
461. JEREMY DAUBER *El humor judío. Una historia seria*
462. AURORA LUQUE *Las sirenas de abajo. Poesía reunida (1982-2022)*
463. EDMUND DE WAAL *Cartas a Camondo*

464. JOSÉ MARÍA MICÓ *De Dante a Borges. Páginas sobre clásicos* (2 ediciones)
465. FRANK DIKÖTTER *Dictadores. El culto a la personalidad en el siglo XX* (2 ediciones)
466. BERND BRUNNER *La invención del norte. Historia de un punto cardinal*
467. GUNTHER SCHULLER *Los comienzos del jazz. Sus raíces y desarrollo musical*
468. FRANCESCO PETRARCA *Epistolario. Cartas familiares; Cartas de senectud; Cartas sin nombre; Cartas dispersas*
469. MARC FUMAROLI «*Mundus muliebris*». Élisabeth Louise Vigée Le Brun, pintora del Antiguo Régimen femenino
470. FRANZ KAFKA «*Tú eres la tarea*». Aforismos
471. VOLKER SPIERLING «*Nada es más asombroso que el hombre*». Una historia de la ética desde Sócrates hasta Adorno
472. MIGUEL ÁNGEL MARÍN *El «Réquiem» de Mozart. Una historia cultural*
473. MARÍA BELMONTE *El murmullo del agua. Fuentes, jardines y divinidades acuáticas*
474. JOSEP MARIA ESQUIROL *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*
475. BERND BRUNNER *Vivir en horizontal. Breve historia cultural de una postura*
476. MYRIAM MOSCONA *León de Lidia*
477. ANTONIO MONEGAL *El silencio de la guerra*
478. KARL SCHLÖGEL *El aroma de los imperios. Chanel nº 5 y Moscú Rojo*



A lo largo del milenio que separa el final de la Antigüedad del Renacimiento, la autoridad de Boecio fue tal que sólo podía compararse con la de Aristóteles y Agustín de Hipona. Esta celebridad se debió, sobre todo, a su última obra, el *Consuelo de la filosofía*, escrita mientras aguardaba su ejecución en la cárcel de Pavía, que lo elevó a la categoría de sabio ejemplar. El texto no sólo muestra lo que la filosofía puede ofrecer al individuo en términos morales, sino que es además un extraordinario compendio de las doctrinas de los filósofos clásicos—Platón, Aristóteles, Séneca, Virgilio, Horacio, Cicerón, Ovidio, Plutarco y Juvenal—para quienes la sabiduría consistía en llevar una vida bondadosa, digna y respetable. Una obra cuyo influjo perduró, más allá de la filosofía, en las obras de grandes literatos como Chaucer, Boccaccio y Dante.

ISBN 978-84-17902-20-9



9

788417

902209